



LIBRARY

MUSEO DEL PRADO

21 0000637

BIBLIOTECA



VIAGE  
ITALIA



MÁLAGA  
IMPRESA Y LIBRERIA  
  
MARTINEZ DE AGUILAR  
Calle del Marques  
N. 2  
12.t



6-A



892

21. 637

# VIAGE A ITALIA

FOR

FRANCISCO AUGUSTO CHATEAUBRIAND.

TRADUCIDO AL ESPAÑOL

FOR

*D. MARIANO DE REMENTERIA Y FICA.*

---

MADRID, ENERO DE 1831.

---

IMPRESA DE D. PEDRO SANZ.

---

*Se hallará en su librería, calle de Carretas.*



1170E

TRAVELING AL 4.0000

FOR

TO THE UNIVERSITY OF TORONTO

RECEIVED

UNIVERSITY OF TORONTO

LIBRARY

## EL TRADUCTOR.

**I**TALIA!... ¡y descrita por Cha-  
teaubriand!... no necesita la  
obra otro encomio: ¡Italia por  
tal autor y traducida por mí!...  
necesita la version de la indul-  
gencia de los lectores.



## I N D I C E.

Carta primera. . . . .	pág. 1
Diario. . . . .	7
Carta segunda. . . . .	25
Carta tercera. . . . .	32
Tívoli y la villa Adriana. . . . .	37
El Vaticano. . . . .	73
Museo capitolino. . . . .	79
Galeria Doria. . . . .	85
Paseo por Roma á la luz de la luna. . . . .	89
Viage de Nápoles. . . . .	94
Visita al museo. . . . .	102
Pousol y la Solfatara. . . . .	105
El Vesubio. . . . .	108
Patria ó Literna. . . . .	125
Bayas. . . . .	129
Herculano, Pórtici, Pompeya. . . . .	131
A Mr. de Fontanes. . . . .	140
Viage á Clermont. . . . .	200
Viage á Mont-Blanc. Paisage de los montes. . . . .	241
Noticia de las escavaciones de Pom- peya. . . . .	278
Carta de Mr. Tailon. . . . .	289

---

# VIAGE A ITALIA.

---

A MR. JOUBERT (1).

## CARTA PRIMERA.

Turin 17 de junio de 1803.

No he podido escribir á V. desde Leon, mi querido amigo, como se lo

(1) Mr. Joubert (hermano mayor del abogado general en el tribunal de Casacion de Paris), sugeto de mucho talento, una índole benéfica, un trato afable, y de un génio que le hubiera sin duda adquirido una merecida celebridad, si hubiese querido darse á conocer; prematu-

habia prometido; y no ignora V. cuan agradable me es esta preciosa ciudad, que tan buen acogimiento me dió el último año, y mucho mejor en el presente. He vuelto á ver los antiguos muros de los romanos, defendidos por los valerosos leoneses de nuestros dias, cuando las bombas de los convencionistas obligaron á nuestro amigo Fontanes á mudar de sitio la cuna de su hija; he vuelto á ver la abadía de los dos amantes, y la fuente de Juan Santiago. Las laderas del Saona se presentan tan risueñas y pintorescas como nunca; ramente arrebatado á su familia, y á la escogida sociedad, cuyas delicias era, fue hombre que ha dejado en mi alma con su muerte uno de aquellos vacíos espantosos que labran los años, sin que puedan llenarlo.

y las barcas que surcan este suave río, *mitis Arar*, cubiertas de un toldo, iluminadas por la noche, y conducidas de jóvenes remadoras, entretienen gustosamente la vista. V. gusta de las campanas: si quiere pues llenarse de las sensaciones que producen, venga á Leon, pues sus conventos, diseminados por las colinas, han vuelto á encontrar sus antiguos solitarios.

Ya sabe V. que la academia de Leon me ha dispensado el honor de admitirme como uno de sus miembros; pero debo á V. la ingénua confesion, de que si en ella tiene alguna parte el espíritu maligno, no debe V. buscarlo en la vanidad que me inspira, sino la parte buena, puesto que gusta mirar aun el infierno

por el mejor lado. La mas viva satisfaccion de mi vida ha sido la de verme honrado en Francia y en los paises estrangeros, con señales nada equívocas de un interes que no podia prometerme. Me ha sucedido alguna vez estar descansando en una triste posada de un pueblecillo, y entrar un padre y una madre con su hijo, que me lo presentaban, á lo que me aseguraban, para darme gracias y manifestarme su reconocimiento. ¿Qué era lo que me causaba el vivo placer de que me sentia penetrado? ¿Acaso el amor propio? Poco lisongeada podia quedar mi vanidad de que aquellas oscuras, pero buenas gentes, me testificasen su satisfaccion en medio de un camino real; lo que sí me atrevo á decir

que me envanecía , era el considerar que habia hecho algo , aunque poco , de bueno , consolado algunos corazones oprimidos , hecho retoñar en las entrañas de una madre la esperanza de educar á un cristiano , esto es , á un joven obediente , respetuoso , encariñado con los que le dieron el ser. No sé lo que vale mi obra (1) ; pero ¿ hubiera gozado nunca un placer tan puro , á haber compuesto , aun con todo el ingenio posible , un libro del que se resintiesen la religion y las costumbres ?

Diga V. á nuestra tertulia cuan de menos la echo : es inesplicable la satisfaccion de su trato , porque conoce cada uno desde luego , que aquellas personas que la componen

(1) El Genio del cristianismo.

y hablan tan familiarmente de cosas comunes, son capaces de discutir sobre materias las mas importantes; y que aquella simplicidad de su conversacion no proviene de esterilidad de ideas, sino de espontánea eleccion.

Salí de Leon el dia.... á las cinco de la mañana: no haré á V. su elogio; sus ruinas existen, y ellas hablarán á la posteridad, mientras los hombres aprecien el valor, la fidelidad, la religion (1).

Aunque mis amigos me empeñaron á que les escribiese durante mi viage, he caminado demasiado aprisa, y no he tenido tiempo de com-

(1) Me ha sido muy grato el encontrar, al cabo de veinte y cuatro años, en un manuscrito desconocido este testimonio.

placerles. Nada mas he podido hacer que borrajear con un lápiz en mi cartera el diario que incluyo. En el libro de postas podrá ver V. los nombres de los paises *desconocidos* que he descubierto , como v. gr. Pont-de-Beauvoisin y Chambery ; pero como tanto me ha inculcado V. que quiere notas y mas notas , me persuado que no se quejarán los amigos si le cojo la palabra.

## DIARIO.

Saliendo de Leon es el camino bastante triste ; y desde la Tour-du-Pin hasta Pont-du-Beauvoisin el paisaje es fresco y selvoso. Al acercarse á la Saboya se divisan tres órdenes de montañas , casi paralelas , y que



se elevan unas sobre otras. La llanura que se estiende al pie de ellas está regada por el pequeño rio Gué; y aunque vista de lejos su planicie aparece muy unida, cuando se entra en ella se advierten colinas irregulares; hay en ellas algunos arbolados, trigales y viñedos. Los montes que constituyen el fondo del paisage son musgosos y verdes, ó terminados con rocas en figura de cristalizaciones. El Gué gira encajonado, por decirlo así, tan profundamente, que su lecho puede llamarse un valle verdadero, pues las orillas interiores estan sombreadas de árboles. Cosa era que no la habia observado sino en ciertos rios de la América, y con particularidad en Niágara.

Hay un sitio en el que se costea

el Gué cómodamente: la orilla opuesta del torrente está formada de piedras, semejantes á aquellos altos muros romanos, de arquitectura parecida á la de los circos de Nimes (1).

Al llegar á Echelles el terreno va haciéndose mas agreste; y para hallar una salida se siguen sendas tortuosas, en medio de peñascos mas ó menos horizontales, inclinados ó perpendiculares. Sobre ellos vagaban nubes blancas, como las nieblas matutinas que brotan de la tierra en los terrenos bajos, las cuales se elevaban ó descendian mas abajo de las masas de granito, dejando ver las cimas de los montes, ó llenando el intermedio de la cumbre y el cielo. Todo aquel conjunto formaba un

(1) No habia visto todavía el Coliseo.

caos, cuyos límites indefinidos no parecían propiedad de elemento alguno.

En lo mas enriscado de aquellos montes está la gran Cartuja, y al pie el camino de Emmanuel: la religion ha colocado sus beneficios cerca de aquel *que está en los cielos*, y el príncipe ha acercado los suyos á la morada de los hombres.

En algun tiempo se veia en estos sitios una inscripcion que anunciaba que Emmanuel habia hecho romper el monte en beneficio público. En tiempo de la revolucion se hizo borrar la inscripcion. Bonaparte la renovó, y en verdad pudiera añadirse á ella su nombre, si todos los rasgos de su vida política hubiesen sido tan nobles como este.

Antiguamente se entraba en esta

roca por un camino subterráneo, que ahora está abandonado; solo ví en aquel sitio pajarillos montaraces que reholoteaban á la boca de la caberna silenciosamente, como aquellos sueños que coloca Virgilio á la entrada del infierno, cuando dice:

*Foliisque sub omnibus hærent.*

Chambery está situado en una concha, cuyas orillas elevadas presentan bastante desnudez; pero se entra por un agradable desfiladero, y se sale por un ameno valle. Parte de los montes que rodean el valle estaban medio nevados, ocultándose y descubriéndose alternativamente sin interrupcion, bajo un cielo movedizo, formado de nubes y vapores.

En Chambery fue donde una muger albergó generosamente á un hombre, el cual se creyó filosóficamente obligado á deshonrarla en pago de la hospitalidad recibida y la amistad que le manifestó: ó Juan Santiago Rousseau pensó que el proceder de la señora Warens era una cosa acostumbrada, ó la tuvo por reprehensible. Si lo primero, ¿en qué se fundan las pretensiones á la virtud del filósofo de Génova? Si lo segundo, sacrificó la memoria de su bienhechora á la vanidad de escribir algunas páginas elocuentes. Si, en fin, se persuadió que sus elogios y la mágia de su estilo echarian un velo sobre las faltas que atribuye á la señora Warens, este es el mas odioso de todo amor propio. Ved aqui el riesgo de una

gran reputacion en las letras: el deseo de brillar supera á veces á la generosidad y nobleza de sentir. A no haberse hecho célebre Rousseau, sin duda hubiera sepultado en el silencio de los valles de la Saboya las fragilidades de la muger que le sustentó, y la consolara en su mayor edad, en vez de contentarse con darla una caja de oro y huir. Ahora que todo ha concluido para él, ¿qué importa al autor de las confesiones que su ceniza sea famosa ó desconocida? ¿No permita el cielo que la amistad vendida levante jamas su voz contra mi sepulcro!

Merece mirarse desde el puente de Montmelian la corriente del Isere despues de pasado Chambery.

Los saboyanos son ágiles, bastante bien conformados, de color pálido, y de un exterior regular; participan de un medio entre el italiano y el frances, y tienen un aire de pobres, pero no de indigentes, como sus valles. En todos los caminos de aquel pais se encuentran cruces é imágenes de la Virgen en los huecos de los pinos y nogales, anuncios del caracter religioso de aquellos pueblos. Sus pequeñas iglesias, rodeadas de árboles, contrastan maravillosamente con las grandes montañas, y cuando los torbellinos del invierno bajan de sus cumbres, cargadas de eternos hielos, el saboyano se acoge al abrigo de su rústico templo á orar bajo una bóveda de bálago á aquel que impera en los elementos.

Los valles que siguen por encima de Montmelian están entreverados de montañas de diferentes figuras, ya peladas, ya revestidas de florestas. El cultivo de aquellos valles en su fondo, retraza con bastante propiedad las variedades del terreno y quebradas de Marly, aunque con la adición de abundantes aguas y de un río. El camino se parece mas que á una carretera, á la entrada de un soto, recordándome los nogales que le sombrean, los que admirábamos en nuestros paseos de Savigni. ¿ Nos volveremos á reunir, amigo mio, bajo de su sombra? (1) Un poeta en un éstasis de melancolía esclamó:

¡ Arboles, de mi cuna dulces lazos,  
En breve he de morir en vuestros brazos!

(1) Todavía no nos hemos reunido.



¿Son acaso tan dignos de lástima los que mueren á la sombra de los árboles que les vieron nacer?

Terminan los valles de que os iba hablando en una aldea que tiene el grato nombre de Aigue-Belle. Cuando yo pasé por ella, la altura que la domina estaba cubierta de nieve, que, derretida por el sol, habia bajado en raudales tortuosos, en las concavidades negras y verdes de la roca, que os hubiera parecido un manojó de cohetes, ó un enjambre de hermosas serpientes blancas que se lanzaban al valle desde la cima.

Aigue-Belle cierra en apariencia los Alpes; pero luego que se vuelve una gran roca aislada, caída en el camino, se divisan nuevos valles

que se introducen en la série de montes que siguen el curso del Ar-  
che: los valles toman desde allí un  
aspecto mas sério y agreste.

Se elevan los montes de ambos  
lados, y sus faldas van haciéndose  
perpendiculares; algunas de sus ci-  
mas son otros tantos ventisqueros;  
y los torrentes que por todos lados  
se precipitan van á engrosar el Ar-  
che, que corre locamente. Reparé en  
medio del tumulto de sus aguas  
una ligera y silenciosa cascada que  
cae graciosamente bajo un pabellon  
de sauces; y sin duda aquella hú-  
meda colgadura, movida por el vien-  
to, pudiera haber figurado á los  
poetas la túnica ondeante de una  
Nayada sentada sobre una alta roca.  
Estoy seguro de que los antiguos no

hubieran dejado de dedicar en tal sitio un altar á las ninfas.

Pronto se presenta el paisage en toda su magestad: las selvas de pinos, hasta alli jóvenes, envejecen sucesivamente: el camino mas y mas escarpado, se dilata sobre abismos; se encuentran puentes de madera para atravesar profundos sumideros, en que ve V. herbir y bramar las olas.

Habiendo pasado por San Juan de Maurienne, y llegado al ponerse el sol á San Andres, tuve que detenerme por falta de caballos. Fui pues á pasearme fuera del pueblecito. El aire parecia hacerse trasparente en las puntas de los montes, cuyos perfiles dentellados se retrataban en el cielo, al mismo tiempo que una

opaca sombra nocturna iba saliendo poco á poco desde la base de ellos, y ganaba su cima.

Oia el canto del ruiseñor y el chillido del águila; miraba en el valle los espinos ya floridos, y en los montes las nieves: en la cumbre de una roca se elevaban los restos de un castillo, que segun la tradicion, fue obra de los cartagineses. En aquellos sitios, cuanto es obra del hombre aparece frágil y mezquino; no viéndose sino rediles de ovejas formados de juncos, y casas de tierra construidas en dos dias: como si el cabrero de Saboya, teniendo á la vista las eternas masas que le rodean, no hubiese juzgado necesario cansarse por las pasajeras necesidades de la vida, ó como si la arrui-

nada torre de *Anibal* le advirtiese de la poca duracion y vanidad de los monumentos humanos.

Al considerar aquel dilatado desierto no podia yo con todo menos de admirarme del rencor de un hombre, superior á todos los obstáculos, de un hombre que desde el estrecho de Cádiz se habia abierto un camino por el medio de los Pirineos y los Alpes para ir á buscar á los romanos. Importa poco que las relaciones de la antigüedad no nos hayan indicado fijamente el punto del paso de *Anibal*, siendo al cabo indudable que aquel gran capitán traspasó estos montes, entonces sin caminos, y mas rudos y agrestes por los que los habitaban, que por sus torrentes, sus rocas y selvas. Se dice

que al llegar á Roma concibe uno mejor aquel odio terrible que no pudieron aplacar las batallas de Trébia, Trassimenes y Canas, habiéndoseme asegurado que las paredes de los baños de Caracalla estan abiertas á pico hasta la altura de un hombre. ¿Habrá sido el germano, el gaula, el cántabro, el godo, el vándalo, ó el lombardo quien asi se encarnizase contra aquellas paredes? Parece que todo el peso de la venganza del linage humano debia de caer á plomo contra aquel pueblo que, llamándose libre, no podia labrar su grandeza sino con la esclavitud y sangre del universo.

A la aurora salí de San Andres, y llegué á cosa de las dos de la tarde á Laus-le-Bourg, al pie del monte

Cenis. Al entrar en la aldea vi á un paisano que tenia sujeto por los pies á un aguilucho, mientras que una desapiadada turba heria al joven rey de los aires, é insultaba á la debilidad de la edad y á la magestad destronada. Tambien habian muerto al padre y la madre de aquel noble huérfano. Me movieron á que le comprase, pero murió antes que pudiese rescatarlo del mal trato que le habian dado. ¿No se os escita, amigo mio, la idea del tierno Luis XVII y de su padre y madre? Aqui empieza la subida de Mont-Cenis (1), dejando el pequeño rio Arche, que conduce al pie de la mon-

(1) Se estaba trabajando en el camino, pero aun no estaba concluido; y no se hacia otra cosa que juntar materiales.

taña, y al otro lado del Mont-Cenis el Doria abre la entrada de la Italia. Frecuentemente he tenido en mis viages motivos de observar la utilidad de los rios, porque no solamente son por sí mismos unos *grandes caminos que andan*, como los llamó Pascal, sino que trazan el camino á los hombres, y les facilitan el paso de los montes. Las naciones se han encontrado mútuamente costeando sus orillas, y los primeros habitantes del orbe penetraron, auxiliados de su curso, en las soledades del mundo. Sabido es que los griegos y romanos sacrificaban á los rios; que la fábula los daba por hijos de Neptuno, como formados de los vapores del océano, y que conducen al descubrimiento de los lagos y mares,



siendo unos hijos viajeros que vuelven al seno y sepulcro paternos.

Nada presenta de notable el Mont-Cenis por el lado de Francia. El lago de su meseta solo me ha parecido un reducido estanque. Grande fue el chasco que me llevé cuando empecé á bajarle hacia la Noualaise; pues me habia figurado, no sé por qué, que descubriria las llanuras de Italia, y no vi mas que un abismo negro y profundo, un caos de torrentes y despeñaderos.

Aunque en general sean los Alpes mas elevados que los montes de la América Septentrional, no me ha parecido descubrir en ellos aquel carácter original, aquella localidad vírgen que se nota en los Apalaches, y aun en los terrenos elevados del

Canadá: la barraca de un siminol bajo un árbol de magnolia, ó de un chipowes, á la sombra de un pino, es de un caracter muy diferente que la cabaña de un saboyano al pie de un nogal.

---

A. M. JOUBERT.

CARTA SEGUNDA.

Milan, lunes 21 de junio de 1803, por la mañana.

Voy á empezar mi carta, querido amigo, sin saber cuando tendré tiempo para concluirla.

Me retracto franca y absolutamente del juicio que empecé á formar de Italia, pues habrá V. visto por

mi pequeño diario, fecha en Turin, que su primera vista no me llenó. Los contornos de Turin son bellos, mas se resienten todavía de los de la Gauda, pudiendo uno suponerse en Normandía, fuera de los montes. Es Turin una ciudad nueva, aseada, regular, muy adornada de edificios, pero de aspecto algo triste.

Mi opinion se ha rectificado al atravesar la Lombardía; sin embargo, no produce efecto en el viajero sino progresivamente. Desde luego ve uno un pais muy rico en su totalidad, lo que no puede menos de agradarle; pero cuando cada objeto se le presenta de por sí, es cuando llega á su colmo la sorpresa. Prados cuya verdura supera en lo fresco y fino á los musgos ingleses: campos de maiz,

de arroz y de trigo, coronados estos de viñedos, compartidos por estacas, y formando guirnaldas sobre las mieses; figúrese V. todos estos campos sembrados de moreras, nogales, olmos, sauces y álamos, y regados con rios y canales. Una multitud de paisanos y paisanas repartidos en estos terrenos, á pie descalzo, y con un sombrero de paja, siegan los prados, cortan los trigos, cantan, y conducen yuntas de bueyes, ó bien suben y bajan en sus barcas sobre las corrientes del rio. Esta escena no cesa hasta Milan, que es como el centro del cuadro, á cuya derecha se distingue el Apenino, y á la izquierda los Alpes.

Se viaja muy de priesa; los caminos son excelentes, las posadas supe-

riores á las de Francia, casi igualan á las inglesas. Empiezo casi á sospechar que esta Francia tan civilizada es todavía algo bárbara (1).

(1) Es preciso recordar la época en que se escribió, que fue en 1803. Si entonces era tan cómodo el viajar en la Italia, que no era, por decirlo así, otra cosa mas que una colonia de la Francia, ¿cuánto mas en el día, en que una profunda paz, y la multiplicacion de nuevos caminos facilita el recorrer este hermoso país? Todos los votos nos llaman á que le visitemos. El frances es un enemigo de un carácter particular. Al principio parece algo insolente, un tanto alegre, demasiado activo, sobradamente revoltoso; pero no bien se ausenta, cuando se le echa de menos. El soldado frances se mezcla en las tareas de la familia del huesped: su buen humor vivifica y da movimiento á todo; y al cabo se acostumbran donde quiera á mirarle como un quinto de cada familia. Por lo

No me admira ya el desprecio que los italianos han conservado para nosotros. Trans-alpinos, visigodos, gaulas, germanos, escandinavos, alanos y anglo-normandos, nuestro cielo de plomo y ciudades ahumadas con nuestros pueblos barrocos deben sin duda ninguna oponérseles. Las grandes y pequeñas poblaciones de este país tienen otra apariencia: las casas son capaces, y de una blancura exterior deslumbrante; las calles son anchas, y comunmente las atraviesan arroyos de agua pura, en donde las mugeres lavan la ropa, y bañan á sus niños. Turin y Milan

que hace á caminos y posadas estamos en Francia mucho peor que en 1803, y excepto España somos inferiores á todos los pueblos de Europa.

tienen toda la regularidad, aseo y embaldosado de Londres, y la arquitectura de los mas vistosos barrios de Paris, con ciertas mejoras particulares: en medio de las calles hay colocadas hileras de piedras chatas, sobre las cuales giran las ruedas como en un canal, evitando asi las desigualdades del empedrado, y proporcionando á los carruages un movimiento mas suave.

El temple es hechicero; y aun se me asegura que no encontraré el verdadero cielo de Italia sino mas allá del Apenino, porque la elevacion de los edificios impide el que se sienta el calor.

Junio 23.

He visto al general \*\*\*, que me ha recibido con la mayor urbanidad, y de le entregado la carta de madama \*\*\*. He pasado el dia con ayudantes y jóvenes militares, entre los que no puede darse mayor cortesía: el ejército frances es siempre el mismo, idólatra del honor.

He comido de gran etiqueta en casa de Mr. de Melizi, que daba una gran funcion: conoció á mi desgraciado hermano; hicimos larga conversacion de él: el vice-presidente tiene modales nobles; su casa es la de un príncipe: me ha tratado urbana y francamente, encontrándome cabalmente en disposiciones idénticas con las suyas.



Nada digo á V., mi querido amigo, de monumentos de Milan, y sobre todo de la catedral, que se está acabando; pues en todo lo gótico, aunque sea del mas hermoso mármol, encuentro cierta oposicion directa con el sol y las costumbres de Italia. Voy á partir, y escribiré á V. desde Florencia y Roma.

---

A MR. JOUBERT.

CARTA TERCERA.

Roma 27 de junio, de 1803, al llegar por la tarde.

**Y**A me tiene V. aqui, amigo mio, con toda mi indiferencia desvaneci-

da: me siento acosado y oprimido por lo que he visto; pues me parece que ningun viajero lo ha sentido ni pintado hasta ahora: ¡ Necios! ¡almas de hielo! ¡ bárbaros! ¿ No han atravesado para llegar hasta aqui la Toscana, jardin ingles, en cuyo centro hay un templo, quiero decir, Florencia? ¿ no han caravaneado con las águilas y javalíes por las soledades de esta segunda Italia, llamada el estado romano? ¿ para que viajan pues, si son insensibles? Habiendo llegado cuando el sol se ponía, he encontrado á toda la poblacion que iba á pasearse en la Arabia desierta, á las puertas de Roma! ¡ Qué ciudad! ¡ qué recuerdos!

Junio 28 á las 11 de la noche.

No he parado en todo este dia, víspera de San Pedro; ya he visto el coliseo, el panteon, la columna trajana, el castillo de Santo Angelo, San Pedro y ¡qué se yo cuánto mas! He visto la iluminacion y el fuego de artificio de que anuncian la gran fiesta mañana, consagrada al príncipe de los apóstoles. Mientras se empeñaban en hacerme admirar el fuego que brillaba en lo alto del Vaticano, yo estaba considerando el efecto de la luna en el Tiber, y sobre estas casas romanas, estas ruinas respetables que por todas partes se manifiestan.

29 de junio.

Acabo de salir de los oficios de San Pedro: el papa tiene una presencia admirable; pálido, triste, religioso, parece que todas las tribulaciones de la iglesia oprimen su augusta frente. La ceremonia ha sido solemnísima, y especialmente en ciertos momentos era asombrosa; pero el canto era mediano: el templo ha estado desierto; nada de pueblo.

3 de julio 1803.

No se si todos estos renglones sueltos acabaran de formar una carta; y seguramente me avergonzaria de decir á V. tan poco, si antes de pintar los objetos no fuese mi intencion el de verlos con mayor claridad: por des-

gracia entreveo que la segunda Roma va decayendo tambien: todo acaba.

Su Santidad me recibió ayer, y me hizo sentar á su lado del modo mas afectuoso. Me dijo urbanísimamente que á la sazón le cogia leyendo el *Génio del Cristianismo*, enseñándome el tomo que tenia abierto sobre su mesa. No puede darse mejor hombre, prelado mas digno, ni mas sencillo príncipe: no me tenga V. en esto por otra madama de Sévigné. El secretario de estado, el cardenal Gonsalvez, es un hombre fino en su talento, y moderado en su caracter. A Dios, porque es preciso llevar al correo estos papeluchos.

---

## TIVOLI

### Y LA VILLA ADRIANA.

10 de diciembre 1803.

Acaso soy el primer extranjero que haya visitado á Tívoli con una disposición de espíritu poco comun en un viage. Véame V. llegar solo á las siete de la noche del 10 de diciembre á la posada del *Templo de la Sibila*, en el que ocupó un aposentito en la estremidad de la habitacion, y frente por frente de la cascada, que oigo bramar. He procurado echar siquiera una ojeada, sin que la pro-

funda oscuridad me haya permitido divisar otra cosa que algunas vislumbres blancas, efecto del movimiento de las aguas. Me ha parecido sí que distinguia á lo lejos un circuito de árboles y casas, y alrededor de él otro de montañas; mas no sé si mañana se cambiará á mi vista este paisaje nocturno.

El sitio es propio para la meditacion y las reflexiones; yo retrocedo hácia mi vida pasada, siento el peso de lo presente, y procuro penetrar mi por venir; ¿en dónde estaré, qué haré y que será de mí dentro de veinte años? cuantas veces entra el hombre en sí mismo, encuentra un obstáculo invencible, una incertidumbre producida por una certeza, en donde se estrellan los vagos

proyectos que forma, y este obstáculo y esta certeza es la de la muerte, la terrible muerte, que todo lo detiene hiriendo á uno, ó á los demas.

Se pierde acaso un amigo: ¡cuántas cosas tenia uno que decirle! pero desgraciado, solo, y vagando sobre la tierra, sin poder confiar á nadie los propios placeres ó penas, se le llama y ya no vendrá mas á consolar los males del que queda, á compartir sus satisfacciones y á decirle: «Has hecho mal en eso: has obrado bien en lo otro.» Forzoso es caminar uno solo; y aunque se adquieran riquezas, poder, celebridad, ¿en qué emplear tales prosperidades si ha faltado aquel amigo? La muerte ha destruido el verdadero



precio de ellas. ¡Torrentes que os precipitais en esta noche profunda en que os escucho bramar! ¿desaparecereis acaso con mas rapidez que los momentos de nuestra vida, ó podreis decirme qué cosa sea el hombre, ya que habeis visto pasar tantas generaciones sobre estas orillas?

11 de diciembre.

No bien ha apuntado el dia, cuando he abierto mis ventanas: mi primera ojeada sobre el Tívoli me le habia delineado con exactitud, mas la cascada se me ha hecho pequeña y sin los árboles que me habia parecido distinguir. Al otro lado del rio se levantaba un monton de ca-

suchas, y el conjunto está encerrado entre montañas peladas: solo me han consolado la aurora risueña, que destellaba detras de ellas, y el templo de Vesta á cuatro pasos de distancia, dominando á la gruta de Neptuno. Cerca de lo mas alto de la caída de agua una manada de bueyes, asnos y caballos se ha colocado á lo largo de un banco de arena, se han adelantado un paso en el Teveron, han bajado el cuello, y han bebido lentamente en la corriente de agua que pasaba delante de ellos para ir luego á precipitarse. Un paisano sabino, vestido de piel de cabra, y arrollada al brazo izquierdo una especie de clámide, se ha apoyado en su cayado mirando beber á su manada; escena que por su inmovilidad y si-

lencio contrastaba con el ruido y movimiento de las olas. Concluido mi desayuno me han presentado un guia, con quien he ido á ponerme sobre el puente de la cascada: ya habia yo visto la catata de Niágara. Desde el puente de la cascada bajamos á la gruta de Neptuno, llamada así, á lo que creyó por Vernet. El Anio, despues de su primera caída bajo del puente, se sumerge entre rocas, y vuelve á aparecer en la gruta de Neptuno, para seguir hasta la gruta de las Sirenas y dar allí una segunda caída.

La concha de la gruta de Neptuno tiene la figura de una copa, y he visto beber palomas en ella. Un palomar formado en la misma roca, y que se parece mas á un nido de

águila que al abrigo de un pichón, presenta á aquellas pobres avecillas una hospitalidad traídora, como que teniéndose por seguras en aquel sitio construyen allí su nido, sin saber que hay un camino oculto que lleva á él. Sucede que en medio de las tinieblas un raptor arrebató los hijuelos, que dormían sin miedo alguno al ruido de las aguas bajo las alas de su madre.

Observans nido, implumes detraxit.

Subiendo á Tívoli, desde la gruta de Neptuno, y saliendo por la puerta Angelo, ó del Abruzzo, me ha conducido mi Cicerone al país de los sabinos, *pubemque sabellum*. He caminado río abajo del Anio hasta

el campo de Olivos, en donde se abre una vista pintoresca sobre aquella famosa soledad. Desde allí se observan aun mismo tiempo el templo de Vesta, las grutas de Neptuno y de las Sirenas, y las cascatelles que salen de uno de los pórticos de la villa de Mecenas. Cierta vapor azulado que atravesaba el paisaje, suavizaba la delineacion de él.

No se puede menos de concebir una gran idea de la arquitectura romana, con solo pensar que aquellas masas, erigidas hace tantos siglos, despues de haber servido á los hombres, han pasado al servicio de los elementos, y que sosteniendo en el dia el peso y movimiento de las aguas, han llegado á ser las rocas inmóviles de estas tumultuosas cascadas.

Mi paseo me ha llevado seis horas, volviendo á mi posada, en cuyo patio destrozado he visto piedras sepulcrales llenas de inscripciones mutiladas. Vea V. aqui algunas de las que he copiado.

DIS MAN.

ULIÆ PAULIN.

VIXIT ANN. X

MENSIBUS DIEB. 3.

SEI. DEUS.

SEI. DEA.

D. M.

VICTORIÆ.

FILIÆ QUÆ.

VIXIT. AN. XV,

PEREGRINA,

MATER. B. M. F.

D. M.  
LICINIA  
ASELERIO  
TENIS.

¡Qué cosa mas vana que todo esto! Yo leo en una piedra los pesares que un vivo tributaba aun muerto; este vivo murió tambien á su vez, y yo, bárbaro de las Galias, vengo á estudiar entre las ruinas de Roma, despues de dos mil años, estos epitafios en un retiro abandonado; yo que tan indiferente para el que lloró, como para el llorado, debo alejarme mañana para siempre de estos sitios, y desaparecer bien pronto de sobre la tierra.

Todos los poetas romanos que estuvieron en Tibur se complacieron

en pintar lo rapidez de la vida. *Carpe diem*, decia Horacio; *Te spectem supremæ mihi cum venerit hora*, esclamaba Tibulo; Virgilio trazaba la hora postrema: *Invadidasque tibi tendens, heu! non tua palmas.* ¿Quién no ha perdido algun objeto de su cariño? ¿Quién es el que no ha visto tenderse hácia él brazos desfallecidos? Un amigo moribundo ha querido muchas veces que su amigo le cogiese la mano, como para detenerle en la vida al mismo tiempo que se sentia arrebatado por la muerte. *Heu! non tua!* Admirable es por lo tierno y doloroso este verso de Virgilio. ¿Desventurado del que no gusta de los poetas! Casi estoy por decir de él lo que Shakespeare de los hombres insensibles á la armonía.



Al entrar en mi albergue volví á encontrarme con la misma soledad que habia dejado fuera. El pequeño terraplen de la posada llevaba al templo de Vesta: se nota en él aquel color de los siglos, que los pintores conocen, y que el tiempo da á los monumentos antiguos, variándolos segun los climas: toda la vuelta de aquel pequeño templo, entre el peristilo y la *cella*, está comprendido en unos sesenta pasos. El verdadero templo de la Sibila se contrapone con este por su forma cuadrada y el estilo severo del orden de su arquitectura. Cuando la caída del Anio estaba un poco mas á la derecha, como se le supone, debió estar el templo inmediatamente suspendido sobre la cascada: siendo

muy propio aquel sitio para la inspiracion de la sacerdotisa, y para la conmocion religiosa de la multitud.

He echado una postrer ojeada sobre los montes del norte, cubiertos por las nieblas de la tarde con una cortina blanca, sobre los de mediodia, y el conjunto todo del paisage, volviendo despues á mi aposento solitario. Como á la una de la mañana se hubiese levantado un viento fuerte, salí á pasar lo restante de la noche en el terraplen. El cielo estaba cargado de nubes; la tempestad mezclaba sus gemidos en las columnas del templo con el ruido de la cascada, y se hubiera creido oir tristes voces que salian de los respiraderos de la gruta de la Sibila. El vapor de la caida del agua llegaba

hasta mí desde el fondo de aquel abismo, como una sombra blanca, que se asemejaba á una verdadera aparición. Créfame trasladado á las arenas ó malezas de mi Armórica, en una noche de otoño, sintiendo que los recuerdos del techo paterno borran en mi mente los de los hogares de César. Tan cierto es que cada hombre lleva en sí un mundo compuesto de cuanto ha visto y oído, al cual vuelve sin cesar, aun cuando parece que recorre y habita un mundo extranjero.

Dentro de algunas horas voy á visitar la *villa Adriana*.

12 de diciembre.

La grande entrada de la *villa Adriana* estaba en el Hipódromo, sobre la

antigua via Tiburtina, y á corta distancia del sepulcro de los Plautios. Ya no queda vestigio alguno de antigüedades en el Hipódromo, convertido ahora en un viñedo.

Al salir de un camino crucero muy estrecho, y siguiendo una calle de cipreces, he llegado á un mal caserío, cuya escalera movediza estaba llena de trozos de pórfido, verde antiguo, granito, rosetones de mármol blanco, y otros diferentes adornos de arquitectura. Tras él se encuentra el teatro romano bastante bien conservado. Es un semicírculo compuesto de tres filas de asientos. Le corta una pared en línea recta que le sirve como de diámetro: la orquesta y el teatro estaban enfrente del palco del emperador.

:

Un muchachillo, casi desnudo y de unos doce años de edad, me ha enseñado el palco y los aposentos de los actores. Bajo las graderías destinadas á los espectadores, y en un rincón, en donde estaban guardados los aperos de labranza, he visto el tronco de un Hércules colosal entre las rejas de arado y los rastrillos: los imperios nacen del arado, y perecen bajo de él. Lo interior del teatro sirve de corral y jardín al caserío, plantado de ciruelos y perales. El pozo que se ha abierto en medio está acompañado de dos pilares sellados, uno de los cuales se compone de barro endurecido y piedras embutidas al acaso, y el otro de un hermoso pedazo de columna istriada; notándose que para ocultar la

magnificencia de esta segunda pilastra, y acercarla asi á la rustiquez de la primera, la ha echado encima la naturaleza un velo de yedra; una manada de marranos negros hozaba y trastornaba la yerba que cubre las graderías del teatro; porque la Providencia solo ha necesitado para conmover los asientos de los dueños del mundo dejar crecer entre sus junturas algunas raices de hinojo, y entregar el antiguo recinto de la elegancia romana á los inmundos animales del fiel Eumeo.

Subiendo desde el teatro por la escalera del mismo caserío, he llegado á la *Palestrina*, sembrada de varios escombros. La bóveda de una de sus salas es la que conserva adornos de un esquisito dibujo.

Aquí empieza el valle llamado por Adriano el *valle de Tempe*.

Est nemus Æmonice, prærupta quod  
undique claudit Sylva.

He visto en Stowe, en Inglaterra, una copia ó repetición de este capricho imperial; mas Adriano habia dispuesto su jardín *ingles* como hombre que sabia de mundo. Al estremo de un bosquecillo de olmos y encinas se advierten ruinas prolongadas á lo largo del *valle de Tempe*; dobles y triples pórticos que sostenian los terrados de las *fábricas* de Adriano. El valle se dilata hácia el mediodia hasta perderse de vista, lleno su fondo de cañaverales, olivos y cipreces. La colina occidental del valle, figurando la cordillera del

Olimpo, está decorada con la mole del palacio, de la biblioteca, de los hospicios, templos de Hércules y Júpiter, y por las largas arcadas que sustentaban aquellos edificios. Hacia el oriente gira el valle una colina paralela, pero no tan alta, detras de la cual se elevan en anfiteatro los montes de Tívoli, que debian representar el Ossa.

Un ángulo de la pared de la *villa* de Bruto forma el pendiente de los restos de la *villa* de César. La libertad duerme en paz con el despotismo, y ni el puñal de la una, ni la segur del otro son ya sino hierros mohosos, sepultados bajo los mismos escombros.

Desde aquel edificio, destinado, segun la tradicion, á recibir á los



extrangeros , se llega por el medio de salas abiertas por todos lados al sitio de la biblioteca , en donde empieza un dédalo de ruinas entrecortadas , de jarales recientes , ramilletes de pinos , y campos de olivos y plantíos diversos que embelesan la vista y apesaran el corazon.

Al tiempo que yo pasaba se desprendió un fragmento de la bóveda de la biblioteca , y vino rodando á mis pies : se levantó un poco de polvo , y su caída arrastró algunas plantas estropeadas con la caída. Las plantas volverán á brotar mañana ; el ruido y polvo se han disipado en el mismo momento ; pero ved aquí en tierra por siglos enteros este resto al lado de los que parecia le estaban aguardando : asi es como los

imperios se hundan en la eternidad , en la que yacen en perdurable silencio. Los hombres se parecen mucho á las ruinas que sucesivamente entapizan la tierra ; con sola la diferencia de que , asi como sucede á estos trozos , se precipitan unos á la vista de algunos espectadores , y caen los otros sin testigos.

Desde la Biblioteca he pasado al Liceo , en el que se acababan de quemar algunas matas para hacer lumbré. Este circo se apoya contra el templo de los estóicos. Al echar la vista atras , en el tránsito al templo , reparé en las hendidas y altas paredes de la Biblioteca , que dominaban á las no tan elevadas del Circo. Medio cubiertas las primeras de olivos silvestres , las dominaba á su vez

un enorme pino en forma de parasol, y por encima de él se descubria el último pico del monte Calva, coronado de nieve; no es posible que en lienzo alguno se ostenten tan íntimamente unidas las obras de la naturaleza y las del hombre.

El templo de los estóicos dista poco de la plaza de armas. Por la abertura de un pórtico, así como por la de una óptica, se descubre á lo último de una avenida de olivos y ciprees el monte Palamba, coronado del primer pueblecillo de la Sabina. A la derecha del Pœcilo, y bajo de él mismo, se descende á las *Cento Cella* de las guardias pretorianas, que son unas piececitas embovedadas de casi ocho pies en cuadro, con dos ó tres pisos, sin mú-

tna comunicacion entre ellas, ni otra luz que la que les da por la puerta. Rodea á estas celdillas militares en toda su longitud un foso, siendo probable que se entrase en ellas por medio de algun puente movable. Debia presentar un golpe de vista muy particular cuando bajándose los cien puentes pasaban y volvian á pasar por ellos los pretorianos, en medio de los jardines del emperador Filósofo, que colocó un dios mas en el olimpo. Hoy el labrador del patrimonio de San Pedro pone á secar sus mieses en la caserna del legionario romano. ¿Pudieran pensar el pueblo rey y sus dueños, al levantar tantos magníficos monumentos, que construian los sótanos y graneros de un pobre cabrerizo de

la Sabina, ó de un arrendador de Albano?

Despues de haber recorrido gran parte de las *Cento-Cellæ*, he tardado bastante tiempo en llegar á la parte del jardin, dependiente de los termas de las mugeres, en donde me ha cogido la lluvia.

Dos dudas me han ocurrido muy amenudo en medio de las ruinas romanas: la primera es, de que las casas de los particulares constan de una muchedumbre de pórticos, aposentos embovedados, capillas, solemnes galerías subterráneas y tránsito oscuros y secretos: ¿á qué pues, me decia á mí mismo, seria tanta habitacion para un solo dueño? Las piezas de los esclavos, los huéspedes y los clientes estaban por

lo regular construidas separadamente.

Para resolver esta duda me figuro yo al ciudadano romano en su casa como una especie de religioso en la quietud de sus cláustros. ¿No podrá tal vez ser esta vida interior, indicada por la figura de las viviendas, una de las causas de aquella calma que se advierte en los escritos de los antiguos? En las dilatadas galerías de su habitacion, en los templos domésticos que comprendian era donde Ciceron recobraba la paz que habia perdido en el comercio de los hombres. Hasta la misma luz que entraba en aquellas mansiones parecia contribuir á la quietud, pues por la mayor parte descendia desde le bóveda, ó de ventanas ras-

gadas á bastante elevacion, y esta luz perpendicular, igual y tranquila que damos en el dia á los salones de pintura, servia, por decirlo asi, al romano para contemplar el cuadro de la vida. Nosotros necesitamos de ventanas que den á calles, plazas y cruceros, porque nos agrada cuanto hace ruido, y nos cansan el recogimiento, la gravedad y el silencio.

La segunda duda era la de no dar con el objeto de tantos monumentos consagrados aun mismo objeto. Se ven salas para *bibliotecas*, siendo asi que entre los antiguos se conocian pocos libros. A cada paso se encuentran *termas*; la de Neron, de Tito, de Caracalla, de Diocleciano &c.; mas aun cuando Roma hubiese te-

nido una tercera parte mas de poblacion, bastaria la décima de estos baños para el servicio público.

Respondo á esta segunda objecion, que es probable que desde el tiempo de su construccion fuesen aquellos monumentos verdaderas ruinas y sitios abandonados. Un emperador demolia ó mutilaba las obras de su antecesor, para emprender él otros edificios que el sucesor se apresuraba á desamparar á su vez. Asi es que se emplearon el sudor y la sangre de los pueblos en trabajos inútiles de la vanidad de un hombre, hasta el momento en que saliendo de sus bosques los vengadores del orbe, fueron á plantar el humilde estandarte de la cruz sobre aquellos monumentos del orgullo.



Habiendo cesado la lluvia he visitado el Estadio, he tomado idea del templo de Diana, frente del cual estaba el de Venus, y he penetrado en los escombros del palacio del emperador, notando que lo mejor conservado en esta informe destruccion es una especie de subterráneo ó cisterna cuadrada sobre el patio mismo del palacio. Las paredes de este subterráneo son dobles, y tiene cada una de las dos, dos pies y medio de grueso, siendo de dos pulgadas el intervalo que las separa.

Saliendo de palacio le he dejado atrás á mi izquierda, adelantándome por la derecha hácia la campiña romana. Atravesando un campo de trigo he llegado á las termas, conocidas aun en el dia con el nombre

de aposentos de los filósofos ó salas pretorianas: es una de las ruinas mas respetables de toda la villa. La hermosura, elevacion, valentía y ligereza de las bóvedas, las diferentes uniones de los pórticos que se cruzan, se cortan ó continúan paralelos, y el paisaje que se divisa detras de este gran trozo de arquitectura producen un asombroso efecto. La villa Adriana ha suministrado algunos restos preciosos de pintura: los pocos arabescos que yo he visto en ella son de un dibujo tan delicado como limpio.

A espalda de las termas se encuentra la naumaquia, estanque socabado por la mano de los hombres, á donde grandes canales, que aun se ven, conducian rios enteros. Esta

gran concha, en el dia seca, se llenaba de agua, y en ella se figuraban batallas navales: sabido es que en estos espectáculos se degollaban á veces mútuamente mil ó dos mil hombres para diversion del pueblo romano.

Todo el circuito de la naumaquia tenia altos terraplenes para los espectadores, con pórticos que sostenian los terrados, y servian de obradores ó reparos á las galeras.

Adornaba esta escena un templo hecho á imitacion del de Serapis en Egipto; pero la mitad de su cúpula está arruinada. Confieso á V., amigo mio, que á la vista de aquellas oscuras columnas, de aquellos arcos concéntricos, y especie de embudos en que mugia el oráculo, se convence

uno y siente que ya no habita la Italia y la Grecia, sino que ha presidido á aquellos monumentos el genio de otro pueblo. Un santuario antiguo presenta en sus húmedas y verdosas paredes algunos rasgos de pintura, y parece que anda errante en el edificio abandonado cierto lamento indefinible.

He pasado desde allí al templo de Pluton y Proserpina, llamado vulgarmente *entrada del infierno*. Ahora es el tal templo la habitacion de un viñador, en el que no pude penetrar, pues no estaba en él ni su dueño ni su Dios. Debajo de la entrada del infierno se ve un dilatado valle, llamado el *valle de palacio*, que pudiera equivocársele con el *eliseo*. Caminando hácia el mediodia, y

siguiendo siempre la pared que sostenia los terrados adherentes al templo de Pluton, he advertido las últimas ruinas de la *villa*, situadas á distancia de mas de una legua.

Volviendo pues á desandar lo andado, he querido ver la Academia, formada de un templo de Apolo, de un jardin y de diferentes edificios destinados á los filósofos. Un paisano me ha abierto la puerta para que pudiese pasar al campo de otro propietario, encontrándome casi de repente en el Odeon y en el teatro griego, el último de los cuales está bien conservado en cuanto á la forma. Se diria que algun génio melodioso ha quedado siempre como de incógnito en aquel sitio consagrado á la armonía, pues he oido cantar

la mirla á 12 de diciembre; y una turba de niños ocupados en recoger aceitunas, hacian que sus cantos los repitiesen los ecos que quizá habian resonado con los versos de Sofócles y la música de Timoteo.

Alli concluí mi espedicion, mas dilatada de lo que por lo comun se acostumbra: homenaje que debia á un príncipe viagero. A mas distancia está el gran pórtico, del que quedan muy pocos restos; mas adelante los fragmentos de algunos edificios desconocidos, y por último los *colle di Santo Stephano*, en los que finaliza la *villa* y encierran las ruinas del Pritáneo.

La *villa Adriana* comprendia desde el Hipódromo hasta el Pritáneo, los sitios conocidos ahora con los

nombres de *Rocca Bruna*, *Palazza*, *aqua fera* y *colle di Santo Stephano*.

Adriano fue un príncipe distinguido, pero no uno de los grandes emperadores romanos; y sin embargo, es de los que se recuerdan con mas frecuencia. Por donde quiera ha dejado vestigios. Un muro famoso en la Gran Bretaña, en las Gaulas el anfiteatro quizá de Nimes, y el puente de Gard, templos en Egipto, acueductos en Troya, una nueva villa en Jerusalem, y en Atenas un puente que todavía se pasa, y una multitud de otros monumentos en Roma son testimonios irrefragables de su actividad y poder. Era tambien él mismo poeta, pintor y arquitecto, y su siglo fue el de la restauracion de las artes.

No menos singular es el destino de su sepulcro ó *mole Adriana*; pues los adornos de este monumento sirvieron de armas contra los godos: la civilizacion disparó columnas y estátuas contra la barbarie, y no pudo con todo impedir que esta no se introdujera. El mausoleo ha venido á convertirse en fortaleza de los Papas, y despues en prision, no desmintiendo en esto su primitivo destino. Aquellos inmensos edificios, erigidos sobre las cenizas de los hombres, no por eso dilatan las proporciones del sepulcro, y salen de él los muertos; y si quisiesen levantarse como aquella estátua que está sentada en un templo de Adriano, demasiadamente pequeño, se romperian la cabeza contra la cúpula.



No he dejado la *villa Adriana* sin llenar antes mis faltriqueras de pedacillos de alabastro, pórfido, verde antiguo, estuco pintado y mosaico, todo lo cual he arrojado despues.

Nada pues de estas ruinas existe para mí, siendo probable que nada me haga volver á ellas. A cada instante morimos para cierto tiempo, para cierto objeto ó persona, y la vida no es mas que una muerte sucesiva. Muchos de los viajeros que me han antecedido han escrito sus nombres en los mármoles de la *villa Adriana*, lisongeándose de que prolongaban su existencia con reunir al nombre de tan famosos sitios el recuerdo de su pasage por ellos: mas ¡ay cuánto se han engañado! Cuando yo me afanaba por leer uno de

estos nombres, reciente al parecer, y que creia me fuese conocido, ha volado un pajarito desde una espesura de yedra, ha dejado caer algunas gotillas de la pasada lluvia, y dando en el rótulo ha desaparecido el nombre.

Mañana hablaré á V. de la *villa* de Est.

## EL VATICANO.

22 de diciembre de 1803.

A la una del dia he visitado el Vaticano con un hermosísimo dia, sol brillante y temperatura la mas benigna.

Soledad compuesta de grandes escalones ó tramos que se pueden trepar á caballo; soledad decorada con obras maestras del génio, en la que los Papas de otro tiempo pasaban

con todas sus pompas; soledad de salas, estudiadas por tantos célebres artistas, admiradas por tantos hombres ilustres como los Tasos, Ariostos, Montaignes, Miltons, Montequieus y por reyes y reinas, ó en el esplendor de la magestad, ó en el abatimiento de su caída, y por una muchedumbre de peregrinos de todas las partes del mundo.

Dios desenvolviendo el caos.

He considerado el angel á quien siguen Lot y su esposa.

Hermosa vista de Frascati, ademas de Roma, en un ángulo ó estremidad de la galería.

Entrada en las salas. — Batalla de Constantino, el tirano, y su caballo ahogándose.

San Leon deteniendo á Atila.

¿Por qué Rafael daría un aspecto mas fiero que religioso al grupo cristiano? Para espresar el sentimiento de la proteccion divina.

El Santísimo Sacramento, obra primera de Rafael: fria, ninguna espresion de piedad en ella; pero disposicion y figuras admirables.

Apolo, las musas y los poetas.

— Carácter de los poetas bien espresado. Mezcla singular.

Heliodoro arrojado del templo.

— Un angel notable, una figura de muger celestial, imitada por Girodit en su Ossian.

El incendio de la villa. — La muger que lleva un vaso, copiada sin intermision.

— el Contraste del hombre suspendido, y del que quiere alcanzar á un ni-

ño: el arte se deja conocer demasiadamente. La muger y el niño repetidos muchas veces por Rafael, y siempre primorosamente.

La escuela de Atenas: me gusta tanto el boceto.

La libertad de San Pedro. — Efecto de las tres luces, citada generalmente.

*Biblioteca*: puerta de hierro erizada de puntas; propiamente la puerta de las ciencias. Armas de un Papa: tres abejas; símbolo feliz!

Vaso magnífico; libros invisibles. Si se comunicasen pudiera refundirse allí toda la historia moderna.

*Museo cristiano*. — Instrumentos de martirio, uñas de hierro para despedazar la piel, raspador para levantarla, mazos de yerro, tenazas

péqueñas, ¡ preciosas antigüedades cristianas! ¡ cómo se sufría en otro tiempo, según hoy atestiguan estos instrumentos! En punto á dolores la especie humana es estacional.

Lámparas halladas en las catacumbas. El cristianismo empieza en un sepulcro, y de la lámpara fúnebre se ha encendido la luz que alumbra al mundo; cálices antiguos, cruces antiguas, y antiguas cucharas para administrar la comunión. — Cuadros traídos de Grecia para salvarlos de los Iconoclastas.

Antiguo retrato de Jesucristo, reproducido después por los pintores; pero que no puede subir más allá del octavo siglo. Jesucristo, ¿ era el más hermoso de los hombres? los padres griegos y latinos están divi-

didos en opiniones: yo estoy por la primera.

Donacion á la iglesia, escrita en papiro: el mundo se renueva en esta época.

*Museo antiguo.*—Cabellera de una muger encontrada en un sepulcro: ¡Será acaso la de la madre de los Gracos! ó la de Delia, Cintia, Lálage ó Licinia, de quien si hemos de dar crédito á Horacio, no hubiera trocado Mecenas un solo cabello por toda la opulencia de un rey de Frigia.

Aut pinguis Phrigiæ migdonias opes  
Permutare velis crine Lyciniæ?

No hay cosa que mejor espese la idea de la fragilidad que los cabellos de una jóven, que tal vez fueron objeto de la idolatría de la mas veleidosa de

las pasiones: y sin embargo han sobrevivido á todo el imperio romano. La muerte, que rompe todas las cadenas, no ha sido poderosa á romper tan endeble tejido.

Hermosa columna torneada de alabastro. Sudario de Amianto, sacado de un sarcófago; sin embargo no ha dejado la muerte de consumir por eso su presa.

Vaso etrusco. ¿Quién habrá bebido en esta copa? Todos los objetos, ya hayan servido á las ceremonias de los funerales, ya á las funciones de la vida, son tesoro del sepulcro.

### MUSEO CAPITOLINO.

La columna miliaria. *En el patio los pies y la cabeza de un coloso.*



¿Habrá sido esto hecho de intento?

*En el senado* nombres de senadores modernos; loba herida del rayo; gamos del Capitolio.

Alli los tiempos todos están fijos:

Alli los ascendientes y sus hijos.

Medidas antiguas de trigo, de aceite y de vino en figura de ara con cabezas de leon.

Pinturas que representan los primeros sucesos de la república romana.

Estátua de Virgilio: aire rústico y meláncolico, frente grave, ojos inspirados, arrugas circulares que empiezan desde la estremidad de la nariz y terminan en la barba, abarcando las mejillas.

Ciceron: cierta regularidad con

expresion de ligereza ; mas fuerza de filosofia que de caracter ; tanto génio como elocuencia.

El Alcibiades: su hermosura no me ha sorprendido ; participa de una mezcla de necedad y de simpleza.

Un jóven Mitridates asemejándose á Alejandro.

Anales consulares antiguos y modernos.

Sarcófago de Alejandro Severo y de su madre. Bajo relieve de Jupiter, niño en la isla de Creta : admirable.

Columna de alabastro oriental : la mas bella de las conocidas.

Plano de Roma sobre un mármol, perpetuidad de la ciudad eterna.

Busto de Aristóteles: se notan en él ciertos rasgos de inteligencia y de fuerza.

Busto de Caracalla: ojo, nariz y boca puntiagudos, nariz contraída, aire feroz y loco.

Busto de Domiciano: labios comprimidos.

Busto de Neron: cara llena y redonda, hendida hácia los ojos, de modo que sobresalen la frente y la barba, aire de un esclavo griego vicioso.

Bustos de Agripina y de Germánico: la segunda de estas figuras larga y flaca; la primera séria.

Busto de Juliano: frente pequeña y estrecha.

Busto de Marco Aurelio: frente espaciosa, ojos elevados hácia el cielo, lo mismo que las cejas.

Busto de Vitelio: nariz gruesa, labios pequeños, mejillas abotaga-

das, ojos pequeños, cabeza inclinada.

Busto del César: figura flaca, todas las arrugas muy profundas, aire sumamente vivo, la frente mas salida entre ambos ojos, como si el pellejo estuviese apilado y cortado por una arruga perpendicular, cejas rebajadas y tocando con el ojo, la boca grande y muy espresiva: se diria que va á hablar, easi se sonrie: la nariz saliente, pero no tan aguiña como comunmente se le pinta: las sienes aplanadas, casi ningun colodrillo, la barba redonda y doble, las narices un poco apretadas, toda la figura anuncia imaginacion y genio.

Un bajo relieve: Endimion durmiendo sentado sobre una roca; su cabeza está inclinada en el pecho y algo apoyada en el palo de su lanza,

que descansa en el hombro izquierdo; la mano derecha echada con negligencia sobre la lanza, sujeta apenas la cuerda de un perro, que reposado sobre sus pies traseros, procura mirar por encima de la roca. Es uno de los mas bellos bajos relieves conocidos (1).

Desde las ventanas del Capitolio se descubre todo el foro, los templos de la Fortuna y de la Concordia, las dos columnas del templo de Jupiter Stator, los Rostros, el templo de Faustina, el del Sol, el de la Paz, las ruinas del palacio dorado de Neron, las del coliseo, los arcos de triunfo de Tito, de Septimio Se-

(1) En los *Mártires* me he valido de esta descripcion.

vero, de Constantino; vasto cemen-  
terio de los siglos con sus monu-  
mentos fúnebres, ostentando la fe-  
cha de sus muertes.

## GALERIA DORIA.

24 de diciembre de 1803.

Gaspar Poussino: gran paisaje. Vis-  
tas de Nápoles. Frontispicios de un  
templo arruinado en medio de una  
campiña.

Cascada de Tívoli y templo de la  
Sibila.

Paisage de Claudio Lorena. Una  
huida á Egipto del mismo: la Ví-  
gen sentada al extremo de un bos-  
que tiene al niño sobre las rodillas,  
al que le presenta manjares un án-

gel, y San José quita el aparejo al asno: un puente á lo lejos por el que pasan algunos conductores de camellos: un horizonte en el que se divisan apenas los edificios de una gran ciudad: es maravillosa la calma de la luz.

Otros dos paisajes de Claudio Lorena, uno de los cuales representa una especie de casamiento patriarcal en un bosque, siendo tal vez la obra mas acabada de aquel gran pintor.

Una fuga á Egipto, de Nicolas Pousino; la Vírgen y el Niño llevados sobre el asno, que conduce un ángel, bajan desde una colina á un bosque, San José le sigue, y se ve el movimiento del viento en los ropages y árboles.

Diferentes paisages del Dominiquino: vivo y brillante colorido; los asuntos amenos; pero en general un verdor duro, y una luz poco vaporosa, con poco ideal: ¡cosa extraordinaria! Ojos franceses han visto mejor la luz de Italia.

○ Paisage de Anibal Carrachio: mucha verdad, pero ninguna elevacion de estilo.

○ Diana y Endimion, de Rubens: la idea es feliz. Endimion está dormido casi en la misma actitud del hermoso bajo relieve del capitolio; Diana suspendida en el aire apoya ligeramente una mano sobre el hombro del cazador; la mano de la diosa de la noche es de una blancura de luna, y su cabeza se distingue apenas del azul del firmamento. El



todo está bien dibujado ; pero cuando Rubens dibuja bien , pinta mal ; el gran colorista perdía su paleta cuando volvía á encontrar su lapiz.

Dos cabezas por Rafael. Los cuatro avaros por Alberto Durer. El tiempo arrancando las plumas al amor , del Ticiano ó del Albano : maneras frías , carnes animadas.

Las bodas aldobrandinas , copia de Nicolas Poussino : diez figuras sobre un mismo plan , formando tres grupos de tres , cuatro y mas figuras. El fondo es una especie de mampara parda , el dibujo y actitudes participan de la sencillez de la escultura , pudiendo juzgársele por un bajo relieve. Ninguna riqueza de fondo , ni de por menores , paños , muebles , árboles ni accesorio al-

guno; nada mas que los personajes agrupados naturalmente.

## PASEO POR ROMA

## A LA LUZ DE LA LUNA.

De lo alto de la *Trinidad del monte* aparecen los campanarios y edificios lejanos como otros tantos diseños borrados de un pintor, ó semejantes á las costas desiguales del mar miradas abordo de un navio anclado.

Sombra del obelisco: ¡cuántos hombres habrán mirado esta sombra en Egipto y Roma!

*Trinidad del monte desierta*; un perro aullando en este retiro de los franceses. Una lucecita en un aposento elevado de la villa de Médicis.

La Carrera: calma y blancura de los edificios; profundidad de las sombras trasversales. Plaza Coloma: columna Antonina medio alumbrada.

Panteon: su belleza con la claridad de la luna.

Coliseo: su grandeza y silencio á esta misma luz.

San Pedro: efecto de la luna sobre su cúpula, sobre el vaticano, sobre el obelisco, las dos fuentes y la columnata circular.

Una muger jóven me pide limosna llevando cubierta la cabeza con su guardapiés levantado; la *poverina* se parece á una *madona*, y si yo fuese Rafael hubiera hecho un cuadro. El romano pide porque muere de hambre; pero no importuna si se le niega, pues, así como sus ascendien-

tes, nada hace para vivir; es necesario que su senado ó su príncipe le alimente.

Roma dormita en medio de estas ruinas. El astro de la noche, ese globo que se supone un mundo finito y despoblado, pasea sus pálidas soledades sobre las soledades de Roma; alumbra calles sin habitantes, cercas, plazas, jardines por donde nadie pasa, monasterios en donde ya no se oye la voz de los cenobitas, y cláustros tan desiertos como los pórticos del coliseo.

¿Qué sucedería en esta hora y en estos mismos sitios hace diez y ocho siglos? No solamente no existe la antigua Italia, sino que ha desaparecido la Italia de la edad media. Roma no obstante lleva la marca de

ambas Italias ; porque si la moderna levanta su San Pedro, la antigua le opone su Panteon y todos sus restos: si la primera hace que bajen del capitolio sus cónsules y emperadores, la segunda conduce desde el Vaticano la dilatada hilera de sus pontífices. El Tiber separa las dos glorias, sentadas ambas sobre el mismo polvo ; Roma pagana se hunde cada vez mas en sus sepulcros, y Roma cristiana vuelve á bajar poco á poco á las catacumbas de donde salió.

Tengo ideados materiales bastantes para unas veinte cartas sobre la Italia, que acaso agradarian si consiguiese desplegar mis ideas del modo que las concibo ; pero los dias vuelan y me falta el sosiego. Me miro como un viajero que precisado

á ponerse en camino al siguiente dia, ha enviado adelante sus equipages. Los del hombre son sus ilusiones y sus años, y en cada minuto entrega una parte de ellos á aquel á quien la escritura llama correo veloz: el tiempo (1).

(1) De estas veinte cartas que tenía ideadas no he escrito mas que una, que es la dirigida á Mr. Fontanes. Los diferentes trozos que acaban de leerse y los que siguen hubieran formado el contesto de otras; pero he acabado de describir á Roma y Nápoles en el libro V de los *mártires*. No falta pues á todo lo que queria decir sobre la Italia, sino la parte histórica y política.

## VIAGE DE NÁPOLES.

Terracin 31 de diciembre.

**V**EA V. aqui las personas, equipages y objetos que se encuentran revueltos en los caminos de Italia; ingleses y rusos que viajan á gran costa en buenas berlinas, con todas las costumbres y preocupaciones de sus paises respectivos; familias italianas en calesines antiguos, que van económicamente á las *vendimias*; monges á pie llevando por la rienda á una mula espantadiza; labradores conduciendo sus carros, arrastrados por enormes bueyes que llevan una imagen pequeña de la

Virgen elevada sobre el timon; paisanas cubiertas con su velo, ó con los cabellos estrañamente trenzados, y un jubon corto de color chillon, corpiños abiertos y sembrados de cintas, collares y braceletes de conchitas; galeras uncidas con mulas adornadas de cascabeles, plumas y paramentos rojos; barcas, puentes y molinos; rebaños de cabras, carneros y asnos; alquiladores de coches; correos con la cabeza envuelta en sus redes como los españoles; niños desnudos; peregrinos, mendigos, militares traqueándose en malos calesines; y viejos mezclados con mugeres. Es general el aire de benevolencia; pero lo es tambien el de curiosidad: se miran unos á otros hasta perderse de vista como si se qui-



sieran hablar, y no se dicen una palabra.

A las diez de la noche.

He abierto mi ventana: las olas venian á estrellarse contra las paredes de la posada. Nunca veo el mar sin cierto movimiento de alegría y casi ternura.

Gaeta 1.º de enero de 1804.

¡Ya se ha pasado un año mas!  
He saludado al salir de Fondi al primer vergel de naranjos: estaban aquellos lindos árboles tan cargados de frutos maduros, como pudieran los mas fecundos manzanos de la Normandía. Escribo estas líneas en Gaeta, en un balcon á las cuatro de la tarde, tomando el mas hermo-

so sol, y teniendo á la vista un ancho mar. Aqui murió Ciceron, en esta patria que habia salvado, como lo dice él propio: *Moriar in patria sæpe salvata*. Ciceron fue muerto por un hombre á quien habia en otro tiempo defendido, y de estas ingratitudes está llena la historia. Antonio recibió en el foro la cabeza y las manos de Ciceron, dando al asesino una corona de oro y doscientas mil libras; precio que no igualaba á lo comprado. La cabeza fue elevada en la tribuna pública entre las dos manos del orador. Bajo el reinado de Neron se alababa mucho á Ciceron, y no se habló de él en el de Augusto. El crimen se habia perfeccionado en tiempo de Neron, y los antiguos asesinatos del llamado

Divino Augusto eran fruslerías, ensayos, y casi juegos inocentes en comparacion de las nuevas fechorías. Por otra parte estaban ya los romanos lejos de la libertad, ni se sabia ya lo que era: ¿se matarian pues los esclavos que asistian á las diversiones del circo por las ilusiones de los Catones y los Brutos? Los raptos podian pues alabar con seguridad al paisano de Arpino. El mismo Neron se hubiera atrevido á echar arengas en favor de la libertad; y caso que el pueblo romano se hubiese dormido mientras peroraba, como es de creer, su amo, segun su costumbre, le hubiera hecho despertar á bastonazos para obligarle á que aplaudiese.

Nápoles 2 de enero.

El duque de Anjou, rey de Nápoles y hermano de San Luis, hizo matar á Conradino, legítimo heredero de la corona de Sicilia. Estando Conradino en el cadalso arrojó su guante en medio del concurso: ¿quién le levantó? Luis XVI, descendiente de San Luis.

El reino de las Dos Sicilias es como propio de sí mismo en Italia: griego bajo los antiguos romanos, ha sido sucesivamente bajo de los nuevos sarracenos, normando, aleman, frances y español.

Italia en la edad media fue la Italia de las dos grandes facciones Guefa y Gibelina: la Italia de dos rivalidades republicanas, y de pequeñas

tiranías; no se oía hablar en ella sino de crímenes y de libertad; negociándose todo con la punta del puñal. Los sucesos de la tal Italia parecían novelésocos: ¿quién no conoce á Ugolino, Francisca de Rimini, Romeo y Julieta, y á Otelo? Los Dux de Génova y de Venecia, los príncipes de Verona, Ferrara y Milan, los guerreros, navegantes, escritores, artistas y negociantes de aquella Italia eran hombres de génio: Grimaldi, Fregoso, Adorni, Dandolo, Morin, Zeno, Morosini, Gradenigo, Scaligieri, Visconti, Doria, Trívula, Spínola, Pisani, Cristóbal Colon, Américo Vespuccio, Gabato, el Dante, Petrarca, Bocacio, Ariosto, Maquiabelo, Cardano, Pomponacio, Achellini,

Erasmus, Policiano, Miguel Angel, Perugin, Rafael, Julio Romano, Dominiquino, Ticiano, Zaragio, los Médicis; y en todo esto ni un solo caballero, nada de la Europa transalpina.

Por el contrario, en Nápoles se mezcla la caballería con el caracter italiano, y las proezas con las conmociones populares: Tancredo y el Taso, Juana de Nápoles y el buen rey René, que no reinó: las vísperas sicilianas, Masaniel y el último duque de Guisa, ved aqui las Dos Sicilias. Tambien llega á espirar en Nápoles el ambiente de la Grecia; apenas ha dilatado sus fronteras hasta Pesto, y sus templos y sepulcros forman una línea en el horizonte último de un cielo encantado.

No me ha sorprendido Nápoles al llegar á él: desde Cápua y sus delicias hasta aqui el pais es fértil, pero poco pintoresco: se entra en Nápoles casi sin saberlo por un camino bastante hondo (1).

3 de enero de 1804.

*Visita al Museo.*

Estátua de Hércules, de la que hay copias por donde quiera: Hércules descansando apoyado sobre un tronco de árbol: ligereza de la maza. Venus: belleza de formas, ropages mojados: busto de Escipion al Africano.

(1) Se puede no seguir el camino viejo. Bajo la antigua dominacion francesa se abrió otra entrada, construyéndose un hermoso camino alrededor de la colina de Pausilypo.

¿Por que la escultura antigua es superior á la moderna (1), al paso que la moderna pintura es verosimilmente superior, ó cuando menos igual á la pintura antigua?

Respecto á la escultura, digo que las costumbres y hábitos de los antiguos eran mas graves que las nuestras, y las pasiones menos turbulentas.

(1) Esta asercion generalmente verdadera admite sin embargo escepciones. La antigua estatuaria no tiene cosa que sobrepuje á las cariátides del Louvre, de Juan Goujon. Tenemos continuamente á la vista obras maestras y no las miramos. Se ha alabado escesivamente el Apolo. Las Metopas del Parthenon son las que presentan la escultura griega en toda su perfeccion. Lo que he dicho de las artes en el *Génio del cristianismo* se experimenta frecuentemente falso. En aquella época no habia yo visto la Italia, la Grecia ni el Egipto.



La escultura, pues que se niega á los visos y movimientos pequeños, se acomodaba mejor á las situaciones tranquilas, y á la fisonomía seria del griego y del romano.

Fuera de esto, el ropage antiguo dejaba que se viese en parte el desnudo, y este desnudo estaba siempre á la vista de los artistas, cuando solo por accidente se presenta á la del escultor moderno; en fin, las formas humanas eran mas bellas.

En cuanto á la pintura digo, que admitiendo mucho movimiento en las actitudes, se sigue que la *manera*, cuando por desgracia se deja conocer, perjudica menos á los grandes efectos del pincel.

Los modernos entienden mejor que los antiguos las reglas de la pers-

pectiva, que casi no existen sin la escultura. En el dia se conoce mayor número de colores, quedando solamente por examinar si son mas vivos y puros.

En mi visita al museo he admirado la madre de Rafael, pintada por su hijo: hermosa como sencilla, se parece algo al mismo Rafael, asi como las vírgenes de aquel génio divino se parecen á ángeles.

Miguel Angel retratado por sí mismo.

Armida y Reinaldo: escena del espejo mágico.

## POUZOLES Y LA SOLFATARA.

4 de enero.

He examinado en Pouzoles el templo de las Ninfas, la casa de Ciceron,

la que él llamaba *Puteolano*, desde donde escribía amenudo á Atico, y en donde quizá compuso su segunda Filípica. Esta *villa* estaba edificada por el plan de la academia de Atenas; y habiéndola despues hermoseado *Vetus*, quedó convertida en palacio bajo del emperador Adriano, que murió en él despidiéndose de su alma.

*Animula vagula blandula*

*Hospes comesque corporis.*

Quería que se esculpiese sobre su sepulcro que habia sido muerto por los médicos.

*Turba medicorum regem interfecit.*

La ciencia hace progresos.

En aquella época todos los hombres de mérito eran filósofos cuando no fuesen cristianos.

Hermosa vista de la que se gozaba desde el Pórtico: un jardinillo ocupa hoy el sitio de la casa de Ciceron.

La Solfatara. Campo de azufre. Ruido de las fuentes de agua hirviendo. Ruido del tártaro para los poetas.

Al volver, vista de Nápoles: cabo dibujado por la luz del sol en su poniente; reflejo de esta luz sobre el Vesubio y el Apenino; concordia ó armonía de sus fuegos con el cielo. Blancura de las velas de las barcas que vuelven al puerto. A lo lejos la isla de Caprea. El monte de la Camáldula con su convento y bosques por encima de Nápoles. Contraste

de todos estos objetos con la Solfatarara. Un frances habita la isla á donde se retiró Bruto. Gruta de Esculapio. Sepulcro de Virgilio, desde donde se descubre la cuna del Taso.

### EL VESUBIO.

5 de enero de 1804.

Hoy 5 de enero he salido de Nápoles á las siete de la mañana, y me encuentro en Pórtici. El sol está despejado de las nubes de levante, pero la cabeza del Vesubio se ostenta metida entre la niebla. Me he ajustado con un *Cicerone* para que me lleve al cráter del Volcán: me ha presentado dos mulas, una para él y otra para mí, y partimos. Empiezo subiendo por un camino

bastante espacioso entre dos viñedos apoyados en álamos. Me adelanto en línea recta hácia el levante de invierno, y percibo un poco mas abajo de los vapores que bajan por la region media del aire la cima de algunos árboles, que son los olmos del eremitorio. A derecha é izquierda se dejan ver habitaciones pobres de viñadores en medio de las ricas cepas de *Lacrima Christi*. Fuera de esto se nota por todas partes un terreno quemado, viñas despojadas mezcladas de pinos en figura de parasoles, algunos aloes en las cercas, algunas piedras rodaderas, y ni un pájaro.

Llego á la primera meseta de la montaña, y se estiende á mi vista una llanura pelada. Columbro las dos puntas del volcan; á la izquier-

da la *Somma*, á la derecha la actual boca del volcan, cubiertas ambas de nubes pálidas. Por un lado la *Somma* se abaja, y empiezo á percibir por otra las quiebras trazadas en el cono del volcan que voy inmediatamente á trepar. La lava de 1766 y 1769 cubre la llanura por donde camino. Es un desierto ahumado, en el que las lavas sembradas como escoria de fraguas, presentan su espuma blanquecina sobre un fondo negro semejantes en un todo á musgos disecados.

Siguiendo la senda por la izquierda, y dejando á la derecha el cono del volcan, llego al pie de un collado, ó por mejor decir de una tapia formada de la lava que ha vuelto á cubrir al Herculano. Esta especie de

pared está plantada de viñas sobre la orilla de la llanura, y su reverso presenta un profundo valle lleno de jarales. El frio es aqui penetrante.

Trepo la colina para llegar al eremitorio que se divisa por el otro lado. El cielo se abaja, las nubes vuelan sobre la tierra como un visopardo, ó como las cenizas dispersadas por el viento. Empiezo á percibir el murmullo de los álamos del eremitorio.

El ermitaño ha salido para recibirme, y cogiendo á mi mula de la brida, he desmontado. Este ermitaño es alto, de buena presencia y de una fisonomía afable. Me ha introducido en su celdilla, ha puesto la mesa, y me ha servido un pan, huevos y manzanas. Se ha sentado frente



á mí, apoyando los codos en la mesa, y platicando tranquilamente conmigo mientras me desayunaba. Entre tanto se han ido cerrando las nubes por todas partes, sin poderse distinguir objeto alguno por la ventana del eremitorio. Nada se oye en este abisino de vapores sino el silvido del viento, y el ruido lejano del mar en las costas de Herculano: escena quieta de la hospitalidad cristiana colocada en una celdilla al pie de un volcan, y en medio de una tempestad. El ermitaño me ha presentado el libro en el que acostumbran los extranjeros escribir alguna cosa; pero no he hallado en él un solo pensamiento que mereciese retenerse: los franceses con su buen gusto natural se han contentado

con poner la fecha de su estancia, ó con hacer el elogio del ermitaño, infiriéndose que nada de extraordinario ha inspirado este volcan á los viageros; esto me confirma en lo que hace tiempo he pensado sobre que los grandes objetos y grandes asuntos no son muy apropósito para producir pensamientos grandes; porque hallándose por decirlo así en evidencia toda su grandeza, cuanto se añada fuera de ella no hace mas que rebajarla. El *nascitur ridiculus mus*, es verdadero al aplicarle á todos los montes.

Salgo del eremitorio á las dos y media, volviendo á subir la colina de las lavas que habia ya atravesado: tengo á mi izquierda el valle que me separa de la *Somma*, y á mi

derecha la llanura del cono, caminando en elevacion sobre el lomo del collado. A nadie he encontrado en este horroroso sitio sino á una pobre joven flaca, amarilla, medio desnuda, y oprimida bajo una carga de leña cortada en el monte.

Las nubes no me dejan ver nada, el viento soplando desde lo alto las arroja de la meseta que domino, y las hace pasar sobre la calzada de lavas que recorro: no oigo mas ruido que el de los pasos de mi caballería.

Dejo el collado, vuelvo á la derecha, y bajo otra vez á la llanura de lava, que remataba en el cono del volcan, y por la que he pasado mas abajo al subir al eremitorio. La imaginacion aun á la vista de es-

tos restos calcinados se representa con dificultad á aquellos campos de fuego y de metales fundidos, en el instante de las erupciones del Vesubio. Acaso las habia visto el Dante cuando ha pintado en su infierno á aquellas ardientes arenas, por las que bajan lenta y silenciosamente llamas eternas: *come di neve in Alpe senza vento.*

Arrivammo ad una landa

Che dal suo letto ogni pianta rìmove.

Le spazzo er' un' arena arida e spessa

Sovra tutto' l sabbion d' un cader lento

Pioren di fouco dilatata, e falde,

Come di neve in Alpe senza vento.

Las nubes se entreabren por algunos puntos. Descubro de repente

y por intervalos á Pórtici, Caprea, Ischia, el Pausílipo, la mar sembrada de velas blancas de pescadores, y la costa del golfo de Nápoles bordada de naranjos: es en cuanto cabe el paraiso visto desde el infierno.

Estoy al pie del cono, dejamos nuestras mulas: mi guia me da un gran baston y empezamos á subir el monton de cenizas. Ciérranse las nubes, se engruesa la niebla, y la oscuridad se redobla.

Considéreme V. aqui en lo alto del Vesubio, escribiendo sentado á la boca del volcan, y próximo á bajar al fondo de su cráter. El sol se manifiesta de tiempo en tiempo á traves del velo de vapores que envuelve todo el monte; este accidente que me oculta uno de los mas be-

llos países de la tierra, sirve para redoblar el horror de este sitio. El Vesubio, separado por las nubes de los países encantados que estan situados en su base, parece colocado en el mas profundo de los desiertos, sin que se disminuya en nada el terror que inspira, con el espectáculo de una ciudad floreciente á sus pies.

Propongo á mi guia el bajar al cráter, á lo que opone alguna dificultad para sacar mas dinero. Habiendo convenido en una cantidad que debo entregarle alli mismo, se la doy. Se quita su vestido, y caminamos por algun tiempo al borde del abismo, para hallar una línea menos perpendicular y mas fácil de descender. El guia se detiene advirtiéndome que me prepare. Vamos ya,

por decirlo así, á precipitarnos.

Ya estoy en el fondo del sumidero, pero desespero de poder pintar este caos.

Imagínese V. una concha de una milla de circuito y trescientos pies de elevacion, que va ensanchándose en figura de embudo. Sus orillas ó paredes interiores estan sulcadas por el fluido del fuego que ha contenido y derramado hácia fuera. Las partes salientes de estos sulcos se asemejan á unos pies derechos de ladrillos, en que los romanos apoyaban sus enormes fábricas de albañilería. Se miran suspendidos algunos peñascos en ciertas partes del contorno, y sus residuos mezclados con una pasta de cenizas vuelven á cubrir el abismo.

Su fondo está de mil maneras la-

boreado. Casi en medio se ven tres pozos ó pequeñas bocas nuevamente abiertas, que vomitaron llamas durante la residencia de los franceses en Nápoles el año de 1798.

Transpiran por los poros del abismo grandes humos, sobre todo hácia el lado de la *Torre del Greco*. En el opuesto lado hácia Caserta advierto una llama. Si se mete la mano en las cenizas se las encuentra ardientes á algunas pulgadas bajo de la superficie. El color general del abismo es de carbon apagado; pero como la naturaleza sabe esparcir gracias hasta en los objetos mas terribles, la lava en ciertos sitios es de color azul, verde mar, amarillo y anaranjado. Trozos de granito, agitados y retorcidos con la accion del



fuego, se han encorbado hácia su estremidad, á manera de palmas y hojas de acanto.

La materia volcánica enfriada sobre las vivas rocas, alrededor de las cuales ha fluido, forma acá y allá rosetones, girándulas y cintas, delineando tambien figuras de plantas y animales, y los diversos dibujos que se notan en las ágatas. He reparado sobre una roca azulada un cisne de lava blanca perfectamente modelado, y hubiera V. jurado que veía aquella ave hermosa durmiendo sobre una agua tranquila con la cabeza metida bajo el ala, y su largo cuello echado sobre la espalda como un rollo de seda.

Ad vada Meandri concinit albus olor.

Vuelvo á encontrar aqui aquel entero silencio que en otro tiempo observé al mediodia en las selvas de América, cuando conteniendo el aliento, solo oia el golpe de mis arterias en las sienes, y el latido del corazon. Solo de cuando en cuando ráfagas de viento, que caen desde lo alto del cono al fondo del cráter, resuenan en mi vestido ó silvan en mi baston; y oigo tambien rodar algunas piedras que mi guia sacude al trepar por las cenizas. Un eco confuso, parecido al retiñido del metal ó el vidrio, prolonga el ruido de la caida, y despues todo calla. Compárese este silencio de muerte con las detonaciones espantosas que conmovian estos mismos sitios, cuando el volcan disparaba el fuego de sus entra-

ñas, y cubria de tinieblas la tierra.

Sitio propio es este para reflexiones filosóficas que hagan á uno lastimarse de las cosas humanas. En verdad, amigo mio, ¿qué son todas las revoluciones famosas de los imperios si se comparan con estos accidentes de la naturaleza, que mudan la faz de la tierra y de los mares? ¡dichosos los hombres si no empleasen los pocos dias que tienen que pasar juntos, en atormentarse mutuamente! ¡No ha abierto una sola vez el Vesubio sus abismos para tragar las ciudades, que no haya sorprendido á los pueblos en medio de sangre ó de lágrimas! ¿Cuáles son los signos primeros de civilizacion, las primeras señales del paso de los hombres que se han encontrado ba-

jo las cenizas apagadas del volcan? Instrumentos de suplicio, esqueletos encadenados (1).

Los tiempos cambian, y la misma inconstancia está aneja al destino de los hombres. *La vida*, dice la cancion griega, *huye como la rueda de un carro.*

Τροχὸς ἄρματος γὰρ οἷα

Βίτης τρέχει κλιθεῖς.

Plinio perdió la vida por haber querido contemplar de lejos el volcan, en cuyo cráter me encuentro yo tranquilamente sentado. Miro al abismo humear al rededor de mí, y pienso que á pocas toesas de profundidad tengo bajo de mis plantas una sima de fuego; que el volcan pudiera

(1) En Pompeya.

abrirse de nuevo y lanzarme al aire con sus pedazos de mármol destrozados.

¿Qué providencia me ha conducido á este sitio? ¿por qué casualidad las borrascas del Océano americano me han echado á los *campos de la Lavinia*? *Lavinaque venit littora.*

No puedo menos de volver á pensar en las agitaciones de esta vida, en la cual, todas las cosas, dice san Agustín, están llenas de miserias, y la esperanza vacía de felicidad. *Rem plenam miserix, spem beatitudinis inanem.* Nacido en las rocas de la América, el primer ruido que penetró mis oídos al venir al mundo fue el del mar; ¡y en cuántas orillas no he visto yo despues quebrantarse estas mismas olas que vuelvo á encontrar aqui!

¿Quién me hubiera dicho hace algunos años que habia de oír gemir en los sepulcros de Escipion y Virgilio, aquellas olas que se desarrollaban á mis pies en las orillas de Inglaterra, ó en las playas de Maryland? mi nombre está en la cabaña del salvaje de la Florida: védle en el libro del ermitaño del Vesubio. ¡Cuándo dejaré á la puerta de mis padres el báculo y la capa del viajero!

¡O patria! o diyum domus Illium!

## PATRIA Ó LITERNA.

6 de enero de 1804.

Habiendo salido de Nápoles por la gruta de Pausilipo, he girado

por el campo en calesa casi una hora; y despues de haber atravesado senderos sombreros , me he apeado para buscar, á pie á *Patria*, la antigua Literna. Primeramente he visto un bosque de álamos, despues viñas, y una llanura sembrada de trigo. La naturaleza en todo aquel sitio es hermosa, pero triste. En Nápoles, asi como en el Estado Romano, los labradores no viven en el campo sino en las temporadas de siembra y siega, pasadas las cuales se retiran á los arrabales de las ciudades ó á pueblos crecidos. Este es el motivo de que los campos no cuenten cabañas, rebaños ni habitantes, y no tengan el movimiento rústico que se nota en la Toscana, el Milanés, y las regiones transalpinas. A pesar de

esto he encontrado en los contornos de *Patria* alquerías bellamente construidas; tenían en el patio un pozo adornado de flores y acompañado de dos columnas coronadas por aloes plantados en tiestos. En todo aquel país se advierte un gusto natural de arquitectura, que desde luego descubre la patria de la civilización y de las artes.

Terrenos húmedos llenos de helechos, contiguos á fondos arbolados, me han recordado las vistas de Bretaña. ¡Cuánto tiempo hace ya que he dejado mis malezas natales! Se acaba de cortar una selva mia, antigua selva de olmos y encinas, entre los cuales me crié, y casi estoy por exalar quejas por los golpes que los han herido, como aquellos seres cu-



ya existencia dependia de los árboles de la floresta encantada del Taso.

He divisado á lo lejos, á orillas del mar, la torre llamada de Escipion. A la estremidad de un edificio, formado por una capilla y una especie de posada, he entrado en un campo de pescadores. Se entretenian en aderezar sus redes: dos de ellos han traído un barquillo, y me han desembarcado inmediato á un puente sobre el terreno de la torre: he pasado por montecillos llenos de mirtos, laureles y olivos enanos, y habiendo llegado no sin trabajo á lo alto de la torre, que sirve como de faro á los navíos, he paseado vagamente mi vista sobre aquella mar, tantas veces contemplada por Escipion. Mis religiosas investigaciones

solo han hallado pábulo en algunos restos de bóvedas llamadas *grutas de Escipion*: hollaba penetrado de respeto la tierra que cubria los huesos de aquel cuya gloria buscaba la soledad. ¡ Ah! yo solo podré tener de comun con tan grande hombre el último destierro del que ninguno vuelve!

### BAYAS.

9 de enero.

Vista desde lo alto de Monte Nuovo: cultivo en el fondo del circuito; mirtos y malezas graciosas.

Lago Averno: es de figura circular, y metido en un recinto de montes, y sus orillas estan adornadas de viñas altas. La gruta de la Sibila está colocada hácia el mediodia, en

el costado de la ribera escarpada, al lado de un bosque. He oido cantar á los pájaros y volar alrededor de la cueva á pesar de los versos de Virgilio:

Quam super haud ullæ poterant impune  
volantes

Tendere iter pennis. . . . .

En cuanto al *ramo de oro*, aunque todas las palomas del mundo me le hubieran enseñado, no habria yo podido cogerle.

El lago Averno tenia comunicacion con el lago Lucrino; restos del puente Julia.

Se sigue embarcado en él hasta los baños de Neron. He puesto á cocer huevos en el Phlegton; y volviendo á embarcarme al salir de los

baños dichos, doblé el Promontorio, mirando como yacen en una playa abandonada y azotadas por las olas las ruinas de una multitud de baños y *villas* romanas. Templos de Vé-nus, de Mercurio y Diana; sepul-cros de Agripina &c. Bayas fue el eliseo de Virgilio y el infierno de Tácito.

#### HERCULANO, PÓRTICI, POMPEYA.

11 de enero.

La lava ha llenado á Herculano asi como el plomo derretido llena las concabidades de un molde.

Pórtici es un almacén de antigüe-dades.

Hay cuatro partes descubiertas en Pompeya: 1.º El templo, el cuartel de soldados y los teatros: 2.º Una

casa nuevamente escombrada por los franceses. 3º Un barrio de la ciudad. 4º La casa fuera de la misma.

Pompeya tiene de circuito casi cuatro millas. El cuartel de los soldados es una especie de cláustro, alrededor del cual hay cuarenta y dos aposentos: algunas palabras latinas, estropeadas y con mala ortografía, ensuciaban sus paredes. Cerca de allí estaban los esqueletos encadenados. « Los que estaban en otro tiempo encadenados juntamente, dice Job, no sufren ya, ni oyen la voz del exactor. »

Un teatro pequeño: veinte y una graderías en semicírculo y los corredores detras. Un gran teatro: tres puertas en el fondo para salir de la escena, y con comunicacion á los

apuestos de los actores. Las gradas repartidas en tres divisiones, y la de abajo mas ancha y de mármol. Los corredores de detras anchos y abovedados.

Se entraba por el corredor á lo alto del teatro, y se bajaba á la sala por los vomitorios ó boquetes. En aquel corredor se entreabrian seis puertas. No lejos de alli hay un pórtico cuadrado de sesenta columnas, y de otras en línea recta desde el mediodia al norte; pero cuya disposicion no he podido comprender.

Se encuentran dos templos, y en el uno de ellos tres altares y un santuario elevado.

La casa descubierta por los franceses es curiosa: los dormitorios,

estremamente pequeños, estan pintados de azul ó amarillo, y adornados con pinturas al fresco. En una de ellas se ve un personage romano, un Apolo tocando la lira, paisages y perspectivas de jardines y ciudades. En la pieza mayor de esta casa hay una pintura que representa á Ulises huyendo de las Sirenas: el hijo de Laertes, atado al mástil de su navío, escucha á tres Sirenas que estan sobre las rocas; la primera toca la lira, la segunda una especie de trompeta, y la tercera canta.

Se entra despues en la parte mas antiguamente descubierta de Pompeya, por una calle de cerca de quince pies de ancha; á los dos lados hay aceras y el suelo conserva la huella de las ruedas en ciertos

parages; la calle se compone de tiendas, y casas cuyo primer piso ha caído. En dos de las casas se ven las cosas siguientes:

○ Un aposento de cirujano, y otro de tocador con pinturas análogas.

○ Me han hecho reparar en un molino de trigo, y las señales de un instrumento cortante en la piedra de la tienda de un tocadero ó panadero. La calle sigue hasta la puerta de la ciudad, en donde ha quedado á la vista una porcion de paredes de la cerca. Desde esta puerta daban principio los sepulcros que orillaban el camino público.

○ Despues de haber pasado la puerta, se encuentra la casa de campo tan conocida. El pórtico que rodea al jardin de esta casa se compone



de pilares cuadrados, agrupados de tres en tres. Bajo el primer pórtico existe otro, y en él fue sofocada la joven muger, cuyo seno quedó impreso en el trozo de tierra que he visto en Pórtici: la muerte, asi como un estatuario, vació su víctima.

Para pasar de una parte descubierta de la ciudad á otra se atraviesa un terreno fértil, cultivado ó plantado de viñas. El calor era grande, la tierra se manifestaba risueña con la verdura y flores (1).

No pudo menos de escitárseme una idea al recorrer esta ciudad de muertos. Conforme se escava algun edificio en Pompeya se saca lo que

(1) Al fin hay algunas noticias curiosas sobre Pompeya, que completan una pequeña descripcion.

resulta de la escavacion, como utensilios domésticos, instrumentos de diferentes profesiones, muebles, estátuas, manuscritos &c., amontonándose todo en el *museo Pórtici*. Me parece pues que seria mucho mejor dejar los objetos en el sitio en que se les encuentre, y del mismo modo en que esten, y volver á componer los techos, cielos rasos, pisos y ventanas para impedir la ruina ó degradacion de las pinturas y paredes; volver á levantar la antigua cerca de la ciudad, é incluir en ella las puertas para poner una guardia de soldados con algunos sabios instruidos en las artes; No seria este el museo mas maravilloso del mundo? ¡Una ciudad romana conservada toda entera, como si sus habitantes

acabasen de salir de ella un cuarto de hora antes !

Creo que de este modo se aprenderia mejor la historia doméstica del pueblo romano y el estado de su civilizacion con algunos paseos á Pompeya restaurada, que con la lectura de todas las obras de la antigüedad. Concurriria la Europa entera, pudiendo compensarse ámpliamente el coste de la egecucion de este plan con la afluencia de los extranjeros en Nápoles. Fuera de esto, no se necesitaba hacer la obra de un golpe, sino que se continuasen las escavaciones lentamente, pero con regularidad, bastando cortas porciones de ladrillos, pizarra, yeso, piedra y maderage, para ir las empleando á proporcion de lo que se esca-

vase. Un arquitecto hábil podria dirigirse en cuanto á la restauracion por los modelos que encontraria en los paisages pintados en las paredes de las casas de Pompeya.

Pero lo que hoy se practica me parece muy perjudicial, arrancando de su natural sitio las curiosidades mas raras para ponerlas en gabinetes, en los que no estan ya en relacion con los objetos que las rodeaban. Por otra parte, los edificios descubiertos en Pompeya se arruinarán pronto: pues aunque las cenizas que los tragaron los han conservado, perecerán al aire si no se trata de mantenerlos ó repararlos.

Solo los monumentos públicos edificados á gran costa con granito y mármol han resistido en todos los

países á la acción del tiempo; pero las habitaciones domésticas, las *villas*, propiamente así llamadas, se han desplomado, porque la fortuna de los particulares no les permite levantar obras que luchen con los siglos.

A MR. DE FONTANES.

Roma 10 de enero de 1804.

Acabo de llegar de Nápoles, mi querido amigo, trayendo á V. un fruto de mi viage, al que tiene V. un inconcuso derecho, y este es algunas hojas del laurel del sepulcro de Virgilio, «*Tenet nunc Parthenope:*» y aunque hace tiempo que debiera haberle hablado de este país clásico, propio para interesar á un ingenio como el suyo, me lo han impe-

didó diferentes razones. Mas no quiero dejar á Roma sin decir á V. alguna cosa de esta célebre ciudad. Habiendo convenido en escribir á V. á la ventura y sin dilacion alguna todo lo que pensase acerca de Italia, asi como en otro tiempo referia á V. las impresiones que hacian en mi corazon las soledades del nuevo mundo, paso sin mas preámbulo á bosquejarle los afueras de Roma, sus campiñas y sus ruinas. V. ha leído cuanto se ha escrito sobre el particular; pero dudo que los viageros le hayan hecho formar una idea precisa del cuadro que presenta la campiña romana. Figúrese V. algo de la desolacion de Tiro y Babilonia, de que habla la escritura; un silencio y soledad iguales al ruido y tumul-

to con que en un dia se apretaban los hombres en este suelo. Cree uno que oye resonar aquella maldicion del Profeta: *Venient tibi duo hæc subito in die una, sterilitas et vi- duitas* (1). Se ven como dispersos aqui y alli algunos remates de los caminos romanos en sitios en que no pasa persona alguna; algunos vestigios de torrentes del invierno ya secos, los que vistos de lejos tienen el mismo aspecto que los caminos frecuentados, no siendo otra cosa que el lecho desierto de una agua borrascosa que ha desaparecido como el pueblo romano. Apenas se descubren algunos árboles; pero sí se ve por donde quiera ruinas de

(1) Te sobrevendrán dos cosas juntas en un solo dia: esterilidad y viudez. Isaias.

acueductos y de sepulcros, ruinas que parecen ser la selvas y plantas indígenas de una tierra compuesta del polvo de los muertos y de los restos de los imperios. Muchas veces me ha sucedido parecerme que veia ricas mieses en una estendida llanura, y convencerme al acercarme de que yerbas marchitas eran las que habian engañado mi vista. Tal vez se distinguen bajo esta estéril cosecha los vestigios de un cultivo antiguo. No hay aves, no hay labradores, no hay movimientos campestres, ni mugidos de vacadas, ni aldeas. En medio de la desnudez de los campos sobresale un pequeño número de alquerías desmoronadas; las puertas y las ventanas estan cerradas, y no sale de ellas



ni humo, ni ruido, ni habitantes. Una especie de salvaje medio desnudo, pálido y consumido por la calentura, guarda aquellas tristes chozas, como aquellos espectros que en nuestras historias góticas defienden la entrada de los castillos abandonados. Puede en fin decirse que ninguna nacion se atreve á suceder á los señores del mundo en su pais natal, y que estos campos estan ahora en el mismo estado en que los dejó la reja del arado de Cincinato, ó el último arado romano.

De en medio de un terreno inculto, al que domina y entristece todavía un monumento comunmente llamado el *sepulcro de Neron* (1), se levanta la gran sombra

(1) El verdadero sepulcro de Neron es-

de la ciudad eterna. Parece que decaída de su poder terreno ha querido como aislarse: se ha separado de las demas ciudades de la tierra, y semejante á una reina destronada, ha ocultado noblemente su desgracia en la soledad.

No me es posible espresar á V. lo que se siente cuando se le aparece á uno repentinamente Roma en medio de sus *reinos vacíos, inania regna*; y que parece que va á incorporarse de la tumba en que estaba recostada, para darse á conocer á quien la contempla; solo creo podrá V. formar cierta idea aproximativa figurándose aquella turbacion y asombro que taba en la puerta del *Pueblo*, en el sitio mismo en que se edificó la iglesia de *Santa Maria del Popolo*.

penetraban á los profetas, cuando Dios les enviaba la vision de alguna ciudad á la que habia unido los destinos de su pueblo. *Quasi aspectus splendoris* (1). Le oprime á V. el corazon la multitud de recuerdos y la abundancia de sentimientos; el alma trastornada se conturba á la vista de aquella Roma que por dos veces ha recogido la sucesion del mundo, como la heredera de Saturno y de Jano (2).

(1) Era como una vision de esplendor,

(2) Montaigne describe la campiña de Roma, cual se encontraba ahora doscientos años, del modo siguiente: Teniamos á lo lejos sobre nuestra derecha al Apenino; la vista del pais es poco agradable, desigual, lleno de profundas hoyas, incapaz de poder proporcionar pasage á gente de guerra en formacion; el terreno desnudo, sin árboles, una buena parte estéril, el pais muy

Me figuro que esta descripción haga á V. creer que no hay cosa mas horrible que las campiñas de Roma, pero se engañaría V. muchísimo; tienen una grandeza indefinible, y al mirarlas está uno pronto á clamar con Virgilio:

Salve, magna parens frugum, Saturnia  
tellus,

Magna virum (2).

Si V. mira á estas campiñas en calidad de economista, sin duda ninguna que le desconsolarán; si las mira como artista, poeta y aun filóso-

abierto al rededor, y en mas de diez leguas en contorno, y casi todo muy poco poblado de casas.

(2) Yo te saludo, tierra fecunda, tierra de Saturno, madre de hombres grandes.

sofo no deseára que fuesen diferentes de lo que son. La vista de un campo de trigo, ó un risueño collado lleno de viñas no le conmoviera á V. tan poderosamente como la de esta tierra, cuyo suelo no ha rejuvenecido todavía el cultivo moderno, y ha quedado antigua siempre como las ruinas que la cubren.

Pero ninguna cosa es comparable en hermosura á las líneas que forman el horizonte romano, al suave declive de sus planos, y á los contornos fugitivos de los montes que la terminan. Muy amenudo presentan sus valles la figura de la arena de un circo de hipódromo; las colinas estan cortadas á manera de terraplenes, cual si la mano poderosa de los romanos hubiese removi-

do toda aquella tierra. Un vapor particular difundido en los lejos, redondea los objetos, disimulando lo que pudieran tener sus formas de duro ó chocante. Las sombras no son pesadas y negras; y no hay masas de rocas ó de hojarasca tan oscuras que no se introduzca en ellas un poco de luz. Un tinte de singular armonía reúne la tierra, el cielo y las aguas; y una gradacion insensible de colores liga en sus estremidades á todas las superficies, de manera que no es posible determinar el punto en el cual acaba un viso y empieza otro. V. ha admirado sin duda los paisages de Claudio Lorena: pues aquella luz que en ellos parece ideal, y mas hermosa que la naturaleza misma es la luz de Roma.

No me cansaba yo de ver en la *villa* Borghesi ponerse el sol sobre los cipreses del monte Mario, y sobre los pinos de la *villa* Pamphili, plantados por Le-Nôtre. Muchas veces he remontado el Tiber en Ponte-Mole, para gozar de aquella grandiosa escena al acabarse el dia: los picos de los montes de la Sabina aparecian en zonas de lapislázuli y de oro pálido, al mismo tiempo que sus bases y costados nadaban en un tinte vaporoso de color violado ó de púrpura. Veces hay en que nubes hermosas, llevadas como carros ligeros sobre el viento de la tarde con una gracia inimitable, hacen que se conciban en cierto modo la aparicion de los habitantes del olimpo bajo de aquel cielo mitológico; otras

parece que la antigua Roma ha estendido en el occidente todos los mantos de púrpura de sus cónsules y césares bajo los últimos pasos del Dios del dia. Tan rica decoracion no desaparece allí con rapidez como en nuestros climas; porque cuando V. cree que las tintas van á borrarse, se renueva sobre algun otro punto del horizonte; se sucede un crepúsculo á otro, y se prolonga la magia del poniente. Es verdad que en aquella hora del reposo de los campos ya no suena el aire los antiguos tonos bucólicos; no hay ya mas pastores de aquellos: *Dulcia línquimus arva!* pero se ven todavía las grandes víctimas de *Clytumno*; bueyes blancos ó manadas de yeguas medio salvages que bajan á beber á las ori-



llas del Tiber. Se creeria V. trasladado al tiempo de los antiguos Sabinos, ó al siglo del árcade Evandro, *παιαγενες λαϊών* (1) cuando el Tiber se llamaba *Albula* (2), y en el que el piadoso Eneas remontó sus aguas desconocidas.

No tendré sin embargo dificultad en conceder que los sitios de Nápoles son tal vez mas deslumbradores que los de Roma; porque en verdad cuando el sol encendido, ó el ancho y enrojecido disco de la luna se eleva sobre el Vesubio, como un globo disparado por el volcan, la bahía de Nápoles con sus riberas bordadas de naranjos, los mon-

(1) Pastor de los pueblos. *Homer.*

(2) *Vide Tit. Liv.*

tes de la Apulla, la isla de Capra, el collado de Pausílipo, Bayas, Misena, Cumas, el Averno, los Campos eliseos y toda aquella tierra virgiliana ofrecen un espectáculo mágico; mas no tiene segun mi opinion todo lo *grandioso* de la campiña romana. Cuando menos es indudable que se aficiona uno á este suelo famoso: dos mil años hace que Ciceron se juzgaba desterrado bajo el cielo del Asia, y escribia á sus amigos: *Urbem, mi Rufe: colle, in ista luce vive* (1). Este atractivo de

(1) «Es preciso, mi querido Rufo, habitar en Roma; es necesario vivir en su ambiente:» me parece que dice esto el orador en el primero ó segundo libro de sus *Cartas familiares*. Cito de memoria, y espero por lo mismo se me disimulen las inexactitudes que pueden escapármeme.

la bella Ansonia es todavía el mismo. Ejemplos se citan de viajeros que habiendo venido á Roma con solo el designio de pasar en ella algunos dias, se han quedado por toda su vida. Fue preciso que el Pousino viniese á morir á esta tierra de los bellos paisages; y en el momento en que escribo á V. tengo la satisfaccion de conocer á Mr. de Agincourt, que vive aqui de veinte y cinco años á esta parte, y promete á la Francia tenga tambien su *Vinckelman*.

Todo el que se dedica exclusivamente al estudio de la antigüedad y de las artes, ó á quien ya no le ata conexion alguna, debe venir á vivir á Roma. Encontrará en lugar de sociedad una tierra que dé pábulo á sus reflexiones y ocupe su corazon,

y paseos que siempre le dirán alguna cosa. La piedra que pise le hablará, y el polvo que arrebate el viento de debajo de sus plantas encerrará alguna grandeza humana. Si es desgraciado, si ha reunido las cenizas de los que amó con otras ilustres, ¡ con qué encanto no pasará desde el sepulcro de los Escipiones al último asilo de un amigo virtuoso; desde el hermoso panteon de *Cecilia Metela* al modesto túmulo de una muger desgraciada! Se persuadirá sin duda que aquellos manes queridos se complacen en errar al rededor de estos monumentos con la sombra de Ciceron, que llora todavía á su querida *Tulia*, ó con la de *Agripina*, ocupada aun con la urna de *Germánico*. Y si es cristiano... ¡ Ah! ¿Có-

mo podrá arrancarse de esta tierra que se ha hecho su patria? de esta tierra que ha visto nacer un segundo imperio mas santo en su origen y mas grande en poderío que el que le precedió; de esta tierra en donde los amigos que hemos perdido, durmiendo con los mártires en las catacumbas á la vista del padre de los fieles, parece que deben despertarse los primeros en su polvo, y hallarse mas vecinos á los cielos? Aunque ofrezca Roma vista interiormente el mismo aspecto que la mayor parte de las ciudades europeas, conserva empero un caracter particular; ninguna otra ciudad ofrece una mezcla semejante de arquitectura y de ruinas, desde el panteon de Agripa hasta los muros de Belisario, desde los monumentos

traidos de Alejandría hasta la encumbrada cúpula erigida por Miguel Angel. Tambien es otro distintivo característico de Roma la belleza de las mugeres: en su presencia y continente recuerdan las Clelias y las Cornelias, ó se figura uno que las estátuas antiguas de Juno ó Palas, bajándose de su pedestal, se pasean al rededor de sus templos. Por otra parte se encuentra entre los romanos aquel *tono de caras* que los pintores han llamado *color histórico*, y que emplean en sus cuadros. Es natural que hombres, cuyos ascendientes han hecho tan gran papel sobre la tierra, hubiesen servido de modelos ó tipos á los Rafaeles y á los Dominiquinos para representar los grandes personajes de la historia.

Paréceme tambien una singularidad propia de Roma los rebaños de cabras, y sobre todo aquellas yuntas de grandes bueyes con enormes cuernos, echados al pie de los obeliscos egipcios, entre los escombros del foro, y bajo los arcos por donde pasaban en otro tiempo conduciendo al triunfador romano á aquel capitolio que Ciceron llama *el consejo público del universo*.

Romanos ad templa Deum duxere triumphos.

A todos los ruidos comunes en las grandes ciudades se mezcla aqui el de las aguas que se oye de todas partes, como si se estuviese al lado de las fuentes de Blandusia ó Egeria. Desde lo alto de las colinas incluidas

en el circuito de Roma, ó desde el extremo de varias calles, se ve el campo en perspectiva; lo que reúne de un modo pintoresco la campiña y la poblacion. Circunstancias son todas estas que contribuyen á dar á Roma un no sé qué de rústico que se adapta á su historia: sus primeros dictadores guiaban el arado; debió el imperio del mundo á labradores, y no se desdeñó el mayor de sus poetas de enseñar el arte de Hesiodo á los hijos de Rómulo:

*Ascreumque cano romana per oppida  
carmen.*

En cuanto al Tiber, que baña esta gran ciudad y comparte su gloria, tiene tambien un destino muy singular. Pasa por un ángulo de Ro-



ma, como si no estuviese en ella; nadie se digna echar una mirada sobre él, jamas se le menciona, ni se beben sus aguas, ni las mugeres lavan en ellas; se esconde entre malas casuchas que le cubren, y corre á precipitarse en el mar, sonrojado de oirse llamar el *Tíbero*.

Ahora debo decir á V. alguna cosa acerca de las ruinas de que me ha encargado V. le hable, y que constituyen una gran parte de los afueras de Roma; las he visto en parte, ya en Roma, ya en Nápoles, menos los templos de Pesto, que no he tenido tiempo de visitar. Bien conoce V. que estas ruinas deben adquirir caractéres diversos, segun los recuerdos que les son peculiares.

En una hermosa tarde del mes de

julio último habia ido á sentarme al coliseo , en el escalon de uno de los altares dedicados á los dolores de la pasion. El sol poniéndose derramaba rios de oro por todas aquellas galerías que en algun tiempo inundaba la confluencia de los pueblos: al mismo tiempo salian sombras desde lo profundo de los palcos y corredores , ó daban en la tierra en anchas bandas negras. Desde lo alto de los macizos de arquitectura divisaba , por entre las ruinas del lado derecho del edificio , el jardin del palacio de los Césares , con una palmera que no parece sino colocada espresamente sobre aquellos restos para los pintores y poetas. En vez de los gritos de alegria que exalaban en otro tiempo los feroces espectadores en este

anfiteatro al ver como desgarraban los leones á los cristianos, no se oian sino los aullidos de los perros del ermitaño que guarda aquellas ruinas. Pero no bien desapareció el sol de sobre el horizonte, quando lá campana de la cúpula de S. Pedro resonó sobre los pórticos del coliseo. Confieso á V. que esta correspondencia de sonidos religiosos, entre los dos mayores monumentos de Roma cristiana y Roma pagana, me causó la mas profunda emocion: consideraba que el edificio moderno caeria asi como el antiguo; reflexionaba que los monumentos se suceden como los hombres que los han construido, y recordaba que los mismos judios que en su primera cautividad trabajaron en los pirámides del Egipto

to y en los muros de Babilonia, habian tambien levantado en su última dispersion aquel enorme anfiteatro. Las bóvedas que repetian el eco de la campana cristiana eran obra de un emperador gentil, señalado en las profecías para la destruccion final de Jerusalem. ¡Piensa V. que no sea esta copiosa materia de meditacion, y que una ciudad que á cada paso que se dé en ella produce ideas semejantes, no merezca ser visitada!

Volví ayer 9 de febrero al coliseo para estudiarle en otra estacion y aspecto: me admiró al llegar el no oír los ladridos de los perros, que por lo regular se asomaban en los corredores superiores del anfiteatro entre yerba seca. Llamé á la puerta de la ermita construida en el centro de un palco;

nadie me respondió. El ermitaño ha muerto. La dureza de la estacion, la falta del buen solitario, y otras recientes pesadumbres acrecentaron para mí la tristeza del sitio; se me figuró ver los escombros de un edificio que algunos dias antes habia admirado en toda su entereza y frescura. Asi es, mi querido amigo, como á cada paso nos anuncia cuanto nos rodea nuestra nada; para convenirse de ella busca el hombre fuera de sí razones superfluas en verdad, pues al paso que va á meditar sobre las ruinas de los imperios, se olvida que él mismo es una ruina todavía mas vacilante, y que caerán antes que los restos que contempla (1).

(1) El sugeto á quien se escribió esta carta ya no existe.

Lo que acaba de asemejar nuestra vida al *sueño de una sombra* (1), es que no podemos tampoco esperar que sobreviviremos mucho tiempo en la memoria de nuestros amigos, pues que su corazón, en donde está grabada nuestra imagen, es una arcilla sujeta á disolverse. En Portis me han enseñado un pedazo de ceniza del Vesubio desmenuzable al tacto, y que conserva la huella cada dia mas borrada del pecho y brazo de una joven sepultada bajo las ruinas de Pompeya: imagen exacta y aun no bastante frágil de la huella que deja nuestra memoria en el corazón de los hombres, ceniza y polvo (2).

(1) Píndaro.

(2) Job.

Antes de salir para Nápoles fui á pasar algunas dias solo á Tívoli: recorrí las ruinas de los contornos, y particularmente las de la *villa Adriana*: habiéndome cogido la lluvia en medio de mi espedicion, me acogí á las salas de los Termas, próximas á Pæcilo (1), bajo de una higuera que creciendo habia derribado el lienzo de una pared. En una pequeña sala octógona una viña virgen penetraba la bóveda del edificio, y su gruesa y lisa cepa, bermeja y torcida, subia á lo largo de la pared como una serpiente. Al rededor de mí, y por en medio de las arcadas ruinosas se abrian diferentes puntos

(1) Monumentos de la *Villa*. Véase la descripcion de esta y del Tívoli en la página 37.

de vista hácia la campiña romana. Matas de saucos llenaban las salas desiertas á donde iban á refugiarse algunas mirlas. Los fragmentos de albañilería estaban entapizados de escolopendra ó lengua de ciervo, cuya verdura, como de raso, parecia un mosaico sobre la blancura de las piedras. Algunos altos cipreses sustituian á trechos en aquel palacio de la muerte á las columnas caidas; rastreaban á sus pies el acanto silvestre bajo de escombros, como si la naturaleza hubiese gustado de reproducir bajo las obras maestras de arquitectura mutiladas el adorno de su pasada belleza. La diversidad de salas y las puntas de las ruinas parecian canastillos y ramilletes de verdura: ajitaba el viento las húme-



das girnaldas, y todas las plantas se inclinaban bajo la lluvia del cielo.

Mil confusas ideas se me suscitaron mientras que contemplaba aquel cuadro: tan pronto admiraba como detestaba la grandeza romana: unas veces pensaba en las virtudes, y otras en los vicios de aquel propietario del mundo, que habia querido juntar una imágen de su imperio en su jardin. Traia á la memoria los sucesos que habian derribado aquella *villa* soberbia; mirábala despojada de sus mas hermosos adornos por el sucesor de Adriano; veia pasar á los bárbaros como un torbellino, acantonarse algunas veces en ella, y que para defenderse en aquellos mismos monumentos que habian casi destruido, coronaban el orden griego

y toscano con la gótica almena. En fin, religiosos cristianos restituyendo la civilizacion á aquellos sitios, plantaban la vid, y dirigian el arado en el *templo de los estóicos* y las *salas de la academia* (1): veia renacer el siglo de las artes, y los nuevos soberanos que acababan de trastornar las ruinas restantes de aquellos palacios para buscar en ellas algunas obras maestras del arte. A estos diferentes pensamientos se mezclaba una voz interior que me repetia lo que tantas veces se ha escrito acerca de la vanidad de las cosas humanas. Aun es mayor esta vanidad en la *villa Adriana*, puesto que sus monumentos, como es sabido, eran la

(1) Monumentos de la *Villa*: véase la descripción de la misma, página 37.

copia de otros monumentos de las provincias del imperio romano. El verdadero templo de Serapis en Alejandría, la verdadera academia de Atenas ya no existe; y así no ve V. en las copias de Adriano sino ruinas de ruinas.

Ahora debería, querido amigo mio, describir á V. el templo de la Sibila en Tívoli, y el elegante de Vesta suspendido sobre la cascada, pero me falta tiempo. También siento no poder pintar á V. aquella cascada celebrada por Horacio; allí me encontraba en terreno de V. como heredero del *Α. Περικλ.* de los griegos, ó del *simplex munditiis* (1) del cantor del arte de la arte poética; pero

el *α. Περικλ.* el *α. Περικλ.* (1)

(1) «Simplicidad elegante» Horacio.

la he visto en una estacion triste, y yo mismo no estaba muy alegre; diré á V. mas, me importunaba el ruido de las aguas, ruido que tantas veces me ha encantado en las selvas americanas. Aun recuerdo todavia lo deleitoso que me era cuando de noche y en medio del desierto, medio apagada mi hoguera, mi guia durmiendo y pastando mis caballos á alguna distancia, escuchaba la melodía de las aguas y de los vientos en la profundidad de los bosques. Aquellos murmullos aumentándose ó disminuyéndose por intervalos me conmovian estremadamente, siendo para mí cada arbol una especie de lira armoniosa, de la que sacaban los vientos consonancias inefables.

Echo de ver que en el dia no soy

tan sensible á estos encantos de la naturaleza, y dudo que la catarata de Niágara me hiciese el mismo efecto que en otro tiempo. Cuando es uno joven la naturaleza muda habla mucho, hay mucha superabundancia en el hombre, tiene á la vista todo su porvenir, espera comunicar al mundo sus propias quimeras. En una edad adelantada, y cuando la perspectiva que teniamos delante va pasando hácia detras, cuando estamos desengañados de una multitud de ilusiones, ya la naturaleza sola se hace mas fria, menos elocuente, y *los jardines hablan menos* (1); para que esta naturaleza nos interese todavia, es preciso que

(1) La Fontaine,

se le adhieran recuerdos de sociedad: no nos bastamos á nosotros mismos; una soledad absoluta nos abruma, y necesitamos de aquellas conversaciones que se tienen de noche en voz baja entre dos amigos (1).

No he dejado á Tívoli sin visitar la casa del poeta que acabo de citar. Estaba enfrente de la *villa* de Mecenas. Allí es donde él sacrificaba *floribus et vino genium memorem brevis ævi* (2): su retiro no podia ser grande porque está situada sobre la falda misma del collado; pero desde luego se deja conocer que debia uno estar muy abrigado en aquel sitio, que aunque pequeño, ofrecia

(1) Horacio.

(2) Con flores y vino al genio que nos recuerda la brevedad de la vida.

todas las comodidades. Desde el vergel que estaba delante de la casa recorria la vista un inmenso pais: verdadero retiro del poeta á quien basta poco, y que goza de todo lo que no posee, *spatio brevi spem longam resces* (1): al fin es muy fácil ser filósofo como Horacio; tenia una casa en Roma, dos *villas* ó quintas, una en Utica, y la otra en Tívoli. Bebia de cierto vino del consulado de Tulo con sus amigos; su *aparador* estaba lleno de *bajilla de plata*, y decia familiarmente al primer ministro del dueño del orbe: « No siento las urgencias de la pobreza: y si algo mas quisiese, tú, ó *Meceñas*, no me lo reusarias:” bien se

(1) Encierra en breve espacio tus esperanzas largas.

puede cantar así á *Lalage*, coronarse de azucenas que viven poco, hablar de la muerte bebiendo el Falerno, y dar al viento las pesadumbres.

Advierto que Horacio, Virgilio, Tíbulo y Tito Livio, murieron todos antes que Augusto, que tuvo en esta parte el destino de Luis XIV: aquel gran príncipe sobrevivió muy poco á su siglo, y se acostó el último en el sepulcro como para asegurarse de que no quedaba nada despues de él.

Le será á V. indiferente sin duda el saber que la casa de Catulo está situada en Tívoli sobre la de Horacio, y que ahora sirve de habitacion á algunos religiosos cristianos; pero acaso le parecerá notable que el Ariosto viniese á componer sus fá-



*bulas cómicas* (1) al mismo parage en el que Horacio se burló de todas las cosas de la vida. No se puede menos de preguntar como es que el cantor de Orlando, retirado en casa del cardenal de Est, en Tívoli, consagrarse sus *divinos* delirios á la Francia, y Francia medio bárbara mientras tenia á la vista los severos monumentos y graves recuerdos del pueblo mas serio y civilizado de la tierra. Por lo demas la *villa* de Est es la única moderna que me haya interesado en medio de los restos de las de tantos emperadores y consulares. La casa de Ferrara ha tenido la dicha poco comun, de haber sido celebrada por los dos mayores poetas

(1) Boileau.

de su tiempo, y los dos mas bellos ingenios de la Italia moderna.

Piacciavi, generosa Ercolea prole,  
Ornamento, e splendor del secol nostro  
Ippolito, &c.

Este es verdaderamente el grito de placer que exhala un hombre feliz, dando gracias á la poderosa familia, cuyos favores recibe y cuyas delicias es él mismo. El Taso, mas penetrante y tierno, profiere en su invocacion los acentos de gratitud de un hombre grande, pero desdichado.

Tu magnanimo Alfonso il qual ritogli &c.

Proteger los talentos desterrados y dar acogimiento al mérito prófugo, es ciertamente hacer el mejor uso del poder. Ariosto é Hipólito de Est, han dejado en los valles de Tívoli

unos recuerdos que en nada ceden á los de Horacio y Mecenas; mas ¿qué es ya de los protectores y los protegidos? En el momento en que escribo esto, la casa de Est acaba de extinguirse, la *villa* del cardenal del mismo nombre se ha arruinado como la del ministro de Augusto; y esta es la historia de todas las cosas y de todos los hombres.

Linquenda tellus, et domus et placens  
Uxor (1).

Pasé casi un dia entero en aquella suntuosa *villa*, no cansándome de admirar la perspectiva de que se goza desde lo alto de sus terrados; por bajo se estienden los jardines con

(1) Preciso será dejar la tierra, la casa y la esposa amada.

sus plátanos y cipreses, y detras de ellos vienen los restos de la casa de Mecenas, situada á las orillas del Anio (1). Al otro lado del rio, delante de la colina, reina un bosque de antiguos olivos, en donde se ven las ruinas de la *villa de Varo* (2); un poco mas adelante y hácia la derecha se levantan en la llanura los tres montes llamados *Monticelli*, *San Francesco*, y *Sant Angelo*, divisándose por entre las cimas de estos tres montes inmediatos la lejana y azulada del antiguo Soracte; en el horizonte de las campiñas romanas, y describiendo un círculo por ponien-

(1) En el dia el Teveron.

(2) Varo, el que pereció en Germania con las legiones. Véase el admirable trozo de Tácito.

te y mediodia, se descubren las alturas de Monte Fiasconi, Roma, Sivitavia-Vecchia, Ostia, el mar, Frascati coronado con los pinos de Tuscúlo; en fin, volviendo á buscar á Tívoli hácia el oriente, concluye la circunferencia de esta inmensa perspectiva en el monte Ripoli, ocupado en otro tiempo por las casas de Bruto y Atico, al pie del cual está la *villa Adriana* con todas sus ruinas.

En medio de este cuadro puede seguirse el curso del Teveron, que baja hácia el Tiber hasta el puente, en donde se encuentra el mausoleo de la familia *Plautia*, edificado en forma de torre. Se estiende tambien en la campiña el gran camino de Roma, que era la antigua Via Ti-

burtina, llena en otro tiempo de sepulcros, y á lo largo de la cual pilas de heno en figura piramidal imitan todavia los desechos sepulcros.

Dificil será hallar en parte ninguna del orbe una vista tan asombrosa y propia para producir grandes reflexiones. Nada digo de Roma, cuyas techumbres se divisan, porque ella sola lo dice todo; hablo no mas que de los sitios y monumentos comprendidos en esta prolongada estension. Allí esta la casa en donde Mecenas saciado de los bienes de la tierra murió de una enfermedad de languidez; Varo dejó aquel collado para ir á derramar su sangre en los pantanos de la Germania; Casio y Bruto abandonaron aquellos retiros para trastornar su patria; bajo estos

altos pinos de Frascati, dictaba Ciceron sus tusculanos; Adriano hizo correr al pie de esta colina un nuevo Peneo, y transportó á estos sitios los nombres, encantos y recuerdos del valle de Tempe. Hacia este manantial de la Solfatara terminó sus dias en la oscuridad la reina de Palmira, desapareciendo en el desierto su efímera ciudad. Aquí es donde el rey latino consultó al dios Jano en la selva Albúnea; aquí donde Hércules tenia su templo, y daba sus oráculos la sibila Tiburtina; aquí están los montes sabinos, las llanuras del antiguo Lacio, tierra de Saturno y de Rea, cuna de la edad de oro, cantada por todos los poetas; las amenas laderas de Tibur y de Lucretil, cuyas gracias ha podido retrazar

el genio frances, y que aguardaban los pinceles de un Poussino y de un Claudio Lorena.

Bajé de la *villa* de Est (1) á cosa de las tres de la tarde, pasando el Teveron por el puente de Lupo, para volver á entrar en Tívoli por la puerta Sabina. Al pasar el bosque de olivos antiguos de que acabo de hablar á V., reparé en una capillita blanca dedicada á la Madona Quintilánea, y que está edificada sobre las ruinas de la *villa* de Varo. Era domingo, estaba abierta la puerta y

lo (1). Al fin de mi descripción de la *villa* *Adriana*, anunciaba para la mañana siguiente un paseo á la *villa* de Este; pero no he dado los pormenores de este paseo, por que estaba ya en mi *carta sobre Roma* á M. Fontanes.



entré. Vi tres altaritos en forma de cruz; en el del medio había un gran crucifijo de plata, delante del cual ardía una lámpara suspendida del techo: solo un hombre que tenía toda la traza de desgraciado, estaba prosternado al lado de un banco, y orando con tanto fervor, que ni siquiera levantó los ojos al ruido de mis pasos. Sentí lo que mil veces he experimentado al entrar en una iglesia, quiero decir, una cierta calma y sosiego de las turbaciones del corazón, y yo no sé que disgusto de las cosas terrenas; me puse de rodillas á cierta distancia de aquel hombre, é inspirado por el sitio en que me hallaba, pronuncié esta oracion.

«¡Dios del viajero, que habeis

» querido que el peregrino os adore  
» en este humilde asilo, edificado so-  
» bre las ruinas del palacio de un  
» grande de la tierra! ; Madre de do-  
» lor, que habeis establecido vuestro  
» tierno culto en la herencia de un  
» romano desgraciado, muerto lejos  
» de su pais en los bosques de la  
» Germania! no estamos aqui sino  
» dos fieles postrados al pie de vues-  
» tro altar solitario. Conceded á este  
» desconocido, tan profundamente  
» humillado delante de vuestra gran-  
» deza, todo lo que os pida; haced  
» que sus ruegos sirvan tambien en  
» favor de mis necesidades, á fin de  
» que estos dos cristianos, estraños  
» el uno para el otro, y que no se  
» han encontrado sino por un instante  
» en el viage de la vida, y van á se-

» pararse para no verse ya mas acá  
 » abajo, queden estáticos al volverse  
 » á encontrar al pie de vuestro tro-  
 » no, al deberse mutuamente una  
 » parte de su felicidad por los mila-  
 » gros de la caridad.»

Cuando vuelvo la vista, amigo mio,  
 á todos los pliegos esparcidos sobre  
 mi mesa, me asusta verdaderamente  
 mi inmenso fárrago y dudo enviár-  
 selos á V. Conozco sin embargo que  
 nada le he dicho, y que se me han  
 olvidado mil cosas interesantes: por  
 ejemplo, no le he hablado á V. de  
 Túsculo, de Ciceron, que segun  
 dice Séneca « fue el único genio que  
 » tuvo el pueblo romano igual á su  
 » imperio:» *Illud ingenium quod solum*  
*populus romanus par imperio suo ha-*  
*buit*; de mi viage á Nápoles, mi bajada

al cráter del Vesubio (1), mis expediciones á Pompeya, á Caserta, á la Solfatara, al lago Averno, á la gruta de la Sibila, todo lo cual debia necesariamente recrear á V., solo Baias, teatro de tantas memorables escenas, merecia un volúmen entero. Parece que estoy viendo todavia la torre de Bola, en donde estaba la casa de Agripina, y dijo ella á los

(1) No hay peligro ninguno sino cansancio en bajar al cráter del Vesubio. Seria preciso que estallase una erupcion en aquel mismo instante; y aun en este caso, si la esplosion no arrebatara consigo al viajero, la esperiencia tiene probado que puede uno salvarse sobre la lava: como corre con mucha lentitud, se enfria su superficie bastante pronto para poderla pasar con rapidez.

asesinos enviados por su hijo, aquellas súblicas palabras: *Ventrem feri* (1). La isla Nisida, refugio de Bruto después del asesinato de César, el puente de Calígula, la piscina admirable y todos aquellos palacios edificadas en el mar, de que habla Horacio, sin duda merecian detenerse un poco en ellos. En tales sitios colocó ó halló Virgilio las hermosas ficciones del libro sexto de su *Eneida*: desde allí escribia á Augusto estas palabras modestas (únicas en prosa que conocemos de aquel hombre grande): *Ego vero frequentes à te litteras accipio... De Æneae quidem meo, si me hercule jam dignum auribus haberem tuis: libenter mitterem: sed tanta inchoata res*

(1) Tácito.

*est, ut pæne vitio mentis tantum opus ingressus mihi videar; cum præsertim, ut scis, alia quoque studia ad id opus multoque potiora impetiar* (1).

Mi peregrinacion al sepulcro de Escipion el Africano es una de las que quedé mas contento, aunque no conseguí el objeto de mi viage. Se me habia dicho que el mausoleo existia, y que aun se leia en él la palabra *patria*, único resto de la inscripcion que se pretende tenia con estas palabras: *ingrata pátria, no poseerás mi huesos*. Fui pues á Pa-

(1) Este fragmento se encuentra en Macrobio, pero no puedo señalar el libro; me parece que es el primero de los Saturnales. Véanse los *Mártires* con respecto á la mansion de Baias.

tria, la antigua Literna, y aunque no he encontrado el sepulcro he divagado por las ruinas de la casa que habitó en su destierro el mas amable de los hombres: me figuraba ver al vencedor de Anibal pasearse á orillas del mar, en la costa contrapuesta á la de Cartago, consolándose de la injusticia de Roma con los encantos de la amistad y el recuerdo de sus virtudes (1).

(1) Se me habia dicho que el sepulcro existia, y yo tambien habia leído las circunstancias de lo que aqui cuento en no sé que viagero. A pesar de esto, las razones siguientes me hacen dudar de la verdad de los hechos.

1. Me parece que Escipion, no obstante las fundadas razones de queja que tenia contra Roma, amaba demasiado á su patria para querer que se grabase en su se-

En cuanto á los romanos modernos, mi querido amigo, creo que Duclós se dejó llevar del mal humor cuando los llama los *italianos de Roma*; pues me parece que aun encierran el caracter de una nacion

pulcro semejante inscripcion. Esto parece contrario á todo lo que sabemos del génio de los antiguos.

2. La inscripcion referida está concebida casi literalmente en los términos de la imprecacion que Tito Livio pone en boca de Escipion saliendo de Roma: ¿no pudiera haberse originado de esto el error?

3. Cuenta Plutarco que cerca de Gaeta se encontró una urna de bronce en un sepulcro de mármol, en donde debian estar las cenizas de Escipion, y que tenia una inscripcion muy diferente de la que aquí se trata.

4. Como la antigua Literna tomó el



poco conocida. En este pueblo, juzgado con demasiada ligereza, se puede descubrir un gran discernimiento, valor, paciencia, genio, profundas señales de sus antiguas costumbres, cierto aire de soberanía y algunas

nombre de *Patria*, pudo esto dar origen á lo que se ha dicho de la palabra *patria* como único resto de toda la inscripcion del sepulcro. En verdad, ¿no seria un acaso muy singular que el sitio se llamase *Patria*, y que se hallase tambien la palabra *Patria* en el monumento de Escipion, á no suponerse que sitio y sepulcro tomasen el nombre uno de otro?

Puede muy bien ser que autores que yo no conozco hayan hablado de esta inscripcion, de modo que no dejen duda alguna: y aun hay una frase en Plutarco que parece favorable á la opinion que combato. Un hombre del mayor mérito, y que me es tanto mas caro, quanto es mas desgracia

costumbres nobles que se resienten de grandeza. Quisiera que antes que condene V. una opinion que puede parecerle aventurada, oyese nuevas razones; pero me falta tiempo para esponérselas.

do, ha hecho al mismo tiempo que yo el viage de *Patria*(<sup>\*</sup>). Hemos hablado á menudo de este sitio célebre, y no estoy cierto de si me dijo que habia visto él mismo *el sepulcro y la palabra* (lo que cortaria la dificultad), ó si solamente me contó la tradicion popular. Por lo que hace á mí, no he hallado el monumento, y no he visto sino las ruinas de la *Villa*, que no me parecen gran cosa. Véase la pág. 125 y sig. Plutarco habla de la opinion de aquellos

---

(\*) Mr. Bertin, el mayor, á quien yo puedo nombrar. Estaba entonces desterrado y perseguido por Bonaparte por su adhesion á la familia de los Borbones.

Que de cosas me quedarian que decir á V. acerca de la literatura italiana. Sabe V. que no he visto sino una sola vez en mi vida al conde Alfieri, y adivinará V. como le he vis-

que colocaban el sepulcro de Escipion cerca de Roma; pero confundian claramente el sepulcro de los Escipiones con el de Escipion. Tito Livio afirma que este estaba en Literna coronado de una estátua, la cual fue derrocada por una tempestad, y que él mismo habia visto aquella estátua. Se sabia ademas por Séneca, Ciceron y Plinio, que el otro sepulcro, es decir, el de los Escipiones, habia existido efectivamente en una de las puertas de Roma. Ha sido descubierto en el reinado de Pio VI, y se han transportado las inscripciones al museo del Vaticano: entre los nombres de los miembros de la familia de los Escipiones encontrados en el monumento, falta el del Africano.

to cuando le iban á meter en su ataud. Se me aseguró que apenas estaba mudado. Parecióme su fisonomía noble y grave, á la que sin duda añadía la muerte una nueva severidad: como el féretro fuese algo corto, inclinaron la cabeza del difunto sobre su pecho, lo que le hizo hacer un movimiento horroroso. Una persona que fue muy de su estimacion (1),

(1) La persona para quien se habia compuesto de antemano el epitafio que pongo aqui, no desmintió por mucho tiempo el *hic sita est*, pues ya se ha reunido con el conde Alfieri. No hay cosa mas triste que el leer al declinar los años lo que se ha escrito en la juventud; todo lo que existia presente cuando se escribia lo halla uno ya pasado: se hablaba de los vivos, y ya no se ve sino muertos. El hombre que envejece en el camino de la vida, vuelve la ca-

y un amigo del conde Alfieri me favorecieron suministrándome notas curiosas acerca de las obras póstumas, opiniones y vida de aquel hombre célebre. La mayor parte de los papeles públicos de Francia no han dado sobre este particular sino noticias sucintas é inciertas. Mientras comunico á V. mis notas, le remito el epitafio hecho por el conde Alfieri, al mismo tiempo que el suyo, para su noble amiga.

HIC. SITA. EST.

AL.... E.... ST....

ALB.... COM....

GENERE. FORMA. MORIBUS.

beza para mirar á sus compañeros de viage, y han desaparecido. Ha quedado solo en una senda desierta.

INGOMPARABILI. ANIMI. CANDORE.

PRÆCLARISSIMA.

A. VICTORIO. ALFERIO.

JUXTA. QUEM. SARCOPHAGO UNO (1)

TUMULATA. EST.

ANNORUM. 26. SPATIO.

ULTRA. RES. OMNES. DILECTA.

ET. QUASI. MORTALE. NUMEN.

AB IPSO. CONSTANTER HABITA.

ET. OBSERVATA.

VIXIT ANNOS.. MENSES.. DIES..

HANONIÆ. MONTIBUS. NATA.

OBIIT... DIE... MENSIS...

ANNO DOMINI. M. D. CCC.

(1) *Sic inscribendum, me, ut opinor et opto, præmoriante. Sed aliter jubente Deo, aliter inscribendum.*

Qui, juxta, eam, sarcophago, uno

Conditus, erit, quamprimùm,

«Aquí reposa Heloisa E. St. condesa de Al., ilustre por sus ascendientes, y célebre por las gracias de su persona y las de su talento, y por el candor incomparable de su alma. Enterrada cerca de Victor Alfieri en un mismo sepulcro (1), la prefirió él por espacio de veinte y seis años á todas las cosas de la tierra. Mortal, la obsequió y respetó como si hubiese sido una divinidad.»

Nacida en Mous, vivió... y murió el...

La sencillez de este epitafio, y par-

(1) «Así he escrito, esperando y deseando morir el primero; pero si Dios lo dispusiese de otro modo, será preciso escribir: *Enterrada por disposicion de Victor Alfieri, que será enterrado bien pronto cerca de ella en un mismo sepulcro.*»

ficularmente la nota que le acompaña me parecen muy penetrantes.

He concluido por ahora. Envio á V. un monton de ruinas para que haga de ellas lo que guste; pero me persuado á que en la descripcion de los diferentes objetos de que le he hablado, no haya omitido cosa alguna notable, á no ser que el Tiber es siempre el *Flavus Tiberinus* de Virgilio. Se atribuye su color barroso á las lluvias de los montes por donde descende. Muchas veces, y en los dias mas serenos, al ver deslizarse sus ondas pálidas me ha sugerido la idea de una vida empezada en épocas turbulentas y tempestuosas. En vano es que gire lo que le queda que correr bajo un cielo puro: el rio queda siempre teñido con



las aguas de la borrasca que le infestaron en su origen.

---

## VIAGE A CLERMONT.

(AUVERNIA.)

2, 3, 4, 5 y 6 de agosto de 1805.

**Y**A estoy en la cuna de Pascal y en el sepulcro de Masillon: ¡qué de recuerdos! los antiguos reyes de Auvernia y la invasion de los romanos, César y sus lecciones, Vercingetorix, los últimos esfuerzos de la libertad de los gaulas contra un tirano extranjero; en seguida los visigodos, despues los francos, tras ellos los

obispos, despues los condes y los delfines, Auvernia &c.

*Gergovia*, *oppidum Gergovia* no es Clermont: sobre la colina de Gergoye que diviso al sudeste estaba la verdadera *Gergovia*. Allí veo á Mont-Rognon, *Mons Rugosus*, del cual se apoderó César para cortar los víveres á los gaulas encerrados en *Gergovia*; yo no sé que delfin edificó sobre el *Mons Rugosus* un castillo cuyas ruinas susisten.

Clermont era *Nemossus*, á menós que Estrabon no nos engañe; era tambien *Nemetum*, *Augusto-Nemetum*, *Averni urbs*, *Civitas Averna*, *oppidum Avernum*, testigos Plinio, Tolomeo, el mapa de Peutinger &c.

¿Pero de dónde le viene este nom-

bre de Clermont, y cuándo lo tomó? En el nono siglo, dicen Lupo de Ferrières y Guillermo de Tyr; pero hay otra cosa mas terminante en la materia; el anónimo autor de las acciones de Pepino, dice: *Maximam pars Aquitanie vastans, usque urbem Avernam, cum omni exercitu veniens (Pipinus), CLARE MONTEM castrum captum, atque successum bellando cepit.*

El paisaje es curioso en cuanto distingue la villa *Urbem Avernam* del castillo *clare montem castrum*. Asi la villa romana estaba en lo bajo del montecillo, y defendida por un castillo edificado sobre él: este castillo se llamaba Clermont. Los habitantes de la villa baja, ó de la villa romana, *Averni urbs*, cansa-

dos de verse continuamente saqueados en una poblacion abierta, se retiraron poco á poco alrededor y bajo la salvaguardia del Castillo. Se edificó una nueva villa con el nombre de Clermont en el sitio en que está hoy dia, hácia mediados del octavo siglo, uno antes de la época que fija Guillermo de Tyro.

¿Se podrá creer que los antiguos avernos, ó auvernienses de ahora hubiesen hecho escursiones en Italia antes de la llegada del piadoso Eneas, ó bien siguiendo á Lucano, que los avernos descendian directamente de los troyanos? En este caso debieron cuidarse poco de las imprecaciones de Dido, pues que se hicieron los aliados de Anibal y los protegidos por Cartago. Segun los Druidas, si

es que verdaderamente sabemos lo que los Druidas decian, Pluton debe haber sido el padre de los avernos: ¿no pudiera traer esta fábula su origen de la tradicion de los antiguos volcanes de Auvernia?

¿Convendrá conformarse con Ate-  
neo y Estrabon, en que Luerio, rey  
de los avernos, daba grandes banquetes á todos sus súbditos, y que se paseaba en un carro elevado, echando sacos de oro y plata á la multitud? Sin embargo, los reyes gaulas (*Cæsar rom.*) vivian en una especie de chozas de madera y de tierra como nuestros montañeses de Auvernia.

¿Se dirá que los auvernos habian disciplinado perros con los cuales maniobraban como con tropas regulares, teniendo Bituito tanta mul-

titud de estos que devorasen á todo un ejército romano? ; se creará tambien que este mismo rey atacó con dos mil combatientes al consul Fabio, que no tenia mas que treinta mil hombres? no obstante, los treinta mil romanos mataron ó ahogaron en el Ródano á ciento y cincuenta mil auvernienses ni mas ni menos, á saber:

Cinquenta mil ahogados, es mucho. Cien mil muertos.

Ahora bien, no habiendo mas de treinta mil romanos debió matar cada legionario tres auvernienses, lo que compone noventa mil auvernienses.

Quedan pues diez mil muertos que dividir entre los que mas mataron, ó entre las máquinas del ejército de Fabio.

Suponiéndose pues que los auvernienses no se defendieron enteramente, ni sus perros regimentados se portaron mejor; que un solo tajo de espada, el pilo, la flecha ó la honda bien dirigida á una parte mortal bastase para acabar con el contrario; que los auvernienses no huyeron ni pudieron huir; que los romanos no perdieron un solo soldado, y que por último, bastasen *materialmente* algunas horas para pasar á cuchillo á cien mil hombres, el gigante Robastro seria un Mirmidon en comparacion de esto. En la época de la victoria de Fabio ca la legion no llevaba aun consigo diez máquinas de guerra de la primera magnitud y cincuenta y cinco mas pequeñas. ¿ Se creerá que el reino de Auvernia, cambiado en re-

pública, arrió bajo Vercingetorix cuatrocientos mil soldados contra César?

¿Se creerá que Nemetum era una población inmensa, que tenía nada menos que treinta puertas?

En punto á historia profana suelo á veces asemejarme á mi compatriota el padre Hardouin, que pretendía que la historia antigua se había vuelto á hacer en el siglo trece segun las odas de Horacio, las Geórgicas de Virgilio y las obras de Plinio y de Ciceron. No obstante, este mismo hombre tan escéptico en esta materia, se burlaba de los que pretendían que el sol estaba lejos de la tierra. ¡Triste contradicción de la debilidad humana!

La villa de los avernos, hecha romana con el nombre de *Augusto-*



*Nemetum*, tuvo un capitolio, un anfiteatro, un templo de Wasso-Galatas, un coloso que casi igualaba al de Rodas, y Plinio nos habla de sus canteras y de sus escultores. Tuvo tambien una escuela célebre, de la cual salió el Rector Fronton, maestro de Marco Aurelio. *Augusto-Nemetum*, gobernada por el derecho latino, tenia un senado, sus ciudadanos (ciudadanos romanos) podian obtener los grandes empleos del estado; siendo aun el recuerdo de Roma republicana la que daba poder á los esclavos del imperio.

Las colinas que rodean á Clermont estaban cubiertas de bosques y de templos: en Chamturgues un templo á Baco, en Montjuset otro á Júpiter, servido por mugeres Hadas

(*fatuæ fatidicæ*), en Puy de Montaudon otro de Mercurio ó de Teutates, *Montaudon, Mons Teutates &c.*

*Nemetum* cayó con toda la Auvernia bajo la dominacion de los visigodos, por la cesion del emperador Nepos; pero habiendo salido triunfante Alarico en la batalla de Vouillé, la Auvernia pasó á los francos. Vinieron despues los tiempos feudales, y el gobierno frecuentemente independiente de los obispos, condes y delfines.

El primer apóstol de la Auvernia fue san Austremon, y *la Galia cristiana* cuenta noventa y seis obispos desde aquel apóstol hasta Masillon.

Treinta y uno ó treinta y dos de estos obispos han sido reconocidos por santos, y uno de ellos fue papa

con el nombre de Inocencio VI. El gobierno de estos obispos nada tuvo de notable: hablaré de Caulin.

Chilping decia á Thierry que queria destruir á Clermont. «Las murallas de esta ciudad son muy fuertes y reforzadas de baluartes inespugnables; y para que vuestra magestad me entienda mejor, hablo de los santos y sus iglesias que rodean las murallas de esta ciudad.»

En el concilio de Clermont fue en donde el papa Urbano II predicó la primera cruzada: todo el auditorio exclamó: *Diex, el volt!* y Aymar, obispo de Puy, partió con los cruzados. El Taso le hace morir á manos de Clorinda:

. . . . . Fu del sangue sacro

Su l' arme femminili, ampio lavacro.

Los condes que reinaron en Auvernia, ó que fueron los primeros señores feudales, produjeron hombres muy singulares. A mediados del siglo décimo, Guillermo VII, conde de Auvernia, que por línea materna descendia de los delfines viennenses, tomó el título de delfin y lo dió á sus tierras.

El hijo de Guillermo se llamó Roberto, nombre de aventuras y de novelas, y este segundo delfin de Auvernia protegió los amores de un pobre caballero. Tenia Roberto una hermana, muger de Bertran I, señor de Mercœur: Perols, trovador, amaba á aquella señora, y se lo declaró á Roberto, que no lo llevo á mal: es la historia del Taso variada. Roberto mismo era poeta y cambiaba sus serven-

tecios con Ricardo Corazon de Leon.

El nieto de Roberto, comendador de los Templarios en Aquitania, fue quemado vivo en Paris, espian-do con valor en los tormentos un momento de debilidad.

Una multitud de recuerdos histó-ricos estan unidos á diferentes sitios de la Auvernia.

Margarita de Valois se consolaba en Usson de la pérdida de sus gran-dezas y de las desgracias del reino: habia prendado al marques de Ca-nillac, que la guardaba en aquel castillo. Fingia ella que amaba á la muger de Canillac. « Lo mejor estu-vo, dice d'Aubigné, que inmediata-mente que su marido (Canillac) volvió las espaldas para ir á Paris, Margarita la despojó de todas sus

joyas, y la envió como una mendiga con todos sus guardias, y se hizo señora y dueña de la plaza. El marques se encontró chasqueado, y fue el hasme reir del rey de Navarra.»

Las dos líneas reales de los Orleans y Valois amaban las letras y las artes, mezclándose en ellas la sangre francesa y la italiana por Valentina de Milan y Catalina de Médicis. Francisco I era poeta, como lo atestiguan sus hermosos versos á Ines Soxel: su hermana, la *reina de Navarra*, contaba con la misma gracia que Bocacio; Carlos IX rivalizaba con Ronsard; los cantos de Margarita de Valois, tan compasiva que salvó muchas víctimas en el memorable dia de San Bartolomé, los

repetia toda la corte, y sus *Memo-  
rias* estan llenas de dignidad, inte-  
res y gracias.

El siglo de las artes en Francia es el de Francisco I, descendiendo hasta Luis XIII y no el de Luis XIV. El *pequeño palacio* de las Tullerías, el viejo Louvre, una parte de Fontaineblau y de Anet, y el palacio de Luxembourg son ó fueron superiores á las obras que se miran como monumento del monarca *grande*.

Un personage muy distinto de Margarita de Valois fue aquel canceller de L'Hopital, que nació en Aigueperse á quince ó diez y seis leguas de Usson. « Era, dice Brantome, otro censor Caton, y que sabia muy bien censurar y corregir al mundo corrompido. A lo menos te-

nia toda la apariencia de tal con su gran barba blanca, su rostro pálido, su continente grave, que al verle se le hubiera tenido por un verdadero retrato de san Gerónimo.»

» No había que gastar chanzas con aquel gran juez y severo magistrado, pues aunque á veces fuese indulgente, en donde quiera que viese la razon... Suavizábale mucho su instruccion en las letras humanas en cuanto á su justiciero caracter. Era grande y muy elocuente orador, buen historiador, y sobre todo divinísimo poeta latino, como lo han comprobado sus diversas obras.»

El canciller de L'Hopital, poco apreciado en la corte y desgraciado, se retiró pobre á una casita de cam-



po cerca de Etampes: se le acusaba de moderacion en puntos religiosos y políticos, y habiendo sus domésticos querido cerrar las puertas á los asesinos que se enviaron á su casa el dia de san Bartolomé: «No, no, les dijo, si la puertecilla no es bastante capaz para que puedan entrar, abridles la grande.»

La viuda del duque de Guisa salvó á la hija del canciller, escondiéndola en su casa, y él mismo debió su vida á los ruegos de la duquesa de Saboya. Tenemos su testamento en latin, y es muy curioso, asi por las disposiciones, como por los por menores que encierra.

«Los que me habian arrojado, dice él, tomaban cierta máscara de religion, cuando ellos mismos no la

conocian; pero en verdad que nada les conmovió tanto como el estar convencidos de que mientras yo estuviese en valimiento no les seria posible violar los decretos del rey, ni dilapidar la hacienda y los intereses de sus súbditos.»

«Por lo demas, hace ya cinco años que llevo aqui la vida de un Laertes... y no quiero renovar la memoria de lo que sufrí en aquella salida de la corte.»

La casa se le estaba cayendo, y mantenía con mucho trabajo á sus antiguos criados y su numerosa familia; pero se consolaba como Ciceron con las musas.

Yo quisiera colocar á Chateaufort de Randon en Auvernia, pues está tan cerca. Allí fue donde Dugles-

quin recibió en el féretro las llaves de la fortaleza, si bien dos manuscritos suponen haber capitulado la plaza algunas horas antes de la muerte del condestable. «La historia de este breton es la de una alma esforzada, alimentada en los hierros, y fortificada bajo de palmas, en cuya escuela cursó por mucho tiempo. La Bretaña fue su ensayo, los ingleses su prueba, la Castilla su obra maestra, y sus acciones en todas estas épocas los heraldos de su gloria; las desgracias otros tantos teatros erigidos á su constancia, y el sepulcro base de un trofeo inmortal.»

La Auvernia ha sufrido el yugo de los visigodos y de los francos, pero no fue hecha colonia sino por

los romanos ; de manera que si hay gaulas en Francia, es necesario irlos á buscar en Auvernia, *montes celtorum*. Todos sus monumentos son célticos, y sus familias antiguas descienden ó de las romanas consagradas al episcopado ó de familias indígenas.

Sin embargo echó el feudalismo raíces vigorosas en Auvernia, y se llenaron de castillos todos los montes. Se establecieron en ellos señores, que segun la rustiquez de aquellos tiempos egercieron tiranías que participaban de lo bárbaro y lo ridículo. El cardenal de Richelieu hizo apaar una parte de los castillos de Auvernia y Luis XIV acabó de destruirlos.

Carlos de Valois, duque de Angu-

lema, fue investido con el condado de Auvernia; era valiente é instruido como todos los Valois. Sus memorias contienen una relacion muy interesante de la muerte de Enrique III, y una relacion muy particularizada de la batalla de Arques, en la cual se habia encontrado á la edad de diez y seis años.

Bajo la segunda raza estuvo casi siempre revolucionada la Auvernia; dependia de la Aquitania, y el mapa de Aalon prueba que los primeros duques de Aquitania descendian por línea recta de la estirpe de Clovis; combatian pues con los Carolingienses como contra los usurpadores del trono. Cuando bajo la tercera raza, la Guyena, feudo de la corona de Francia, recayó por alian-

za y por herencia en la corona de Inglaterra, la Auvernia se encontró en parte inglesa, y entonces fue asolada por las grandes compañías de los llamados desholladores &c. Tuvo mucho que sufrir la Auvernia durante las guerras de la liga. Son famosos los sitios de Issbire.

Se deben á Clermont los dos mas antiguos historiadores de la Francia, Sidonio Apolinario y S. Gregorio de Tours. Sidonio, natural de Leon y obispo de Clermont, no es solamente un poeta, si tambien un escritor que nos refiere como los reyes francos celebraban sus bodas en un carronato, qual era su modo de vestirse y su language. San Gregorio de Tours cuenta lo que pasaba en Clermont en su tiempo, y los

pormenores de la historia de Anastasio, sacerdote, encerrado por Caulino en un sepulcro con el cadáver de un viejo. Tambien es muy curiosa la anecdota de los dos amantes Injurioso y Escolástica, cuyos sepulcros se aproximaron uno á otro en señal de la íntima union de los dos castos esposos que no temian faltar ya á su juramento: una cosa semejante se ha dicho y admirado despues de Abelardo y Heloisa; pero á mí me parece que está mas ratificada la narracion de Gregorio de Tours, que sencillo por otra parte en sus pensamientos, aunque bárbaro en su language, no deja de ser florido, y aun retórico en su estilo.

La Auvernia ha sido cuna del can-

ciller de L'Hopital, de Donat, Cascal, el cardenal de Polignac, el abate Gerardo, el padre Sirmond, y en nuestros dias de Sesaix, d'Estaing, Chamfort, Tomas, el abate Delille, Chabrol, Dulaure, Montlosier y Barrante. Ahora que nada mas recuerdo de esencial sobre la historia de Auvernia, hablaré de la catedral de Clermont, de la Limagne y de Puy-de-Dome.

La catedral de Clermont es un monumento gótico que, como otros muchos, no se ha concluido jamas. Hugo de Tours empezó á construirla al partir para Tierra Santa, sobre un plan dado por Juan Campis. Los mas de tales monumentos no se acababan sino á fuerza de siglos, porque costaban inmensas sumas. Toda



la cristiandad pagaba aquellas sumas del producto de las limosnas y colectas.

La bóveda de la catedral de Clermont está sostenida por pilastras tan ténues que asusta el mirarla, porque desde luego cree uno que va á desplomarse. La iglesia sombría y devota está bastante bien adornada respecto á la actual pobreza del culto. En otro tiempo se veía en ella el cuadro de la *conversion de San Pablo*, uno de los mejores de Lebrum; pero hoy se le nota raspado con un sable: *¡Turba ruit!* También estaba en este templo el sepulcro de Masillon; pero le hicieron desaparecer en un tiempo en que ninguna cosa ocupaba su verdadero sitio, ni aun la muerte.

De muy remotos tiempos es célebre la Limagne por su amenidad. Se cita al rey Childeberto, que segun Gregorio de Tours, dijo: « Quisiera ver en algun dia la Limagne de Auvernia que se dice ser un pais tan agradable. » Silvano llama á la Limagne la *medula de las Gaulas*: Sidonio describiendo la Limagne de su tiempo parece que pinta la del dia. *Taceo territorii pœcillarem jocunditatem viatoribus molle, fructuosum aratoribus, venatoribus voluptuosum; quod montium cingunt dorsa pasquis, latera olivæ, terræna villis, saxosa castellis, optica lustris, aperta culturis, concava fortibus, abrupta fluminibus: quod deniquè hujusmodi est, ut semel visum advenis, multis PATRIÆ*

OBLIVIONEM SÆPE PER-  
SUADEAT.

Se cree que la Limagne fue un gran lago, y que su nombre viene del griego *Λίμνη*: Gregorio de Tours escribe unas veces *Limane* y otras *Limania*. Pero sea de esto lo que fuere, Sidonio decia en el cuarto siglo: *Æquor agrorum in quo, sine periculo, questuosæ fluctuant in segetibus undæ*; en efecto es un mar de mieses.

La situacion de Clermont es una de las más preciosas.

Figúrese uno desde luego montes que se reunen en semicírculo, y en la parte cóncava de él un montecillo, sobre este montecillo á Clermont, y al pie de Clermont la Limagne formando un valle de veinte

leguas de largo, con seis, ocho y diez de ancho.

La plaza de... (\*) ofrece un punto de vista admirable. Vagando á la ventura por la ciudad llegué á esta plaza á cosa de las seis y media de la tarde. Los trigos maduros parecían una playa inmensa de una arena mas ó menos rubia. La sombra de las nubes formaba en ella manchas oscuras como capas de barro ó bancos de alga, pareciendo que se veía el fondo de un mar que acababa de retirarse.

La concha de la Limagne no es de un nivel igual, sino un terreno

(\*) No he podido leer el nombre medio borrado que aqui falta escrito en el original con lapiz: es sin duda la plaza de Jauda.

con prominencias, que vistas desde Clermont aparecen iguales, pero que en realidad tienen numerosas desigualdades, y forman una multitud de vallecitos dentro del mismo valle grande. Pueblecitos blanqueados, casas de campo del mismo color, castillos antiguos negros, colinas rojizas, viñedos, prados orillados de sauces, nogales solitarios que se redondean como naranjos, ó levantan sus ramas como los brazos de un candelabro, mezclan sus colores diversos al de los trigos, añadiéndose á todo esto los diferentes visos de la luz.

Conforme bajaba el sol al occidente corria al oriente la sombra apoderándose de la llanura. Pronto desapareció el sol; pero bajando

siempre y caminando detras de los montes de ueste debió de encontrar algun desfiladero que daba á la Limagne, y precipitados sus rayos por aquella abertura, cortaron repentinamente la uniforme oscuridad del llano con un rio de oro. Los montes que ribetean la Limagne hácia el levante retenian aun la luz sobre su cumbre; la línea que trazaban en el aire, se quebraba en arcos cuya parte convexa se volvia hácia la tierra, y todos estos arcos uniéndose entre sí por sus estremidades, imitaban en el horizonte los huecos de una guirnalda, ó los festones de aquellas colgaduras que se ponen en los palacios con rosas de bronce. Los montes de levante dibujados y pintados como lo he dicho con los reflejos del sol opues-

to, se asemejaban á un velo de mué-  
azul y carmesí: lejana y última  
decoracion del magnífico espectácu-  
lo que la Limania desplegabá á mi  
vista.

Es muy notable la diferencia de  
los dos grados de latitud entre Paris  
y Clermont por la hermosura de la  
luz: esta es mas fina y menos car-  
gada que en el valle del Sena; la  
verdura se divisa á mayor distancia  
y parece menos oscura.

Adios de *Chanonat* frescos paisages,  
Que embalsama un ambiente perfumado:  
Vuestra vista reanima mis sentidos  
Con el calor de mis primeros años.

Es menester creer al poeta de la  
Auvernia.

En el estilo de la arquitectura he  
notado recuerdos y tradiciones de la

Italia, los techos son planos, cubiertos de tejas acanaladas, las líneas de las paredes largas, las ventanas estrechas y abiertas en lo alto, multiplicados los pórticos, y las fuentes muchas. No hay cosa que mas se parezca á las poblaciones del Apenino que las aldeas y pueblos de los montes de Thiers, al otro lado de la Limania, y á orilla de aquel Lignon en donde Celadon no se ahogó por haberle salvado las tres ninfas Silvia, Galatea y Leonida.

Ninguna antigüedad romana hay en Clermont, á no ser tal vez un sarcófago al extremo de la guia romana y de las ruinas del acueducto; ni un solo fragmento de algun coloso, ni vestigios de casa, baños y jardines de Sidonia. Nemetum y



Clermont han sostenido á lo menos doce sitios, ó si se quiere fueron tomadas y destruidas unas veinte veces.

Entre los hombres y las mugeres de esta provincia se advierte un contraste muy singular. Tienen las mugeres las facciones muy delicadas y el talle ligero y suelto; los hombres son fornidos, y no es posible dejar de conocer á un verdadero auvernies en la figura de la mandíbula inferior. Una provincia que, no hablando sino de muertos, ha dado un Turena al ejército, un L'Hopital á la magistratura, y un Pascal á las ciencias y literatura, sin duda ha probado que tiene cierto don de superioridad.

He ido á Puy de-Dome, y me ha

sucedido lo que estaba previendo : la vista desde lo alto de este monte no llega ni con mucho á la que se goza de Clermont. La perspectiva á vuelo de pájaro es vaga y trivial : el objeto se empequeñece en proporcion que el espacio se dilata.

Hubo en otro tiempo sobre Puy-de-Dome una capilla dedicada á San Bernabé ; se ven todavía sus cimientos , y una pirámide de diez á doce pies señala hoy el sitio de ella. Allí fue en donde Pascal hizo las primeras esperiencias sobre la pesadez del aire. Figurábame yo á aquel gran genio procurando descubrir sobre aquella solitaria eminencia los secretos de la naturaleza , que debian llevarle al profundo respeto de los misterios del que la crió. Pascal se

abrió por medio de la ciencia un camino á la sencillez cristiana; empezó por ser un hombre sublime para hacerse despues un simple niño.

Puy-de-Dome no está elevado sobre el nivel del mar sino ochocientas veinte y cinco toesas; sin embargo de lo cual sentí en su cima una dificultad de respirar que no he experimentado ni en los Alléghanys en América, ni en los mas altos Alpes de la Saboya. He subido el Puy-de-Dome con tanto trabajo como el Vesubio; se necesita una hora para trepar desde su base hasta la punta por un camino pino y resbaladizo, pero acompañado de verdor y flores. La niña que me servia de guia me habia hecho un ramillete de las mas bellas trinitarias. Yo mismo cogí al

paso claveles encarnados de una elegancia perfecta. En la cumbre se ven por todas partes hojas anchas de una planta vulvosa muy semejante al lirio. Encontré con gran sorpresa en aquel sitio elevado á tres mugeres que dadas de las manos entonaban un cántico. Debajo de mí veia rebaños de vacas que pastaban en los montecillos que domina Puy-de-Dome, los cuales suben en la primavera al monte, y bajan de él con las nieves; por donde quiera se ven las queseras de Auvernia, que son unos mal abrigados tugurios de piedras sin cimiento, ó de madera cubierta de céspedes. Es muy grato cantar estas chocillas, pero no habitarlas.

El patuá ó idioma de la montaña

no es el mismo que el de la llanura. La gaita de origen céltico sirve de acompañamiento á algunos romances que no carecen de euphonia, y para los cuales se han compuesto letras francesas. Los auverneses, así como los habitantes de Rouergue, van á vender mulas á Cataluña y Aragon, trayendo siempre á su vuelta cierta cosa del caracter español, que dice bien con las perspectivas de su pais, y cuidan de hacer para sus dilatados inviernos provision de lumbre y de historias. Los viageros y los ancianos son aficionados á contar, porque han visto mucho, habiendo caminado los unos en las sendas del orbe, y los otros en las de la vida. Son muy propias las regiones

montuosas para conservar la pureza de costumbres. Una familia de Auvernia, llamada los Guittard-Pignon, cultivaba en comun algunas tierras en las inmediaciones de Thiers, y era gobernada por un gefe electivo, pareciéndose mucho á un antiguo clan ó tribu de Escocia. Esta especie de república campestre ha sobrevivido á la revolucion, pero toca en el momento de su disolucion.

Dejo aparte las curiosidades naturales de la Auvernia: la gruta de Royat, encantadora por su verdura y sus aguas, las diferentes fuentes minerales, la fuente petrificante de Saint-Allyre con el puente de piedras que ella ha formado y quiso ver Carlos IX, los pozos de pez, los volcanes apagados &c. *Is. y pesantib*

Omito tambien las maravillas de la edad media, los relojes con cabezas de moro, ó sus calaveras que abrian una espantosa boca al dar la hora. Las procesiones raras, los juegos con mezclas piadosas y profanas, y otras mil costumbres de aquel tiempo, pertenecen mas en particular á la Auvernia que al resto de la Europa gótica.

He querido echar una ojeada antes de morir sobre la Auvernia para renovar las impresiones de mi juventud. Cuando yo era niño en las malezas de mi Bretaña, y oia hablar de la Auvernia y los pequeños auvernieses, me figuraba que era un país que estaba muy lejos, muy lejos, á donde se veian cosas extraordinarias, y al cual no se podia ir

sino corriendo grandes riesgos bajo la salvaguardia de la Madre de Dios. Una cosa me ha chocado y juntamente agradado, y es que en el vestido del paisano auvernies he encontrado el vestido del paisano breton. ¿De dónde provendrá esto? Proviene de que en otro tiempo habia para este reino, y aun para toda la Europa, una manera comun de vestirse. Las provincias apartadas han conservado sus antiguos usos, mientras que los departamentos mas inmediatos á Paris han perdido sus antiguas costumbres; de aqui dimana la semejanza entre ciertos aldeanos de las estremidades de la Francia, á quienes han defendido de las novedades su misma indiferencia y soledad.

Jamas puedo ver sin entermecerme



á los pequeños auvernieses que van á buscar fortuna por todo el mundo con una caja y algunos pares de malas tigras. Pobres niños, que bajan bien tristes de sus montañas, y preferirian siempre el pan moreno y sus danzas campesinas á los pretendidos placeres de la tierra llana. Al bajar de sus rocas nada mas tenían que la esperanza en su caja; felices ellos si la vuelven llevar á la cabaña paternal.

---

## VIAGE A MONT-BLANC.

### PAISAGE DE LOS MONTES.

Fin de agosto de 1805.

HE visto montes en Europa y en América, y siempre me ha parecido que las descripciones de estos monumentos de la naturaleza eran exageradas: mi última experiencia me ha confirmado en esta opinion. He visitado el valle de Chamouni, tan célebre por los trabajos de Mr. de Saussure; pero dudo de que el poeta encontrase allí el *speciosa deserti* como el mineralógico: sea como fuese, espondré con sencillez las reflexiones que me ha suministrado mi viage, fuera de que mi opinion

es de poco peso para que choque con nadie. Habiendo salido de Ginebra con un tiempo bastante nublado, llegué á Servoz en el instante en que empezaba el cielo á despejarse. Desde este parage no se descubre la cumbre de Mont-Blanc, pero se ve claramente su loma *nevada*, llamada Le-Dome. Despues se pasa el punto de des Montées, y se entra en el valle de Chamouni. Se pasa por debajo de la Nevera de Bossons, y sus pirámides se ven al traves de las ramas de abetos y cedros. Mr. Bourrit ha comparado esta nevera por su blancura y el corte prolongado de sus cristales á una flota á la vela; y yo añadiré en medio de un golfo orillado de verdes selvas. Me detuve en la aldea de Chamouni,

y á la otra mañana fui á Montanvert, subiendo á él en el dia mas hermoso del año. Llegado á la cima, que no es sino una falda de Mont-Blanc, descubrí lo que impropia-mente se llama el Mar de hielo.

Imagínese un valle cuyo fondo le cubre enteramente un rio. Las montañas que forman este valle dejan pendientes sobre el rio enormes masas de rocas, y los obeliscos de Dru, de Bochard y de Charmoz. En lo hondo del valle este y el rio se dividen en dos ramales, de los cuales el uno va á rematar en un alto monte, llamado le Col du Geant (pescuezo de gigante), y el otro en las rocas de Jorasses. En el extremo opuesto de este valle se encuentra un declive que mira al de Chamou-

:

ni. Este declive casi vertical está ocupado por la porcion de la Mar de hielo, llamada la Nevera des Bois. En un invierno que sobrevenga riguroso, el rio que llena aquel valle con sus inflexiones y declives se hiel hasta al fondo de la madre; las cimas de los montes vecinos se cargan de nieve en donde quiera que los planos de granito son bastante horizontales para retener las aguas congeladas: este es el Mar de hielo y su situacion. Claro está que no es un mar tal: es un rio, es si se quiere el Rin helado: la Mar de hielo su curso, y la Nevera des Bois su caida en Laufen.

Quando está uno sobre el Mar de hielo toda la superficie que parecia unida desde Montanvert, presenta

una multitud de puntos y quiebras. Estas puntas imitan las formas y rajas del círculo de rocas pendientes por todas partes, siendo como el relieve en marmol blanco de los montes que le rodean.

En cuanto á los montes en general debe considerárseles con nubes ó sin nubes: con nubes la escena está mas animada, pero es en tal caso oscura, y frecuentemente tan confusa que apenas se distinguen algunos rasgos.

Las nubes visten á las rocas de mil modos diferentes. He visto sobre el Servoz una de estas puntas pelada y áspera, á la que atravesaba una nube oblicuamente como una toga, y pudiera habérsela tenido por una estatua de un viejo roma-

no. En otra parte se veia el declive inculco del monte; una barrera de nubes detenia la vista al principio del declive, y por encima de la barrera se elevaban ramificaciones negras de peñascos, imitando bocas de chimera, cuerpos de sphinges, cabezas de Anubis y otras diferentes figuras de monstruos y divinidades del Egipto.

Cuando el viento impele y arroja las nubes parece que los montes huyen detras de aquella cortina movable: se les ve ocultarse y descubrirse alternativamente; tan pronto se deja ver repentinamente un bosque de verdor á la abertura de una nube como una isla suspendida en el cielo; tan pronto se desenvuelve una roca lentamente, rom-

piendo poco á poco el vapor profundo á guisa de un fantasma. El viagero entristecido no oye mas que el zumbido del viento en los pinos, el estrépito de los torrentes que cae en las neveras, por intervalo la caída de los témpanos de nieve, y á veces el silvido de la marmota asustada que ha visto en las nubes al gabilan.

Cuando el cielo está sin nubes, y el anfiteatro de montes se despliega enteramente á la vista, solo merece observarse el que las cimas de las montañas en su alta region ofrecen una pureza de líneas y una limpieza en su perfil que no tienen los objetos de la llanura; aquellas cimas angulosas bajo la trasparente cúpula del cielo se parecen á magníficos



trozos de un gabinete de historia natural, á hermosos árboles de coral ó ruedas de staláctita encerradas bajo una campana del cristal mas terso. El montañés busca en aquellos recortes elegantes la imagen de los objetos mas familiares, y de hay vienen las rocas llamadas los *mulos* (*les mulets*), los camellos (*les charmoz ó les chamois*), y de aqui tambien los nombres de *Cumbre de las cruces*, *Roca de la estacion*, *Neyera de los peregrinos*; denominaciones sencillas que prueban que si ocupa continuamente al hombre la idea de sus necesidades, gusta tambien fijar en todas partes el recuerdo de sus consuelos.

En quanto á los árboles de los montes no hablaré sino del pino, el

abeto y el cedro, porque ellos son casi el único adorno de los Alpes.

El pino tiene cierto no sé que de monumental, sus ramas son apiramidadas, y su tronco una columna. Imita también la figura de las rocas en donde vive: muchas veces le he visto confundirse en los ángulos entrantes y salientes, y en las cornisas avanzadas de los montes con los chapiteles y agujas abalanzadas como él. A la vuelta de la garganta de Balme, y bajando de la Nevera de Trient, se encuentra un bosque de pinos, abetos y cedros, cada uno de los cuales contaba en aquella familia de gigantes muchos siglos. Aquella tribu alpina tiene un rey que suelen mostrar á los viageros sus guías, y es un abeto que puede ser-

vir de maste al mayor buque. Solo el monarca no tiene herida alguna mientras todos los que le rodean estan en diferente manera mutilados; uno ha perdido su cabeza, otro sus brazos; este tiene su frente cruzada por el rayo, aquel ennegrecida la planta por el fuego de los pastores. Reparé en dos gemelos que saliendo del mismo tronco se lanzaban juntos hácia el cielo: ambos eran iguales en altura, ambos iguales en edad; pero el uno estaba lleno de vida y el otro marchitado.

Daucia, Laride Thymerque, simillima  
proles,

Indiscreta suis, gratusque parentibus error  
At nunc dura dedit vobis discrimina Pal-  
las.

cc Hijos gemelos de Dauco, ó Laris

y Thymber, vástagos semejantes, vuestros padres mismos no pueden distinguiros, y les causais agradables equivocaciones. Pero la *muerte* puso entre vosotros una cruel diferencia.”

Añádese á esto que el pino anuncia la soledad y la indigencia del monte. Es el compañero del pobre saboyano cuyo destino participa, pues crece y muere como él desconocido en eminencias inaccesibles, á donde se perpetua su posteridad igualmente ignorada. Sobre el cedro es donde coge la abeja aquella tiesa y sabrosa miel, que tambien se une con la nata y las frambuesas de Montanvert. Cuando los sacudimientos del pino son ligeros merecen los cantos de los poetas bucólicos; cuando son violentos se asemejan á los

bramidos del mar y á veces se cree que ruge el Océano en medio de los Alpes. En fin, el olor del pino es aromático y agradable; teniendo para mí cierto hechizo particular, porque le he respirado á mas de veinte leguas mar adentro sobre las costas de la Virginia. Siempre pues me renueva la idea de aquel nuevo mundo que me fue anunciado por medio de un soplo embalsamado, de aquel hermoso cielo, de aquellos mares brillantes en donde la brisa matinal me traia los aromas de la selva; y como todo se encadena en los recuerdos del hombre me retraza tambien los sentimientos de pesar ó esperanza que me ocupaban cuando recostado sobre la cubierta pensaba en la patria que habia perdido y en

los desiertos que iba á buscar.

Volviendo á mi opinion en cuanto á los montes, diré que asi como no puede haber hermosos paisages sin un horizonte de montes, asi tampoco hay sitios agradables para habitarse ni que satisfagan los ojos y el corazon en donde falte aire y espacio; esto es cabalmente lo que se verifica en lo interior de los montes. Aquellas enormes masas no estan en armonía con las facultades del hombre y la debilidad de sus órganos.

Suele atribuirse sublimidad á los paisages montuosos, y ciertamente que esta depende de la grandeza de los objetos; pero ¿qué vendrá á ser esta misma sublimidad si se prueba que la tal grandeza, aunque efectivamente real, no es sensible á la vista?

Sucedec con los monumentos de la naturaleza lo que con los del arte, que para disfrutar de su hermosura es necesario colocarse en el verdadero punto de la perspectiva, porque de otro modo desaparecen formas, colores y proporciones. Como en lo interior de los montes se toca al objeto mismo, y como es muy reducido el espacio óptico, pierden necesariamente las dimensiones su grandeza: verdad tan evidente que de continuo se engaña uno en las alturas y las distancias. Apelo al testimonio de los viajeros, ¿les ha parecido el Mont-Blanc muy elevado desde el valle de Chamouni? Muy amenudo un lago inmenso en los Alpes parece un pequeño estanque; se cree llegar en pocos pasos á lo alto de una cuesta que se tarda

en subir tres horas; apenas basta un dia entero para salir de un desfiladero cuyo remate parecia estarse tocando con la mano. Asi la grandeza de los montes que tanto se propala no es verdadera sino en el cansancio que acarrear. En quanto al paisaje no es mayor á la vista que un paisaje regular.

Pero estos montes que pierden su grandeza aparente cuando estan demasiado inmediatos al espectador, son todavia tan gigantescos que aniquilan lo que pudiera servirles de adorno. Asi es que por leyes contrarias todo se empequeñece en las gargantas de los Alpes, el conjunto y los pormenores. Si la naturaleza hubiese producido los árboles cien veces mayores en los montes que en



las llanuras; si los rios y cascadas derramasen en ellos sus aguas cien veces con mas abundancia, aquellos grandes bosques y grandes aguas producirian sin duda magestuosos efectos en los anchos espacios de la tierra. Pero no es asi; el cuadro del lienzo crece desmesuradamente, y los rios, selvas, aldeas y rebaños guardan sus proporciones ordinarias, no habiendo en este caso relacion entre el todo y la parte, el teatro y la decoracion. Siendo vertical el plano de las montañas, viene á ser como una escalera siempre puesta, en la que el ojo compara los objetos que abraza, y estos objetos acusan cada uno su pequeñez en aquella enorme medida. Por ejemplo; los pinos mas valientes se distinguen ape-

nas en lo escarpado de los valles, en donde parecen pegados como copos de hollin. La huella de las aguas llovedizas queda señalada en aquellos bosques maltratados y negros con pequeñas rayas amarillas y paralelas; y los torrentes mas caudalosos y las mas elevadas cataratas parecen no mas que hilillos de agua ó de vapores azulados.

Mas felices que yo son los que han visto topacios, esmeraldas y diamantes en las neveras, pues mi imaginacion no ha podido jamas descubrirme tales tesoros. Las nieves de la parte baja de la Nevera de Bois mezcladas al polvo de granito, me han parecido semejantes á la ceniza; en muchos puntos pudiera tomarse al Mar de hielo por una cantera de cal y

yeso; solamente sus grietas ofrecen algunos colores del prisma; y cuando las capas de hielo se apoyan sobre las rocas, se parecen á grandes pedazos de botella de vidrio.

Los ropages blancos de los Alpes tienen sobre todo lo dicho el inconveniente de que ennegrecen cuanto les rodea, y hasta el cielo cuyo azul cargan. No se crea que esto lo compensen los hermosos accidentes de la luz en las nubes; el color de los montes lejanos es nulo para el espectador colocado á sus pies. La magnificencia con que cubre el sol al ponerse las cimas de los Alpes y de la Saboya, no brilla sino para el habitante de Lausanne, pues en cuanto al viagero del valle de Chamouni en vano la espera. Mira co-

mo desde el fondo de un respiradero puesto sobre sí una corta porcion de un cielo azul y duro, sin poniente y sin aurora, triste mansion sobre la que el sol echa apenas una ojeada á mediodia por encima de una barrera helada.

Para darme mejor á entender, permitáseme una comparacion trivial en sí misma. Para pintar es indispensable una tela: en la naturaleza el cielo es la tela de los paisages; si falta esta en el fondo de la pintura, todo queda confuso y sin efecto alguno. Cuando uno está demasiado cerca de los montes obstruyen estos la parte mayor del cielo: no hay bastante aire ó vacío alderedor de sus cimas; se hacen sombra unos á otros, y se prestan mu-

tuamente las tinieblas que residen en alguna profundidad de sus rocas. Para saber si los paisages de los montes tienen una superioridad tan señalada, basta consultar á los pintores. Estos siempre ponen montes en los lejos, abriendo el paisaje á la vista en bosques y llanos.

Solo un accidente de la luz es el que deja á los montes su magestad natural; y este es el de la claridad de la luna. La propiedad de esta media luz sin reflejos y de un tinte único es el de aumentar los objetos, aislando las masas y haciendo que desaparezcan la gradacion de colores que liga las partes de un cuadro. En este caso cuanto mas terminantes y decididos sean los cortes de los monumentos, mas longitud y osa-

dia tiene su dibujo, y la blancura de la luz contornea mejor las líneas de la sombra; por esta razón es la gran arquitectura romana, así como los perfiles de los montes, tan hermosa á la luz de la luna.

Lo *grandioso*, y por consiguiente la especie de sublime que produce, desaparece en lo interior de los montes. Veamos si se encuentra en ellos lo *gracioso* en grado eminente.

Se admiran con entusiasmo los valles de la Suiza, pero debe observarse que no son tan agradables sino por comparacion. Es verdad que cansada la vista de divagar sobre banquetas estériles, ó promontorios cubiertos de lichen rojizo, se entrega y descansa con gusto sobre un poco de verdura y de vejetacion. Pe-

ro ¿en que consiste esta? en algunos sauces miserables, algunos surcos de cebada y avena que crecen con trabajo y maduran tarde, y en algunos árboles bravíos que dan frutos acerbos y amargos. Si por acaso una viña vejeta trabajosamente en algún rincón abrigado hácia el mediodía, y resguardado cuidadosamente del viento norte, se enseña como muestra de una fecundidad extraordinaria. Si sube uno á las rocas vecinas, los grandes lineamientos de los montes hacen que desaparezca la miniatura del valle. Apenas son perceptibles las cabañas, y los repartimientos cultivados se parecen á las muestras de telas en la cartulina de un fabricante.

Tambien se habla mucho de las

flores de los montes, de las violetas cogidas á orillas de las neveras, de las fresas que rojean entre la nieve &c. Son estas maravillas imperceptibles que no producen efecto alguno: el adorno es demasiado pequeño para colosos. En fin, debo haber sido bien desgraciado porque no he visto en estas famosas queseras, tan encantadas por la imaginacion de muchos viajeros, sino malas cabañas llenas de estiércol de los rebaños y del olor de queso y leche fermentada; no he visto en ellas otros habitantes sino montañeses desdichados que se reputan como en un destierro, y anelan por bajar al valle. Algunos pájaros mudos vuelan de carámbano en carámbano, y algunas parejas muy raras de cuervos



y gavilanes gustan de esta soledad de nieve y piedras, en la que la caída de la lluvia es casi el único movimiento que llama la vista. Aun es una felicidad cuando el picoverde, anunciando la tempestad, hace sentir su grito cascado en lo profundo de un antiguo bosque de abetos. Aun esta triste señal de vida hace mas sensible la muerte que reina en todo aquel contorno. La cabra montés, los revezos, los conejos blancos estan casi del todo destruidos; las mismas marmotas se van haciendo cada vez mas raras, corriendo riesgo el saboyanito de perder su tesoro. En las cumbres de los Alpes han remplazado á las bestias fieras los rebaños de vacas, que asi como sus dueños, echan de menos las llanuras. Estos

rebaños ofrecerian una escena igualmente bella recostados en los herbazales del pais de Caux, y tendrian ademas el mérito de recordar las descripciones de los poetas de la antigüedad.

Réstame hablar del sentimiento que se prueba en las montañas; y este en mi opinion es muy desagradable. No me es posible ser feliz en donde se me presentan por do quiera las fatigas del hombre, y sus ináuditos trabajos, que se niega á pagar una tierra ingrata. El montañés que siente su mal es mas sincero que los viageros, y llama á la llanura el *buen pais*, ni pretende que las rocas regadas con su sudor, sin ser por eso mas fértiles, sean lo mejor en las distri-

buciones de la providencia. Si se le observa tan adherido á sus montañas, esto depende de las relaciones maravillosas que Dios ha establecido entre nuestras penas, el objeto que las causa, y los sitios en que las hemos experimentado: esto está intimamente conexo con los recuerdos de la infancia, los primeros sentimientos del corazon, las dulzuras y los rigores tambien de la casa paternal. Mas solitario que el resto de los hombres, mas serio por el hábito de sufrir como el montañés, se apoya mas sobre todos los sentimientos de la vida. No debe atribuirse seguramente el amor estremado que tiene á su pais al hechizo de los sitios que habita; este amor le produce la concentraciou de sus pensamientos y

la limitada esfera de sus necesidades.

Se me dirá que á lo menos los montes son la mansion de las meditaciones; yo lo dudo: me parece difícil entregarse á la meditacion y dulces ilusiones de la fantasia quando el paseo es una fatiga, y ocupa enteramente la atencion el cuidado de sentar bien los pasos. El amante de la soledad que al subir el Montanvert se embebiese en quimeras, pudiera caer en algun pozo, como el astrólogo que pretendia leer lo que estaba sobre su cabeza y no podia ver lo que tenia á sus pies.

Sé que los poetas han deseado los valles y los bosques para conversar con las musas. Pero escuchémos á Virgilio:

Rura mihi et rigui placeant in vallibus  
amnes.

Flumina amem, silvasque in glorius.

Desde luego dice que se complaceria en los campos, *rura mihi*; que buscaria los valles agradables, risueños, graciosos, *vallibus amnes*; gustaria de los rios, *flumina amem*, (no los torrentes), y las selvas en las que viviria sin gloria, *silvasque inglorius*; estas selvas son arbolados de encinas, olmos, hayas; y no de tristes bosques de abeto, porque no hubiera dicho:

Et ingenti ramorum protegat umbra,  
Que de espeso follage me sombree.

¿Y en dónde se quiere colocar este valle? en un sitio en que haya

agradables recuerdos, nombres armoniosos y tradiciones de la fábula y de la historia.

O ubi campi,  
Sperchiusque, et virginibus baccata lac-  
cenis

Taygeta! O qui me gelidis in vallibus Hæmi  
Sistat!

¿Por qué no estoy á orillas del Sperchio,  
O del Hemo en los valles delectosos?  
Quién hábrá que al Taygeta me traslade?

Sin duda que hubiera hecho poco caso del valle de Chamouni, de la nevera de Taconay, de la pequeña y grande Jorasse, de la aguja de Dru y de la roca de Tete-Noire.

En fin, si damos crédito á Rousseau y á los que han adoptado sus errores sin poseer su elocuencia,

cuando se llega á la cumbre de un monte se siente uno trasformado en otro hombre. « Sobre los montes elevados, dice, toman las meditaciones una grandeza y sublimidad proporcionadas á los objetos que nos afectan; se experimenta un cierto deleite tranquilo que nada tiene de acre ni de sensual. No parece sino que elevándose uno sobre la mansion de los hombres, se dejan en ella todos los sentimientos bajos y terrenos. Dudo que ninguna agitacion violenta pueda resistir á una mansion semejante, prolongada &c.”

Ojalá fuera asi. ¡Cuán lisonjero seria poderse libertar de los propios males, con solo elevarse algunas toesas sobre la llanura! Por desgracia el alma es independiente del aire

y de las localidades; un corazón sobrecargado de sus penas, no pesa menos en los sitios altos que en los valles. La antigüedad que debe citarse siempre que se trata de lo verdadero en sentimientos, no pensaba como el filósofo de Ginebra en cuanto á los montes; por el contrario, los representa como morada de la desolacion y del dolor: y si el amante de Julia olvida sus pesadumbres entre los peñascos de Valais, el esposo de Eurídice encuentra pábulo á sus penas en los montes de Tracia. A pesar del talento del filósofo ginebrino, dudo que la voz de Saint-Preux resuene por tanto tiempo como la lira de Orfeo. Edipo, aquel modelo perfecto de regias calamidades, aquel retrato acabado de



todos los males de la humanidad,  
busca tambien las cumbres desiertas.

..... Y remontando  
Del Cytheron la cumbre hasta los cielos,  
Va á consultar del hombre las desgracias  
Con los dioses ocultos en sus velos.

Por último, una antigüedad mas  
bella todavía y mas sagrada nos  
ofrece los mismos ejemplos. La Es-  
critura, que conoce mejor la natu-  
raleza del hombre que los falsos  
sabios del siglo, nos muestra siem-  
pre á los grandes desgraciados, á los  
profetas y á Jesucristo mismo reti-  
rándose á sitios elevados. La hija de  
Jephté pide á su padre antes de mo-  
rir el permiso de ir á deplorar su  
virginidad sobre los montes de la Ju-  
dea: *Super montes assumam*, dice  
Jeremías; *fletum ac lamentum*. Yo

me elevaré sobre los montes para llorar y gemir." En el monte de los olivos fue en donde Jesucristo bebió el caliz abrevado de todos los dolores y lágrimas de los hombres.

Es cosa digna de observarse que en todas las páginas mas racionales de un hombre que se constituyó defensor de la moral, se divisen vestigios del espíritu de su siglo. La supuesta mudanza de nuestras disposiciones interiores, segun el sitio que habitamos, está secretamente enlazada con el sistema del materialismo que Rousseau pretendia combatir. Se hacia del alma una especie de planta, sujeta á las variaciones del aire, y que seguia y señalaba como un instrumento el reposo ó agitacion de la admósfera; Ah! cómo era posible que

creyese él mismo de buena fe en esta influencia saludable de los sitios encumbrados? ¿no llevó consigo el desdichado á las montañas de Suiza todas sus pasiones y miserias?

Solo hay un caso en que sea cierto que los montes inspiran el olvido de las turbaciones de la tierra: este es cuando se retira el hombre lejos del mundo para dedicarse á la religion. Un anacoreta que se consagra al servicio de la humanidad, un santo que quiere meditar en silencio la grandeza de Dios, pueden encontrar la paz y la alegría entre desiertas rocas; pero no es entonces la tranquilidad de los sitios la que influye en el alma de los solitarios, sino que por el contrario, es su alma la que derrama su propia sereni-

dad en la region de las tempestades.

El instinto, llamémoslo así, de todos los pueblos, ha sido el de adorar al Eterno en los sitios elevados, pues como que parece que mas inmediatos al cielo, tiene la oracion menos espacio que traspasar para llegar al trono de Dios: en el cristianismo habian penetrado algunas tradiciones de este culto antiguo; nuestros montes, y á falta suya nuestras colinas, estaban llenas de monasterios y abadias antiguas. Desde el centro de una ciudad corrompida el hombre que caminaba á cometer crímenes, ó cuando menos en pos de vanidades, advertia al levantar los ojos altares en los collados vecinos, la cruz desplegando á lo lejos el estandarte de la pobreza á los ojos del

lujo, recordaba al rico sentimientos de penas y de conmiseracion. Nuestros poetas conocen bien poco su arte si se mofan de aquellos calvarios, aquellas misiones y retiros que retrazaban entre nosotros los sitios de oriente, las costumbres de los solitarios de la Tebaida, los milagros de una religion divina, y el recuerdo de una antigüedad que ha superado en belleza á la de Homero.

Pero todo esto pertenece á otro orden distinto de ideas y sentimientos, y no se liga á la cuestion general que acabo de examinar. Justo es que despues de la crítica de los montes se concluya con su objeto. He observado ya que eran necesarios en un bello paisaje, y que debian formar la cadena en los últimos

términos de una pintura. Sus cabezas canas, sus lomas descarnadas y miembros gigantescos y horrorosos mirados de muy cerca, son admirables cuando en el fondo de un horizonte vaporoso se contornean y pintan con una luz fluida y dorada. Añadamos que los montes son el origen de los rios, el último asilo en la opresion, y una barrera útil contra las invasiones y azotes de la guerra. Me limito solo á que no se me obligue á admirar los largos picos de las rocas, las barrancas, las grietas y laberintos de los valles de los Alpes. Si esto se me concede, diré francamente que hay montes que visitaria todavia con gran gusto, como los de la Grecia y la Judea. Me complaceria en recorrer los si-

tios en los que me fuerzan á ocuparme diariamente mis nuevos estudios ; iria á buscar voluntariamente otros colores y otras armonías sobre el Tabor y el Taygeto, despues haber pintado los montes incélebres, y los valles desconocidos del nuevo mundo (\*).

---

NOTICIA DE LAS ESCAVACIONES  
DE POMPEYA.

Se descubrieron desde luego los dos teatros, despues el templo de Isis y el de Esculapio, la casa de

(\*) En este último periodo anunciaba mi viage á la Grecia y á la tierra Santa; viage que ejecuté con efecto el año siguiente de 1806. Véase el *Itinerario*.

campo de Arrio Diomedes, y muchos sepulcros. Durante la invasion de los franceses en Nápoles se descubrieron los muros de la ciudad, el camino de los sepulcros, otros muchos de lo interior de la poblacion, la basílica, el anfiteatro y el foro. El rey de Nápoles ha continuado los trabajos; y como las escavaciones se hacen con mucho orden y con el laudable fin de descubrir la ciudad mas bien que con el de desenterrar tesoros, cada dia se aumentan los conocimientos adquiridos sobre un objeto tan interesante y casi inagotable. Pompeya, situada á catorce millas poco mas ó menos al sudeste de Nápoles, estaba edificada en parte sobre una eminencia que dominaba á una lla-



nura fértil, y que se ha aumentado considerablemente por la inmensa cantidad de materias volcánicas con que el Vesubio la ha vuelto á cubrir. Las murallas y las paredes de sus edificios han retenido en su recinto todas las materias que el volcan vomitaba, é impedido que las lluvias las arrebatasen; asi es que la estension de estas construcciones está distintamente señalada por el montecillo que han formado los montones de piedras apomezadas, y la acumulacion gradual de tierra vegetal que la cubre.

La eminencia sobre la cual fue edificada Pompeya debió formarse en una época muy remota; se compone de los productos volcánicos vomitados por el Vesubio.

Se ha conjeturado que en otro tiempo bañó el mar los muros de Pompeya, y que venia hasta donde hoy pasa el camino de Salerno. Dice Estrabon que aquella ciudad servia de arsenal marítimo á muchas villas de la Campania, añadiendo que está cerca de Sarno, río sobre el cual pueden subir y bajar las embarcaciones de mercaderías.

Parecerian incomprensibles muchas cosas de las que se observan en Pompeya, á no recordar que su destruccion fue producida por dos catástrofes distintas; la una en el año 63 de Jesucristo, por un temblor de tierra; la otra por una erupcion del Vesubio. Empezaban sus habitantes á reparar los estragos de la primera, cuando las señales pre-

cursoras de la segunda les obligaron á abandonar un sitio que no tardó mucho tiempo en sepultarse bajo un diluvio de cenizas y materias volcánicas.

Sin embargo, los fragmentos de obras de ladrillo indicaban su posición. Se conservó sin duda por mucho tiempo un resto de población en su inmediación, supuesto que Pompeya se encuentra indicada en el itinerario de Antonino y en el mapa de Peutinger. En el siglo XIII los condes de Sarno hicieron abrir un canal, consagrado á este río, y pasaba bajo de Pompeya, pero se ignoraba su posición; en fin, en 1748, habiendo encontrado un labrador que trabajaba en su campo una estatua, movió esta circunstancia al gobier-

no napolitano á que mandase hacer escavaciones.

En los primeros trabajos se echaban en la parte que se acababa de desembarazar los escombros sacados de la que se escavaba; y despues de haber sacado las pinturas al fresco, los mosáicos, y otros objetos curiosos, se volvia á llenar el espacio libre; pero hoy se sigue diferente método.

Aunque las escavaciones no sean muy difíciles por el poco esfuerzo que exige el terreno, no se ha desenterrado mas que una séptima parte de la ciudad, algunas calles estan á nivel con el camino real que pasa á lo largo de las murallas, cuyo circuito es de casi mil y seiscientas toesas.

Llegando por Herculano, lo primero que llama la atención es la casa de campo de Arrio-Diomedes, situada en el arrabal. Es de hermosa construcción, y tan bien conservada aunque le falta un piso, que puede dar una idea exacta de la distribución doméstica de los antiguos. Con solo añadir puertas y ventanas pudiera habitarse; muchas piezas son muy pequeñas, y el propietario se sabe que era un hombre opulento; pero en otras casas de gentes menos ricas son todavía más pequeñas. El techo está en mosaicos; no todas las piezas tienen ventanas, y muchas reciben la luz solo por la puerta. Se ignora que usos tuviesen muchos pasillos y escondrijos. Las áuforas del vino están todavía en la

cueva puestas sobre arena y arrimadas á la pared. La calle de los sepulcros presenta á derecha é izquierda las sepulturas de las principales familias de la villa, siendo la mayor parte de cortas dimensiones, pero construidas con mucho gusto.

Las calles de Pompeya no son anchas, pues solo tienen quince pies, haciéndolas mas estrechas las aceras; estan embaldosadas de piedras de lava parda de figuras irregulares como los antiguos caminos romanos: aun se conoce en ellas la huella de sus ruedas. No queda á las casas sino el cuarto bajo, aunque se conoce que algunas tenian mas de un piso; casi todas tienen un patio interior, y en el medio un *impluvium* ó reservatorio para el agua llovediza, la cual pasaba

luego á una cisterna contigua. Las mas de las casas estaban adornadas de pavimentos mosáicos y de paredes pintadas generalmente de encarnado, de azul y de amarillo. Sobre este fondo tenian hermosos arabescos y cuadros de diferentes tamaños. Las casas tienen generalmente un aposento de baños muy cómodo; las paredes son por lo comun dobles con un espacio intermedio vacio, lo que servia para preservar los aposentos de la humedad.

Las tiendas de comestibles sólidos y líquidos ofrecen macizos de piedras revestidos de mármol, en los cuales estaban contruidos los vasos que las contenian. Se ha creido que la clase de comercio de algunas de estas casas estaba designado por me-

dio de las figuras esculpidas en la parte exterior; pero mas bien parece que designen estos emblemas el genio bajo cuya proteccion estaba la familia.

Los hornos y máquinas de moler el grano dan á conocer las tiendas de los panaderos. Consisten estas máquinas en una piedra de base redonda; su extremo superior es cónico, y se adacta al hueco de otra piedra que igualmente está labrada en figura de embudo en su parte superior: se hacia girar la piedra de encima por medio de dos asas laterales atravesadas con palos. El grano echado en el embudo superior caia por su agujero entre el embudo vuelto y la piedra cónica, quedando reducido á arina por el movimiento



de rotacion. Los edificios públicos como templos y teatros, son en general los que estan mejor conservados, y por consiguiente lo que hay de mas interesante en Pompeya. El pequeño teatro que segun inscripciones servia para representaciones cómicas, se halla en buen estado y puede contener mil y quinientos espectadores: en el grande pueden caber mas de seis mil. El menos echado á perder de todos los anfiteatros antiguos es el de Pompeya. Al levantar los escombros se han encontrado corredores que le rodean, pinturas con los mas vivos colores; pero que apenas les hiere el aire exterior cuando se alteran. Se distinguen todavía vestigios de un leon y un trompetero vestido con un trage raro. Las

inscripciones relativas á diferentes espectáculos son un monumento muy curioso.

El mejor modo de informarse de la estension y figura de la poblacion es seguir los muros de ella.

Estas murallas, dice Mr. Mazois, se componian de un terraplen y de un contramuro; tenian catorce pies de ancho, y se subia por escalones bastante espaciosos para dar paso á dos soldados de frente. Los sostiene por el lado de dentro y de fuera una pared de silleria. El muro exterior debia tener casi veinte y cinco pies de elevacion, sobrepujándole el interior en casi ocho pies mas. Ambos estan contruidos de la especie de lava llamada *piperino*, á escepcion de las cuatro ó cinco hileras prime-

ras que son de piedras de roca. Todas están perfectamente unidas: no siendo en efecto muy necesaria la argamasa en construcciones hechas con materiales de gran medida. Este muro exterior está mas ó menos inclinado; pero las primeras filas se retiran en progresion una sobre otra.

Algunas de ellas, particularmente las primeras, están empotradas unas en otras, de manera que se sostengan mutuamente. Como este modo de construir remonta á una gran antigüedad, y parece haber seguido las construcciones pelasgas ó ciclopeas, de las que conserva algunos rasgos, puede conjeturarse que la parte de los muros de Pompeya así construida es obra de los Oscos, ó á lo menos de las primeras colonias griegas

que fueron á establecerse á la Campania.

Los dos muros estaban almenados, de manera que vistos desde el campo presentaban una vista doble.

Estas murallas estan en un desorden tan grande que solo puede atribuirse al terremoto que precedió á la erupcion del año 79. Pienso, añade Mazois, que Pompeya ha sido dos veces desmantelada, como lo prueban las brechas y reparos que se notan. Aun parece que no se miraban ya estas fortificaciones como necesarias desde largo tiempo, puesto que hácia el lado del puerto estan edificadas las casas sobre los muros, que en muchas partes estan derribados de intento.

Estos muros estan coronados de

torres que no parecen tan antiguas; su construcción indica ser de la misma época que los reparos; son de figura cuadrangular, sirviendo al mismo tiempo de puerta secreta, y colocadas á distancias desiguales unas de otras.

Parece que la ciudad no tuviese fosos, á lo menos por la parte en que se ha escavado, porque los muros en este sitio asientan sobre un terreno escarpado.

Por su construcción se echa de ver que las murallas son las que mejor han de resistir á la acción del tiempo; no obstante el extremo cuidado con que se ha procurado conservar las descubiertas, las ha deteriorado mucho la exposición al aire, del cual se habían preservado por tanto tiempo;

las lluvias del invierno estremadamente copiosas en la Europa meridional hacen que penetre la humedad progresivamente entre el ladrillo y sus capas; crecen primero musgos, y despues plantas que desunen los ladrillos. Para ocurrir á este daño se han cubierto los muros con tejas, y puestos tejados á los edificios. El plano indica cinco puertas señaladas cada una con su nombre, que se les ha dado despues del descubrimiento de la ciudad, y no se funda en monumento alguno. La puerta de Nola, la menor de todas, es la única cuya arcada se conserva. La mas próxima al foram ó cuartel de los soldados es por la que se entra, y está construida segun el modelo antiguo. Personas ha habido que

han sido de opinion de que en lugar de sacar de Pompeya los diferentes objetos que se encuentran y formar un museo en Pórtici, hubiera sido mejor dejarlos en su sitio, y asi hubieran ofrecido una ciudad antigua con todo cuanto contenian. Esta idea es especiosa, y los que la proponian no reflexionaban que hubieran destruido muchas cosas con el contacto del aire, y que ademas de este inconveniente habia el de que muchos viágeros poco delicados sustrajesen efectos, lo que sucede con demasiada frecuencia. Tambien seria preciso para amueblar algunas casas, que todo el ámbito de la ciudad estuviese enteramente desembarazado, quedando del todo aislada, y sin que se pudiese bajar á ella

désde los terrenos que la rodean. En este caso pudiera cerrarse Pompeya, y no quedar espuesta á ser saqueada por piratas terrestres.

Solo se ha tratado de dar aqui una breve idea del estado de las escavaciones de Pompeya en 1817. Para conocer como se debe un sitio tan notable, debe verse la obra de Mazois (\*). Tambien se hallan memorias preciosas en un libro que publicó hallándose en Nápoles el señor conde de Clarac, conservador de antigüedades. No se tiraron sino pocos ejemplares de este libro, intitulado *Pompei*, ni se puso en venta. En él da noticia su autor de diferentes escavaciones dirigidas por él mismo.

(\*) *Ruinas de Pompei*, en folio.



Es tanto mas necesario consultar sobre este objeto interesante obras escritas con cuidado, quanto mas amenudo los viageros, y aun los que jamas han visto á Pompeya repiten las patrañas contadas por los *Ciceroni*. Algunos diarios de Paris copiaron últimamente un artículo del *Correo* de Lóndres, en el que Mr. W... abusaba del privilegio de contar cosas extraordinarias. Se trataba de dinero encontrado en un tirador de un hufete, de una lanza arrimada todavia á una pared, de epigramas trazadas en las columnas del cuartel de los soldados, y de calles llenas de edificios públicos.

Estas simplezas empeñaron á M. M... que siguió por doce años las escavaciones de Pompeya, á dar

al *Diario de los Debates* de 18 de febrero de 1821 observaciones muy juiciosas.

«Permitido es sin duda, dice M. M..., á los que visitan á Pompeya escuchar todos los cuentos de los *Ciceroni*, ignorantes é interesados en sacar algun dinero á los extranjeros á quienes guian; permitido es tambien creerlos; pero es mas que simpleza el referirlas como ciertas, é insertarlas en los periódicos mas difundidos.»

La relacion de M. W... me recuerda, que habiendo visto el caballero Coghell en el museo de la reina de Nápoles unas *artoplas* ó torteras para cocer el pan, las tuvo por sombreros, y escribió á Lóndres que en Pompeya se habian encontrado som-

breros de bronce estremamente ligeros.

«Las escavaciones de Pompeya son de un interes demasiado general, y los descubrimientos que proporcionan demasiado preciosos con relacion á la historia, las artes y vida privada de los antiguos para que se dejen correr relaciones necias y equivocadas sin prevenir al público del poco crédito que se merecen.»

---

---

CARTA

DE MR. TAYLON A MR. CH. NODIER,

SOBRE POMPEYA Y HERCULANO.

«POMPEYA y Herculano son tan importantes para la historia de la antigüedad, que si se han de estudiar bien, es preciso vivir y habitar en ellas.»

«Para seguir una escavacion muy curiosa me he establecido en la casa de Diómedes; está á la puerta de la ciudad cerca del camino de los sepulcros, y es tan cómoda que la he preferido á los palacios que estan cerca del foro; vivo al lado de la casa de Salustio.»

«Se ha escrito mucho sobre Pom-

peya, y las mas veces con equivo-  
caciones. Sirva de ejemplo un sabio,  
llamado Martorelli, empleado du-  
rante dos años en escribir una me-  
moria para probar que los antiguos  
no conocieron el vidrio, y quince  
dias despues de haber publicado su  
tomo en fólío se descubrió una casa  
donde le tenian todas las ventanas.  
Debe sin embargo decirse que los  
antiguos no gustaban mucho de las  
ventanas rasgadas, pues por lo regu-  
lar la luz entraba por la puerta;  
mas al cabo en las casas de los  
patricios habia hermosos vidrios en  
las ventanas, tan trasparentes como  
ahora los de Bohemia, y los panales  
estaban unidos con listelos de bronce  
de mejor gusto que los nuestros de  
madera.

«Un viagero de mucho talento que ha publicado cartas sobre la Morea, tiene con otros muchos por extraordinario que las construcciones modernas de oriente sean en todo semejantes á las de Pompeya; pero á poco que se reflexione aparece muy natural esta semejanza. Todas las artes nos vienen de oriente; y esto es lo que nunca se repetirá bastante á los hombres que desean estudiar é ilustrarse.»

«Las escavaciones se prosiguen con teson, mucho orden y esmero: se acaba de descubrir un nuevo cuartel y soberbios termas. En una de las salas me han llamado particularmente la atencion tres sillas de bronce de una figura absolutamente desconocida y perfectamente conser-

vadas. En una se veia sentado el esqueleto de una muger cuyos brazos estaban cubiertos de joyas, ademas de las pulseras de oro, cuya figura era conocida; la he desprendido un collar de una labor verdaderamente prodigiosa. Aseguro á V. que nuestros diamantistas mas hábiles no podrian hacer cosa mas preciosa ni de mejor gusto.”

«Dificil es espresar el sentimiento que se experimenta al tocar estos objetos en los sitios mismos en que han reposado por tantos siglos, y antes de que se desvanezca este prestigio. Una de las ventanas tenia hermosas vidrieras que se han depositado en el museo de Nápoles.”

«Todas las joyas se han llevado á palacio, y dentro de pocos dias

serán objetos de una exposición pública.”

«Pompeya ha estado sepultada por veinte siglos en las entrañas de la tierra; las naciones han pasado sobre ella; sus monumentos han quedado en pie, é intactos todos sus adornos. Si un contemporáneo de Augusto volviese á la vida, podría decir: «Salve, patria mia; mi mansion es la única que haya conservado sobre la tierra su forma, y hasta los menores objetos de mi afecto: he aqui mi lecho; estos son mis autores favoritos. Mis pinturas estan tan frescas y animadas, como en el primer dia en que un artista ingenioso hermoseó con ellas mi mansion. Recorramos la ciudad, vamos al teatro; reconozco el sitio en que



aplaudí por primera vez las bellas  
escenas de *Terencio* y de *Eurípides*.”

“Roma no es mas que un espa-  
cioso museo; *Pompeya es una anti-  
güedad viva*.”

FIN.

*Bl.*

6794

10/10

MUSEO NACIONAL  
DEL PRADO

**Viage a Italia**

21/637



1028571





